



Janet Ferguson  
EL SUSTITUTO

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

La doctora Kate Burnett era feliz ejerciendo la medicina con su tío, hasta que éste sufrió un accidente. Lo sustituyó su hijastro, Guy Shearer. Aunque inicialmente cautelosa, Kate acabó teniendo una buena relación con él. Y empezaba a preguntarse a dónde los llevaría aquello cuando volvió su ex novio con intención de casarse con ella...

¿Qué debía hacer ahora?

## *Capítulo 1*

**L**LA CLÍNICA estaba en un anexo de Larchwood, la casa del doctor John Burnett. Situada a bastante distancia de la carretera, en un espacioso terreno, se hallaba cerca del cruce que marcaba el comienzo de Melbridge, una pequeña pero creciente población cercana al Támesis.

Había dos médicos a cargo de la clínica, John Burnett y su sobrina, Kate Burnett. Hasta hacía unos días, cuando el doctor John sufrió un accidente, todo había ido bien, sin contratiempos ni roces de ninguna clase entre ellos.

«Debería haber imaginado que no duraría», pensó Kate, mientras miraba desde la ventana de su consulta el sendero que llevaba a la clínica.

Estaban a finales de septiembre y eran casi las siete de la tarde de un día demasiado largo. Kate estaba cansada y también preocupada. A partir del lunes, Guy Shearer, hijastro de su tío John, se haría cargo de sustituir a éste en la clínica. Habría sido la última persona que ella habría elegido.

En la sala de tratamientos, Sue, la enfermera, recogía y limpiaba todo lo utilizado en la última consulta. Era viernes, de manera que sólo faltaban dos días para que el moreno Guy empezara a desplegar su mandona personalidad en la clínica, pues era esa clase de hombre.

Tras terminar con su tarea, Sue entró en la consulta de Kate para despedirse. Era de su misma edad, veintiocho años, estaba casada y tenía dos hijos.

-¿Cómo es tu medio primo? -preguntó-. No me has comentado nada sobre él, y ya que va a estar aquí hasta Año Nuevo, me gustaría hacerme una idea de qué esperar.

-Bueno... -Kate trató de ser justa-. Apenas lo conozco, Sue. Sólo nos hemos visto tres veces, y siempre ha estado la familia presente. Pero me temo que es bastante mandón y que le gusta hacer las cosas a su manera. Es un hombre grande, atractivo, corpulento, de espeso pelo negro.

-¡Las pacientes estarán encantadas!

Kate forzó una sonrisa.

-Cierto.

-¿Dónde ha estado trabajando? Creo recordar que mencionaste algo

del extranjero.

-En Mtanga, África del este. Ha ayudado a establecer una clínica allí, pero no ha querido firmar por otros tres años, de manera que vuelve a Inglaterra para una temporada.

-¿Está casado?

-No.

-Intrigante -los oscuros ojos de Sue brillaron-. En cualquier caso, os veré a los dos el lunes -dijo, y, tras una risita, salió de la consulta.

El taxi que había llevado a Guy Shearer desde el aeropuerto hacía tiempo que se había ido. Kate lo había visto llegar por la ventana hacía un par de horas. Imaginaba la excitación que habría en la casa. Su madre, Sylvia, estaría encantada ante la perspectiva de tenerlo en casa tres meses.

«Supongo», pensó Kate, disponiéndose a salir, «que debería pasar por su casa a saludarlo. Habrá visto mi coche y sabrá que estoy aquí. Sería un poco grosero por mi parte irme sin dar señales de vida».

Entró en el baño y se miró ansiosamente en el espejo. ¿Por qué no se habría llevado el lápiz de labios y el maquillaje para animar un poco su aspecto? Su reflejo mostraba cómo se sentía: cansada y totalmente vulgar. A pesar de todo, no podía quejarse de su pelo. Dorado como la miel, caía en una coleta justo por encima de sus hombros, y un flequillo casi rozaba sus cejas.

Llevaba trabajando en Larchwood tres meses, desde que terminó su período de prácticas en Wiltshire y aprobó su examen final. Podría haberse quedado allí, pero prefirió no hacerlo. Pero cuando su ex novio, Mike, se fue a trabajar a los Estados Unidos y le dijo que quería terminar con su relación, sintió que necesitaba un cambio en su vida. Ya hacía un año que Mike se había ido, un año infeliz para Kate, pues en el transcurso de éste su padre murió de un ataque al corazón.

Cuando fue al funeral, el doctor Burnett, que se hallaba sobrecargado de trabajo en la clínica, le propuso trabajar con él.

-Necesito otro médico en la clínica, Katie. Me sobrepasa el trabajo, y eso no es justo para mis pacientes, ni para Sylvia, ni para mí mismo -la muerte de su hermano le había afectado mucho. Podría haber sido él mismo el que hubiera sufrido el ataque, de manera que estaba empeñado en persuadirla-. A menos que ya hayas llegado a un acuerdo para quedarte en Wiltshire, ¿por qué no vienes a trabajar conmigo?

La sugerencia interesó de inmediato a Kate. Ya era hora de moverse y olvidar su pasado con Mike. Estaba decidida a superarlo. Además, su madre también necesitaba apoyo en momentos como aquél, de manera que aceptó. Las autoridades sanitarias no pusieron ninguna pega a su traslado y Kate regresó a casa.

El accidente de su tío sucedió cuando conducía a la nueva clínica. Un conductor borracho golpeó su coche por detrás. John sufrió una fractura abierta en su brazo derecho y se le partieron tres costillas. Tras una noche en el hospital, fue enviado a casa con un collarín y el brazo completamente escayolado. Las costillas sanarían por su cuenta. Al principio trató de seguir adelante con sus consultas, pero a los tres días tuvo que reconocer su derrota.

Estaban buscando un sustituto cuando Guy Sherarer, en una de las llamadas que hizo a su madre desde África, se enteró de lo sucedido. Ya que estaba a punto de volver a Inglaterra, sugirió acelerar el proceso y echar una mano en Larchwood House.

Inmensamente aliviado, John aceptó de inmediato.

-Menuda suerte -dijo a Kate, entusiasmado-. No habría podido pensar en nadie mejor. Y Sylvia está feliz. Guy vivirá aquí con nosotros, por supuesto.

-Por supuesto -dijo Kate, preguntándose por qué se sentía tan decepcionada por la noticia. Después de todo, apenas conocía a aquel hombre. Sólo lo había visto en tres ocasiones.

Mirándose aún al espejo, recordó aquellas ocasiones. La primera fue cinco años atrás, cuando la madre ex actriz de Guy, Sylvia, se casó con el tío John. Fue una feliz celebración, en la que el padre de Kate fue el padrino.

Todo el mundo se alegró por John, que llevaba diez años viudo. Su esposa murió junto con su bebé en el parto.

En la época de la boda, Kate estaba terminando sus estudios de medicina en Mamesbury, en Wiltshire. Acababa de empezar a salir con Michael Merroy, y lo había llevado a conocer a la familia, comparando favorablemente su actitud calmada y rubia complexión con la de Guy, mucho más intensa e inquietante. A pesar de todo, no pudo evitar sentir el poder de la atracción de éste, especialmente en una ocasión en que se miraron a los ojos y él la recorrió de arriba abajo con su mirada.

Volvieron a encontrarse al año siguiente, cuando Guy, que estaba de

prácticas en Cumbria, fue a pasar el fin de semana en su casa, coincidiendo con Kate, que había ido a celebrar su éxito en los exámenes finales. Las familias se reunieron a comer. Mike se mostró interesado cuando Guy habló de irse a trabajar en el extranjero.

Kate, a punto de empezar sus doce meses de práctica hospitalaria, estuvo en el séptimo cielo todo el fin de semana. Mike era fisioterapeuta en el hospital general Mamesbury y habían decidido vivir juntos en un apartamento cercano. Era el primer amante de Kate, y lo adoraba. Animada por el champán servido durante la comida, Kate dedicó en determinado momento una brillante sonrisa a Guy, recibiendo a cambio otra bastante burlona que le hizo sentirse como una tonta.

Un año después, Guy obtuvo su puesto en Mtanga y fue a Surrey un par de días para despedirse de su madre y de John. Coincidió con Kate, y Mike, que también estaban pasando allí unos días. Esa fue la última vez que Kate vio a Guy. Mucho había pasado desde entonces, como era lógico, pues tres años son mucho tiempo y los cambios son inevitables. La vida seguía su curso, pensó Kate, haciendo una mueca frente al espejo.

«Lo que debo hacer ahora es mostrarme animada y agradable y acudir a dar la bienvenida a Guy». Tomó su maletín médico, que casi siempre llevaba consigo, y se encaminó con paso decidido hacia el pasillo que llevaba a la casa de su tío. Apenas había dado unos pasos cuando la puerta hacia la que se dirigía se abrió, dando paso a una imponente figura. Guy... ¿quién, si no? Kate se puso rígida, preparándose a recibirlo.

Vestido con unos pantalones claros, camisa azul y corbata, Guy la miró directamente a los ojos.

-Hola, Kate. Cuánto tiempo sin vernos.

-Mucho -Kate rió nerviosamente, reaccionando un poco al contacto de su mano, que sintió fría cuando envolvió la de ella. ¿Echaría ya de menos el calor de África o sufriría los efectos del desfase horario?-. ¿Cómo estás? -preguntó, justo a la vez que él. Kate volvió a reír.

-He venido a echar un vistazo, pero no quiero entretenerme si ya tienes que irte a casa.

Guy dijo aquello como si no quisiera tener compañía... al menos, la de ella. Si ése era el caso, le complacería, pensó Kate, molesta. Tenía intención de enseñarle la clínica, como lo habría hecho con cualquier otro médico sustituto.

-No tengo ninguna prisa, ¿quieres pasar a ver la clínica? -preguntó.

Pero Guy ya estaba en la zona de recepción, mirando por encima del mostrador hacia la sala de espera.

Se tomó su tiempo, fijándose en las hileras de sillas de plástico, en las láminas y carteles que adornaban la pared y en los juguetes que se hallaban en uno de los rincones.

-Debe haber sido agotador hacerte cargo de todo por tu cuenta - comentó mientras pasaban de una a otra habitación.

-La verdad es que es un alivio que hayas venido -Kate trató de mostrarse generosa, pero obtuvo poca respuesta del hombre al que acompañaba, que se interesó por la plantilla del hospital-. Tenemos dos recepcionistas, una secretaria, una enfermera que da clases prácticas tres veces a la semana, y compartimos el equipo de enfermeras del distrito con otros dos consultorios. Pero supongo que tío John ya te habrá puesto al tanto de todo eso. Desde el lunes tú te harás cargo de su sala y sus pacientes, por supuesto.

-Desde luego -contestó Guy, en voz tan baja que Kate apenas lo oyó. Él deslizó la mirada por la consulta, que tenía el mobiliario típico de cualquier consulta médica.

-Aún no tenemos ordenadores -dijo Kate-, pero tengo intención de presionar a la junta para que nos los proporcione. Imagino que pensarás que estamos muy atrasados.

Guy se sentó en la silla giratoria del doctor John.

-Te aseguro que, después de las condiciones en que he tenido que trabajar en África, esto me parece el sùmmum de la comodidad y la modernidad -se apoyó contra el respaldo del asiento y separó las piernas.

Ya que parecía dispuesto a seguir allí, Kate ocupó la silla en que solían sentarse los pacientes. Desde allí pudo ver a Guy a la luz del ventanal que tenía a su lado, y le sorprendió comprobar lo cansado que parecía. Unas profundas líneas corrían hacia abajo desde los laterales de su nariz, y la tensión de su boca era evidente.

-¿No deberías estar descansando? -preguntó, preocupada.

-¿Lo dices por el vuelo? -preguntó Guy, alzando las cejas.

-Sí -Kate le sostuvo la mirada, negándose a bajarla.

-Ya descansaré después -replicó él, añadiendo a continuación-: Sentí enterarme de la muerte de tu padre. Tu madre y tú debisteis sufrir una terrible conmoción.

-Así fue, y gracias por escribir -la carta que Guy escribió a Kate y a su madre fue amable y cariñosa-. Mamá está mejor. Se mantiene ocupada con su cruzada para salvar animales abandonados. Ahora mismo tenemos un viejo copie que no ve demasiado bien y un joven terrier que no deja de mordisquearnos los tacones de los zapatos.

-A los terrier les encantan los tacones -cuando sonreía, Guy parecía diferente. Las líneas de su rostro se curvaban en otra dirección, dándole una expresión mucho más afable-. ¿Te quedaste aquí a causa de la muerte de tu padre o por otros motivos?

El corazón de Kate comenzó a latir más deprisa. «Que no me pregunte por Mike, que no me pregunte por Mike», rogó.

-Cuando tío John me pidió que compartiera con él -la consulta no me lo pensé dos veces -se obligó a sonreír, tratando de darle a Guy la falsa impresión de que se encontraba muy satisfecha consigo misma.

Para evitar- que la conversación se prolongara, Kate se puso en pie. Ya había cumplido con su deber de anfitriona. El resto podía esperar hasta el lunes. Vio que Guy también se levantaba. Al parecer, había olvidado que la silla era giratoria y bastante pesada, y cuando se levantó, ésta giró con bastante violencia y le golpeó un muslo con el respaldo.

Kate se sorprendió al oírle gemir de dolor y ver que volvía a sentarse. Su frente se llenó de sudor.

-¿Qué te sucede, Guy? ¿Te ha dado en algún nervio? Esa silla es diabólica -se acercó a él, solícita. Era evidente que Guy no estaba bien. Debía haber venido con alguna enfermedad de África; malaria, fiebre amarilla, tal vez... Lo único que le faltaba era otro inválido.

-No te preocupes, que no vas a tener que buscar un sustituto para el sustituto -dijo Guy, poniéndose de nuevo en pie, aunque con más cautela que antes e ignorando la mano que le ofrecía Kate.

-¿Es por el desfase horario? -preguntó ella, apartándose.

-Es un corte en mi muslo.

-¿Un corte en...?

-En mi muslo.

-¿Te refieres a una herida?

-Exacto.

-¿Y cómo te la has hecho?



-Me interpuse en el camino de una navaja en el aeropuerto. A un joven lunático le dio por atacar a los pasajeros cuando acabábamos de pasar la aduana. La policía logró reducirlo, pero no antes de que hiriera a varios pasajeros, incluyendo a un niño. Afortunadamente, a mí me dio de refilón. Me atendieron en la enfermería del aeropuerto junto a los demás heridos. Al niño hubo que llevarlo al hospital. Su madre estaba destrozada.

-¡Dios santo! -dijo Kate, con expresión horrorizada.

-Sólo tuvieron que darme cuatro puntos. Luego tuve que ir a cambiarme. Por eso me retrasé. Debería haber llegado a Larchwood a la hora de la comida.

Kate aún estaba conmocionada.

-¿Qué han dicho tío John y Sylvia? Supongo que se habrán...

-No saben nada al respecto.

-Pero, Guy...

-No se lo he dicho, y no quiero que tú se lo digas -dijo Guy, mirando a Kate a los ojos.

-¡Pero eso es una locura!

-No es una locura. Es lo razonable. Si John se enterara, insistiría en que no empezara a trabajar el lunes. Mamá se pondría histérica y todo se sacaría de quicio. Sólo tengo un rasguño que desaparecerá en unos días, ¡sobre todo si me mantengo alejado de sillas con vida propia!

-Creo que deberías decírselo a alguien aparte de a mí -dijo Kate con firmeza. Estaba a punto de mencionar la posibilidad de una infección cuando el doctor John entró en la consulta.

-¿Ya le estás dando órdenes, Kate? -preguntó en tono de broma, rodeando los hombros de su sobrina con el brazo bueno-. Es una suerte tener aquí a Guy, ¿verdad? ¿Por qué no te quedas a cenar con nosotros, querida? Sylvia me ha enviado a decirte que ya está todo listo.

-Me encantaría -dijo Kate, no del todo sincera-, pero seguro que mi madre ya me está esperando con la mesa puesta, y no quiero que se disguste.

-Claro que no -dijo John-. ¡Sólo nos preguntábamos si no estaría fuera liberando algún perro de sus cadenas! -bromeó.

Kate rió.

-Espero que no -tomó su maletín-. Ya tenemos bastantes -después, sin

atreverse a mirar a Guy, se despidió y salió de la clínica en dirección a su Volvo rojo.

La sensación de incredulidad seguía con ella cuando arrancó el motor. Parecía mentira que le hubiera pasado aquello a Guy nada más aterrizar... Enfrentarse valientemente a todos los peligros de África para llegar aquí y ser acuchillado... Pero tenía la sensación de que no le había contado todo lo sucedido.

«Debería haber advertido a John ahora mismo», pensó. El y Sylvia deberían saberlo. Podía llamarlos más tarde. Por otro lado, y a pesar de que no le había hecho prometer nada, Guy le había dicho que no quería que contara lo sucedido.

Sin saber qué hacer, discutió consigo misma todo el camino a casa.

-Pensaba que ya no venías -dijo Laura Burnett desde el porche-. Suponía que te habías entretenido con la llegada de Guy -rubia y rellenita, con un vestido verde, tomó en brazos a Sparky, el terrier, mientras Kate metía el coche en el garaje.

-Sí, quería echar un vistazo a la clínica y no he podido venir antes -dijo Kate cuando salió del garaje.

-¿Qué tal aspecto tiene? ¿Ha cambiado mucho?

Kate sabía que a su madre siempre le había gustado Guy. También a su padre.

-Creo que está más delgado, pero, aparte de eso, sigue igual -fue hacia las escaleras-. Voy a darme una ducha rápida y enseguida bajo.

-Ha habido algún incidente en el aeropuerto; lo he oído en las noticias -dijo Laura mientras su hija subía-. No he podido oír bien, porque estaba en la cocina, pero creo que han tenido que llevar a algunas personas al hospital. ¿No te ha comentado nada Guy? Aunque la verdad es que el aeropuerto North Row es muy grande.

El teléfono salvó a Kate de tener que contestar, y, tal vez, de tener que mentir. Oyó que su madre decía:

-Sí, sí, ¿qué sucede? -luego vino un escandalizado-: ¡No! -y, tras una pausa-: Es imposible, Clare, cariño. Esta noche no. Siete son más de los que puedo manejar, y no sería justo para Kate. Necesita descansar, y, siendo tan pequeños, se Pasarían gimoteando toda la noche.

Mientras se desnudaba, Kate supuso que su madre estaba hablando sobre algunos cachorros. Una vez en la ducha, se preguntó qué diría si su

madre volvía a mencionar a Guy y lo sucedido en el aeropuerto.

Afortunadamente, Laura no volvió a hablar de ello durante la comida, aunque sí mencionó los siete cachorros que había tratado de dejarle su amiga Clare.

-Los va a llevar al Milland Animal Sanctuary, al menos por esta noche. He pensado que no podíamos acogerlos aquí, sobre todo teniendo a Merle y Sparky.

-Has hecho bien -dijo Kate, distraída. Volvía a pensar en Guy. Era posible que dijeran algo sobre el incidente del aeropuerto en las noticias. La suerte estuvo de su lado, pues, a las diez menos cuarto, su madre subió a bañarse.

Y hablaron del incidente en las noticias. Lo mencionaron tras un terrible accidente de tren en India.

-Hoy al mediodía -dijo el locutor-, en la terminal número siete del aeropuerto North Row, ha tenido lugar un desagradable incidente. Un joven blanco, armado con un cuchillo, ha agredido a varios pasajeros, incluyendo a un niño. Se evitaron males mayores gracias a la pronta acción de un pasajero que logró sujetar al joven hasta que llegó la policía.

A continuación pasaron una filmación del incidente. En ella se veía a un hombre, Guy, luchando con el joven. Primero lo golpeaba en el brazo para hacerle soltar la navaja y luego lo sujetaba hasta que llegaban dos agentes.

Kate fue incapaz de reprimir un grito ahogado.

Inquieta y angustiada, se puso en pie. ¿Por qué no le había explicado Guy lo sucedido? ¿Por qué ocultar una cosa así? Sin poder contenerse, subió las escaleras y entró en la habitación de su madre, que se estaba secando el pelo con una toalla.

-Acabo de ver las noticias -dijo, sentándose en la cama-. Han hablado de lo del aeropuerto.

Alertada por la temblorosa voz de Kate, Laura se volvió hacia ella.

-¿Qué ha sido? ¿Una bomba?

-No, un chico con un cuchillo -a continuación, Kate contó a su madre todo lo sucedido, incluyendo que Guy le había pedido que no dijera nada-. Pero no me había contado que fue él quien redujo al chico.

Laura se quedó casi tan conmovida como su hija.

-¡Vaya! De todos modos, no va a poder ocultarlo por mucho tiempo. John y Sylvia siempre ven las noticias de las diez.

-Sí, lo sé.

-Y Sylvia se pondrá histérica.

-También lo sé. Y lo último que quiere Guy es que se forme un lío por esto.

-Puede que, como acaba de llegar, Sylvia y John no pongan la tele esta noche -dijo Laura, pensativa-. Tendrán muchas cosas de qué hablar, ¿no te parece? Por otro lado, los periódicos de mañana...

-Espero que tío John se entere esta noche -interrumpió Kate-. Si algo va mal con esa pierna... Es muy posible que el cuchillo estuviera sucio, y aunque Guy haya tomado antibióticos, podrían surgir complicaciones.

-Vamos, vamos -dijo Laura en tono tranquilizador-. Guy ya es mayorcito, y, además, es médico. Sabrá lo que tiene que hacer con su pierna.

-Supongo que tienes razón -dijo Kate, sin convicción.

-Y lo que deberías hacer tú es acostarte pronto -dijo su madre con firmeza-. Has trabajado en exceso desde que John se rompió el brazo, y se nota que estás agotada. Supongo que no estaréis de guardia, ¿no?

-No. Le toca a la clínica Grainger.

-Bien. En ese caso, será mejor que hagas lo que te he dicho.

-De acuerdo, de acuerdo. Me acostaré temprano -Kate sabía que era mejor ceder que discutir con su madre.

A pesar de todo, apenas pudo relajarse en la cama. Y cuando consiguió dormirse, soñó que Guy se ponía muy enfermo, tanto que no podía pedir ayuda, y entonces aparecía su tío señalándola acusadoramente con el dedo y gritando una y otra vez: «¡Tú eres la culpable, Kate!»

## *Capítulo 2*

**F**UE molesto despertar a la mañana siguiente con Guy en la cabeza. Kate pensó que debía averiguar cuanto antes cómo se encontraba. Mientras se vestía, trató de pensar en el mejor modo de hacerlo sin parecer especialmente preocupada.

-He pensado en acercarme a Melbridge esta mañana -dijo a su madre-. Le prometí a tío John que trataría de conseguir el último libro de Robert Goddard. Si lo encuentro, podría dejarlo en Larchwood al volver.

-Si no te importa, te acompaño -dijo Laura-. Me gustaría ver a Guy, y a John, por supuesto. Hace casi una semana que no voy por allí. Pero antes tengo que hacer un par de cosas. ¿Te viene bien que salgamos a las diez?

-Perfectamente -Kate miró su reloj. Aún eran las ocho. Decidió ocupar el rato que le quedaba amontonando las hojas caídas del jardín.

Al salir, sintió que, a pesar de que el sol lucía en el cielo, el aire había refrescado. El verano había pasado.

Faltaban cuatro días para octubre, y una semana después cumpliría veintiocho años. Aquel pensamiento fue un revulsivo. No lo habría sido tanto si aún estuviera con Mike.

-Siempre pensé que podría contar con él -murmuró en voz alta, mientras amontonaba las hojas con el rastrillo.

El sonido de la puerta de un coche cerrándose le hizo mirar hacia la casa. Eran John y Guy. Respiró, aliviada. Evidentemente, debía encontrarse bien. No tendría por qué haberse preocupado tanto. Aunque, por supuesto, sólo había sido una preocupación profesional.

Su madre ya los había visto y salió a recibirlos, seguida de los perros. Desde el jardín, Kate vio cómo abrazaba a John y luego estrechaba la mano de Guy. Sintiéndose inhabitualmente cohibida, fue a darles la bienvenida. ¿Sabría ya tío John lo sucedido?

-Me han descubierto -le dijo Guy mientras entraban en la casa.

-¡Y deberíamos haberlo sabido antes! -dijo John en tono vehemente-. Al parecer, no pensaba decírnoslo. ¡Y, probablemente, tú tampoco, Katie!

Kate evitó mirar a Guy.

-La verdad es que aún no había decidido qué hacer. Afortunadamente,

ya no tengo que hacerlo. Supongo que visteis las noticias.

-Las vimos -dijeron ambos hombres al unísono.

-La noticia también ha salido en los periódicos -continuó el doctor John-, tanto en el Telegraph como en el Mail.

Guy pareció irritado.

-Chris Jaley, mi amigo médico del aeropuerto, debió dar los detalles a los periodistas.

-Fuiste muy valiente -Laura volvió de la cocina con una bandeja que Guy tomó de sus manos antes de que Kate pudiera levantarse.

-Fue una de esas ocasiones en las que uno actúa sin pensar -explicó-. Me temo que la valentía no tuvo nada que ver con ello.

-No estoy de acuerdo -dijo Laura mientras servía café en las tazas y animaba a Guy a tomar unas pastas y a servirse azúcar. Kate se fijó en que aceptaba ambas cosas, y eso hizo que le pareciera menos distante y poderoso, más cercano a ella.

También se fijó en el movimiento de sus hombros bajo la elegante chaqueta gris que llevaba puesta, en su espeso pelo, en la forma de sus fuertes manos y en el contraste de sus morenas muñecas con las mangas de la camisa blanca. Bajó la mirada hacia su pierna. ¿Le dolería?

Cuando alzó la vista, vio que Guy la estaba observando con aquella mirada mezcla de burla y diversión que ya conocía de otra ocasión. Fue una sorpresa darse cuenta de lo bien que lo recordaba, pero enseguida pensó que Guy no era la clase de hombre al que uno olvidaba fácilmente.

-Estamos dando una vuelta por el distrito -dijo John, moviendo su cuello cuidadosamente en los confines del collarín-. Quiero enseñarle a Guy las mejores rutas para cuando tenga que visitar a los pacientes. Pero lo cierto es que aún no hemos llegado muy lejos. No hemos podido evitar parar al pasar por aquí.

-Menos mal -dijo Laura cariñosamente.

-De momento no me siento demasiado cómodo en el coche -continuó el doctor John, mirando a Kate-, así que me preguntaba si podrías acompañar tú a John mientras yo me quedo charlando con tu madre. ¿Qué te parece?

-No creo que a Kate le parezca buena idea -dijo Guy, dejando su taza en la mesa de golpe-. Tengo un mapa y sé leer, John. No hay motivo para que Kate renuncie a su mañana libre.

Nadie dijo nada durante unos segundos. Finalmente, Kate habló.

-De todas maneras, pensaba ir a Melbridge esta mañana. Puedes llevarme en el Rover de John y de paso te puedo ir dando indicaciones. Tenemos varios pacientes a este lado del río, aunque la mayoría están en Melbridge.

-En ese caso, me parece buena idea. Te llevo -dijo Guy, dejando a Kate con la sensación de que era él quien le hacía el favor. Pero no era así.

Unos minutos después circulaban en el coche por Guessens Road.

-Puedes dejarme en Melbridge y luego seguir tu camino -dijo Kate-. Tengo que hacer unas cuantas compras que me llevarán un rato.

-¿Cuánto rato?

Sin volver la cabeza, Kate vio que Guy tensaba las manos en torno al volante.

-Más o menos una hora.

-En ese caso, te recojo a la vuelta.

-No tienes por qué hacerlo. Puedo tomar el autobús.

-Sí, seguro que puedes -dijo Guy al cabo de unos segundos durante los que Kate no supo cuáles eran sus intenciones.

Aquel hombre la iba a volver loca, pensó. Los tres meses que se avecinaban iban a ser difíciles.

Tratando de disimular su incomodidad, empezó a hablar muy deprisa.

-Seguro que John y mi madre están encantados de poder charlar un rato a solas. Probablemente, no dejarán de hablar de papá hasta que volvamos.

-John y tu padre eran muy parecidos, ¿no? -preguntó Guy.

-Físicamente sí, pero nada más. Papá se preocupaba mucho por todo y era muy introvertido. Sin embargo, tío John explota enseguida y se desahoga fácilmente.

Guy asintió, pero no hizo ningún comentario.

Incómoda con el silencio reinante, Kate siguió hablando mientras pasaban por Grantford

-Casi toda esta zona está a cargo del consultorio de Grainger, que suele hacer ocasionalmente nuestras guardias durante los fines de semana.

-Como éste -dijo Guy, deteniéndose ante un semáforo.

-Sí. Por supuesto, nosotros solemos devolverles el favor cuando es necesario -explicó Kate-. Aunque ellos son tres médicos y no suelen tener problemas para organizarse.

-Comprendo.

Dejaron atrás Grantford y la siguiente población era Melbridge. Sin saber qué más decir, Kate se sintió aliviada cuando entraron en la población.

-¿Por qué no me dejas aquí mismo, Guy? -dijo, precipitadamente-. En el centro hay mucho más tráfico.

-Oh... de acuerdo... como quieras -Guy parecía indeciso. Kate se preguntó si iría a sugerirle que se quedara con él hasta que terminara de hacer el recorrido y que luego podrían ocuparse de las compras. Pero no. Ya estaba reduciendo la marcha para detenerse.

-Pasaré a recogerte por aquí dentro de una hora -dijo en cuanto detuvo el coche junto a la acera. En esa ocasión, Kate no discutió. Tomó su bolso y salió del coche.

-Espero que puedas seguir el mapa sin problemas -dijo, asomándose por la ventanilla-. Nos vemos dentro de una hora.

Suspiró profundamente mientras veía cómo se alejaba el coche. De cerca, Guy resultaba especialmente atractivo. Desprendía tal magnetismo que casi había estado a punto de tocarlo. ¿Cómo podía sucederle algo así?

«Estoy tan falta de sexo que no debería sorprenderme», pensó. «Pero sé que es a Mike a quien echo de menos. Aún estoy enamorada de él».

Pensó en su ex novio mientras hacía la compra. Mike la acompañaba y llenaba sus pensamientos. Él fue la causa del sentimiento de soledad que se apoderó de ella mientras se mezclaba con la gente en las tiendas, fijándose sin querer en las numerosas parejas que pasaban a su lado. ¿Qué hora sería ahora en Boston, Massachusetts? ¿Qué estarían haciendo Mike y Caro Ellenburgh en aquellos momentos? Imaginó a la cautivadora Caro, con sus grandes gafas, su brillante pelo y su boca de carnosos labios llena de perfectos dientes.

Tras encontrar el libro que buscaba y echar un vistazo a unos vestidos que no le gustaron, volvió al lugar en que se había citado con Guy. El coche ya estaba allí, aparcado bajo unos árboles. Mientras se acercaba vio a Guy en el interior, con un mapa abierto sobre el volante. Al verla, lo



dobló y lo guardó.

-¿Ya has hecho tus recados? -preguntó, sonriente.

Kate pensó que parecía más animado y amistoso que antes. Tal vez había decidido que, a pesar de que no fueran dos personas que congeniaran especialmente, podía mostrarse amable. Por otro lado, podía deberse únicamente a que la pierna hubiera dejado de dolerle. Nadie con dolor, por ligero que éste fuera, se encontraba en su mejor momento.

-Sí, ya tengo todo -dijo Kate tras entrar en el coche-. ¿Qué tal te ha ido a ti?

-Ya me conozco cada carretera y sendero de la zona -dijo Guy, sonriente.

-Bien -Kate se sentía más cómoda con él ahora. Incluso se atrevió a preguntarle por la pierna.

-Oh, bastante bien -Guy puso el coche en marcha con suavidad-. Casi ha dejado de doler, y la herida no era profunda. Lo peor fue lo del niño. Pero mientras hacías las compras he llamado al hospital en que lo ingresaron y me han dicho que ya lo han dado de alta.

-Qué alivio.

-Desde luego.

-¿Qué le pasará al joven que os atacó?

Guy se encogió de hombros.

-No lo sé con certeza. Pero espero que no lo suelten antes de asegurarse de que no vaya a hacer más daño. ¿Qué sueles hacer los fines de semana, Kate? -cambió de tema tan bruscamente que Kate tuvo dificultades para adaptarse.

-Tampoco he tenido muchos libres hasta ahora -dijo, con una risita-. Pero pertenezco al club de ocio de Barham Rise. Hay pistas de squash, piscinas, bolera, gimnasio... Barham está a seis millas de aquí, no muy lejos. Ahí es donde se encuentra el nuevo centro de salud. Supongo que ya te lo habrá dicho mi tío.

Guy asintió, pero no hizo ningún comentario al respecto. Luego dijo que esa tarde iba a Londres a ver a su padre.

-Estará encantado de volver a verte -dijo Kate.

-Y yo de verlo a él.

Kate sabía poco sobre Marcus Shearer. Era director de una editorial en

Red Square, vivía en Hampstead y no había vuelto a casarse tras divorciarse de Sylvia.

-¿Irás en coche? -preguntó.

-Creo que iré en tren. ¡Tengo que ahorrar energías para el lunes!

-Muy razonable. El lunes suele ser el día más ajetreado de la semana en el consultorio.

Una semana después ya era evidente para todo el mundo que Guy había olvidado muy poco, o más bien nada, sobre el ejercicio de la medicina en Inglaterra. Ocupó el puesto de John con confianza y energía... y sin la suficiencia que Kate temía. Las enfermeras y demás trabajadores del centro estaban encantados, pero lo más importante era que sus pacientes se iban con la sensación de haber sido bien atendidos.

El ocho de octubre fue el cumpleaños de Kate, un día que empezó como casi todos, con las enfermeras preparándolo todo para el comienzo de la mañana y algunos pacientes esperando ya en el exterior. Guy ya estaba en su consulta, ocupado abriendo el correo. Kate podía oír el débil ruido de su abrecartas mientras lo hacía.

Le había regalado por su cumpleaños el libro de Joanna Trollope y Kate le había dado las gracias efusivamente por ello. Su tío y Sylvia le habían regalado un delicado bolso de cuero, y las enfermeras varias tarjetas. También le habían cantado «cumpleaños feliz». En casa le esperaban otros regalos y tarjetas.

No había tenido noticias de Mike. No lo esperaba, pero no podía evitar preguntarse si habría recordado qué día era, si le habría dedicado algún pensamiento. Su rechazo aún le producía angustia en momentos inesperados. El dolor era profundo. Le resultaba extraño pensar que no volvería a verlo, que no volvería a disfrutar de la alegría de abrazarlo, de que él la abrazara... Era como despedirse de la vida.

El sonido del timbre de Guy llamando a su primer paciente le hizo salir de su ensimismamiento. Su primera paciente de esa mañana fue una niña de dos años a la que tenía que poner la vacuna del sarampión.

-Su padre no quería que la trajera -dijo su joven madre-. No cree en las triples inyecciones, pero finalmente lo he convencido.

-El sarampión es una peligrosa enfermedad, con efectos secundarios desagradables -dijo Kate mientras vacunaba a la niña, que no se quejó en lo

más mínimo-.

Puede que sufra una ligera reacción dentro de una semana, algo parecido a un catarro, pero no debe preocuparse.

-Espero que no, o entonces Ken sí que se preocupará -dijo Rose Challis, tomando en brazos a la niña.

-Si quiere, dígame que venga a verme. Yo trataré de tranquilizarlo.

A lo largo de la mañana, Kate atendió a un joven con acné, a un abuelo bronquítico, a una mujer menopáusica y a un hombre que sufría ansiedad y estrés tras la muerte de su esposa. Kate pasó más de los seis minutos habituales hablando con él. No quiso mandarle antidepresivos antes de volver a verlo.

Cuando el último paciente salió y se cerraron las puertas de la calle comenzó el trabajo de papeleo. Escribió notas para los especialistas, repasó el correo e hizo algunas llamadas. Luego se vio con Guy para hablar sobre un paciente con encefalomiелitis miálgica.

Normalmente, a las once y media salían a visitar a los pacientes que no podían trasladarse al centro, pero esa mañana tenían que acudir a la residencia de ancianos Melbridge Nursing a vacunar contra la gripe a todos los ancianos que quisieran ser vacunados.

Cada uno acudió en su coche y fueron recibidos por una joven supervisora que les ofreció un café. Guy lo rechazó amablemente por los dos antes de que Kate pudiera decir nada.

-Yo me ocuparé de los pacientes que están en la cama, Kate -dijo, sin mirarla-. Tú ocúpate de los ambulantes. Nos vemos aquí luego.

Al parecer, ese día se había llevado su bastón de mando, pensó Kate.

Había ancianos residentes por todas partes; caminando por los pasillos con muletas, andadores, o arrastrando los pies; en el cuarto de estar, jugando a las cartas o viendo la televisión. Todos parecían bien atendidos, pero la mayoría estaban tristes y les daba lo mismo si los vacunaban o no, aunque presentaban obedientemente el brazo o el hombro. Kate empercha a pensar que no iba a dar abasto cuando Guy se reunió con ella.

La sala pareció animarse en cuanto entró. Una anciana le preguntó si era nuevo.

-Es agradable ver a un hombre en perfecto estado; casi todos están hechos polvo por aquí.

Otra anciana, que había sufrido la amputación de una pierna, le

preguntó si le saldría otra, «porque, por lo demás, estoy muy sana».

Guy le contestó que no creía, pero que, ya que parecía estar llevándolo tan bien con la que le quedaba, no pensaba que le hiciera falta. La anciana se quedó tan satisfecha con la respuesta que accedió a ser vacunada.

-Porque ha sido usted muy amable y me gusta corresponder cuando puedo.

Una de las que se negó en redondo fue la mujer más anciana de la residencia. Tenía ciento dos años y le funcionaba perfectamente la cabeza.

-No, gracias, doctor -dijo-. Me ha ido muy bien hasta ahora sin eso, así que, ¿por, qué tentar al destino?

Mientras Kate y Guy se preparaban para irse, éste dijo:

-Ha sido una experiencia gratificante.

No rió ni hizo ninguna broma a continuación.

De hecho, a Kate le pareció pensativo, incluso sombrío. Tal vez se estaba imaginando a sí mismo a esa edad y no le gustaba lo que veía.

-¿Tienes que hacer llamadas antes de comer? -preguntó Guy mientras ella se preparaba para entrar en su coche.

-No. Ya es muy tarde. Iré a casa a comer y luego volveré. No tengo nada urgente hasta las dos.

-Yo tampoco -tras una pausa, Guy añadió-. ¿Qué te parece si comemos juntos?

-¿Fuera? -Kate apenas pudo ocultar la sorpresa que le produjo la sugerencia de Guy.

-Sí, fuera, en algún restaurante.

-¿Porque es mi cumpleaños? -preguntó Kate, sin demasiada delicadeza.

-Si hace falta un motivo, ese puede valer -Guy la miró directamente a los ojos-. Podríamos ir a Melbridge Arms, beber algo en el bar y luego pasar al restaurante. Fui allí hace un par de días y me pareció excelente.

-Gracias. Me encantaría. Eres muy amable, Guy -dijo Kate, recuperando los modales.

-Soy un hombre amable -dijo Guy, haciendo un amago de reverencia que sirvió para hacer reír a Kate y hacerle perder la ligera vergüenza que sentía por haberse comportado como una adolescente en su primera cita.

El Rover de Guy estaba aparcado delante del Volvo, de manera que Kate lo siguió hasta el hotel en que habían decidido comer.

Hacía un bonito día de octubre, y, por primera vez desde que se había levantado, Kate se sintió algo animada. También tenía hambre, y Mike parecía haberse esfumado de su cabeza.

Pero regresó unos veinte minutos después, mientras comían un delicioso solomillo con patatas y guisantes. En tono despreocupado, Guy preguntó:

-¿Y qué pasó con Mike Merrow?

Kate sintió una inmediata punzada acompañada de una oleada de ansiedad. Era una pregunta que no esperaba que Guy le hiciera, pero ahora que la había hecho debía mentir o, al menos, no contarle la peor parte, como había hecho con todo el mundo. Nadie, excepto su madre, conocía la dolorosa verdad.

-Le salió un trabajo interesante en Boston y se fue -dijo, sin exagerar la animación de su tono de voz para no despertar sospechas.

-¿Y tú no quisiste ir con él?

-No -Kate logró sonreír a pesar de la mentira que estaba diciendo-. No quería trabajar allí.

-Creo recordar que os conocíais desde hacía bastante tiempo -Guy alzó su vaso y dio un trago a su vino. ,

-Vivimos juntos dos años y medio, pero nos conocíamos desde hacía un año antes. Supongo que eso es bastante tiempo.

-Tanto como lo que duran algunos matrimonios en estos días.

-¡Qué comentario tan cínico, doctor Shearer! -bromeó desesperadamente Kate. Sintió un inmenso alivio cuando Guy cambió de tema y le habló de su padre.

-Se va a casar de nuevo, ¿puedes creerlo? El otro día me sorprendió con la noticia. Se va a casar con una de sus escritoras. La boda es el mes próximo -dijo Guy, sonriente.

-Veo que te satisface.

-Estoy encantado. Se conocen ya hace un tiempo. Jean es una escritora de novelas policíacas que publica bajo el nombre de C.P.Shaw. Tiene la misma edad que mi padre. Sus libros no se convierten en best seller, pero no le va mal, y es una mujer interesante. Ya hace ocho años que mis padres

se divorciaron, así que nadie va a poder decir que se ha precipitado casándose de nuevo. Es como yo... un viejo pájaro cauteloso.

Kate pasó por alto aquel comentario.

-¿Tu madre... Sylvia lo sabe?

-Sí, y aunque se quedó asombrada al enterarse, se alegra de que sea con Jean. Se conocieron en una fiesta literaria antes del divorcio. Es curioso las vueltas que da la vida, ¿no? Vista de lejos, parece que tiene un patrón determinado, o algo así.

Aunque Kate no estaba precisamente convencida de aquello, asintió. Luego hablaron un rato de literatura y después de cine y televisión, y de los papeles que solía interpretar la madre de Guy en ésta.

-Estaba magnífica en aquel drama médico que solían poner los sábados por la noche. Si le dieran un papel adecuado, ¿crees que lo aceptaría ahora? -preguntó Kate. A veces pensaba que Sylvia no tenía suficientes cosas que hacer y eso le hacía preocuparse más de lo debido de los asuntos de los demás.

-No. Está decidida a no volver a actuar. Esta vez quiere dedicarse por completo a su matrimonio. Creo que hace bien. Tiene casi sesenta años y no es fácil encontrar primeros papeles para actrices de esa edad. Además, ya actúa suficiente en la vida real -Gay dijo aquello en tono despreocupado, pero con un matiz de enfado-. ¡Está contando a la mitad de Melbridge las hazañas de su heroico hijo!

-¿Te refieres a lo del aeropuerto? La verdad es que te comportaste como un héroe, Guy. Actuaste sin pensar en ti mismo -dijo Kate, bajando la mirada hacia el muslo de Guy. El doctor Grainger se había ocupado de quitarle los puntos. John le había sugerido que se pusiera en manos de un médico que no fuera su pariente. Era lo mejor. La enfermera Sue se sintió muy decepcionada cuando lo supo. Según dijo, bromeando, claro está, le habría gustado tener al guapo médico bajo su protección.

-¿Qué vas a hacer para celebrar tu cumpleaños? -preguntó Guy.

-Voy a salir esta tarde con unos amigos -Kate no quiso aclarar que los «amigos» eran todo chicas. No quería que Guy pensara que no podía conseguir compañía masculina cuando la ocasión lo pedía.

Ya fuera, bajo los árboles junto a los que se hallaban aparcados los coches, Kate agradeció a Guy la invitación a comer.

-Lo he pasado muy bien -dijo, mientras Guy se inclinaba para abrirle

la puerta del coche.

-Yo también -dijo él, devolviéndole las llaves-. Y que se repita muchas veces -añadió, sonriendo.

-Es lo que se dice normalmente en un cumpleaños -dijo Kate, riendo, eligiendo ignorar el significado. Guy le tomó una mano, y ella sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. La apartó rápidamente-.Y ahora, será mejor que nos pongamos en marcha.

-Así habla una doctora realmente dedicada a su profesión -bromeó Guy-. Que lo pases bien esta noche. Todos necesitamos divertirnos de vez en cuando. Sienta mejor que cualquiera de las pastillas que recetamos. Hasta mañana, prima Kate -Guy fue a su coche y se despidió con un gesto de la mano antes de entrar.

Kate vio cómo se alejaba antes de entrar en el suyo. «Prima Kate», pensó, molesta. Hace que parezca un personaje de las novelas de Jane Austen, con chal, gorrito y todo lo demás»

## *Capítulo 3*

**A** LA MAÑANA siguiente, el trabajo en el consultorio empezó como de costumbre, aunque no siguió así. Poco antes de las diez, mientras Kate examinaba a una paciente, un niño empezó a gritar a todo pulmón en la sala de espera. En principio, esperando que la madre se ocupara de controlarlo, no hizo nada. Pero al ver que el alboroto continuaba, se excusó con su paciente y salió del consultorio.

En la sala de espera se quedó totalmente quieta, asombrada con lo que veía. La gran caja de juguetes estaba volcada en el centro de la sala y todos los juguetes estaban dispersos por el suelo... junto con las revistas que solían estar en la mesita. Mientras, un niño de unos cuatro años corría por encima de las sillas sin dejar de dar gritos. Una joven de pelo liso trataba de atraparlo.

Sue y Meg miraban lo que sucedía desde la puerta de la enfermería. Dos pacientes que aguardaban en la sala contemplaban perplejos el espectáculo.

-Me parece que ese niño quiere llevarse una buena tunda -dijo uno de ellos.

Sintiendo que debía hacer algo, Kate fue a por el niño. Lo tomó por detrás y lo rodeó con sus brazos, pero el niño empezó a patear, golpeándola en las espinillas, y tuvo que soltarlo. Meg trató de sujetarlo, pero también se escapó de sus manos y corrió hacia la puerta del consultorio de Guy.

-¡Oh, no! -se oyó exclamar Kate.

A continuación sucedieron tres cosas casi a la vez: se abrió la puerta de la consulta, Guy dio un grito y el niño otro.

Un segundo después, Guy salía con el niño sujeto bajo un brazo, ignorando sus intentos de soltarse.

-¿De quién es este niño? -preguntó en tono suave, pero también firme.

-¡barren es mío! -dijo la joven mujer, tratando de recuperar a su hijo.

-En ese caso, sígame -Guy salió con el niño, seguido de su madre. Una vez fuera, lo dejó en el suelo, sujetándolo por el brazo hasta que su madre se hizo cargo de él-. Lléveselo a casa, por favor -dijo, mientras volvía a



encaminarse hacia la entrada-. Traígalo esta tarde, cuando esté más calmado, y si es usted la que venía a consulta, déjelo en casa. No puedo tolerar otro escándalo como este en el consultorio.

Kate oyó todo aquello mientras volvía a atender a su paciente, una mujer de cuarenta años con problemas digestivos.

-Lo siento señora Archer, pero había un niño montando un escándalo.

-Ya lo he oído. ¡Menudo genio!

Kate asintió y siguió palpando el estómago de la mujer.

-Voy a mandarle unas radiografías, señora Archer. Cuando la llamen del hospital, le dirán que no coma nada seis horas antes de ir. Le darán lo que se llama habitualmente «la papilla», que es un compuesto que posibilita la visión del aparato digestivo.

-De acuerdo -dijo la señora Archer mientras se vestía-. Entonces, ¿no tengo que tomar nada hasta que me haga las radiografías?

-Nada -dijo Kate-. Todo lo que tiene que hacer es esperar a que la llamen del hospital.

Era la última paciente de Kate, y ésta estaba comprobando su maletín cuando Sue se asomó a la consulta para comentarle lo efectivo que había sido Guy con el niño.

-Era el hijo de los Pott. El doctor John ya había tenido problemas con él. Su madre no sabe cómo controlarlo. ¿No te ha parecido que Guy ha estado brillante?

-Supongo que sí... -dijo Kate, interrumpiéndose al ver que Guy entraba en la consulta. Sue se fue de inmediato.

-¿No estás de acuerdo con mi método para librarme del niño? -preguntó él, aparentemente divertido.

-Para ser sincera, Guy... -Kate tomó cuidadosamente su maletín de encima de la mesa-... me ha parecido demasiado drástico que los echaras.

-¿Qué habrías hecho tú?

-Yo... no sé, pero...

-Exacto -dijo Guy-. No sabías que hacer. Cuando he salido del consultorio, ese diablillo ya llevaba varios minutos dando la lata.

-Meg y yo hemos hecho lo que hemos podido, como su madre -protestó Kate, mirando directamente a los duros y azules ojos de Guy.

-Pero no ha sido muy efectivo.

-¡Tú has asustado al niño!

-¡Tonterías!

-No se deben utilizar esas tácticas con los niños.

-Ese niño es un cachorro sin educar -dijo Guy con firmeza-. Dudo que le hayan negado nada en toda su corta vida.

-Es bastante evidente que no te gustan los niños.

-Creo que será mejor que dejemos de hablar de esto -dijo Guy, justo cuando entraba Sylvia en el consultorio, sonriente y animada.

-He oído un terrible jaleo por aquí hace unos minutos -alta, elegantemente vestida con un traje color crema, se apoyó en el extremo del escritorio de Kate-. ¡Creía que estaban asaltando el consultorio!

-Sólo era un niño mal criado -dijo Guy, evitando mirar a Kate.

-¡Los niños de estos días! -Sylvia hizo un teatral gesto con la mano-. Pero ése no es el motivo por el que he venido a verte, querido. He tenido una idea para la boda de tu padre. ¿Por qué no invitas a Kate a que te acompañe? A fin de cuentas, forma parte de la familia. Marcus te dijo que llevaras a alguien, ¿no? Ella sería la elección ideal.

-Sylvia... -Kate pronunció con evidente ansiedad el nombre de la madre de Guy-. ¡Ni siquiera conozco al señor Shearer! ¡No podría ir!

-Sólo te pido que lo pienses, cariño -dijo Sylvia-. Persuádela, Guy. Es lo que debes hacer. Las familias deben permanecer unidas.

-Has elegido un mal momento, mamá -Guy pasó un brazo por los hombros de su madre y la acompañó hacia la puerta-. Hablaremos luego -salió con su madre sin mirar atrás. Kate oyó que arrancaba el coche.

¡Sylvia es boba!», pensó, irritada. «¿Qué trata de hacer? ¿Emparejarnos a Guy y a mí? Ninguno de los dos queremos que suceda. No es que no me caiga bien, pero no congeniamos, ni compartimos muchos puntos de vista sobre cosas importantes. Si estuviéramos juntos, discutiríamos a menudo. Es mejor que mantengamos las distancias. Y en cuanto a lo del escándalo de esta mañana con el niño..., puede que él tenga razón».

Mientras comía con su madre, le contó la metedura de pata de Sylvia.

-Guy estaba furioso con ella. Se lo he notado en la cara.

-Bueno... -Laura sirvió una cucharada de salsa en el plato de su hija-... la verdad es que me parece buena idea. La boda se celebra un sábado, así que no habrá problema con el consultorio. Y estaría bien que conocieras al padre de Guy. Probablemente lo pasaréis muy bien. Guy se aburriría yendo solo.

-Puede que haya pensado invitar a alguna otra chica -protestó Kate.

-Puede, y en ese caso lo dirá y le dirá a su madre que no se meta... en privado, por supuesto -Laura miró a su hija reflexivamente-. Debo admitir que Sylvia tiende a meter la pata a veces, ¡con tacones altos incluidos!

Kare rió, consciente de que, a pesar de que Sylvia y su madre eran muy amigas, no podían ser más distintas.

Esa tarde tenía consulta, y cuando llegó a la clínica, la señorita Ford le comunico qué pacientes tenía.

-He tenido que incluir a Claire Potts, aunque acaba de llamar ahora mismo. Tiene problemas con un oído y está muy molesta.

-Bien -dijo Kate.

-Supongo que ya sabe que es una joven madre soltera. Vive en Swam Lane con sus padres.

-Ha estado aquí esta mañana para ver al doctor Shearer, pero ha tenido que irse por que su hijo estaba un tanto... inquieto -explicó Kate.

-Probablemente, esta tarde lo dejará en casa, con sus padres -dijo la señorita Ford-. Son gente decente, pero han mimado al niño en exceso desde que nació -lo que confirmó el diagnóstico y el tratamiento de Guy.

¿Se equivocaba alguna vez aquel hombre?, se preguntó Kate, suspirando mientras entraba en su consulta.

Para cuando la joven Claire Potts entró, Kate ya había atendido a seis pacientes.

-Siéntese, señorita Potts. ¿Cuál es el problema?

-Me duele el oído desde hace unos días. Apenas puedo dormir de dolor por la noche.

-¿Le supura? -preguntó Kate mientras tomaba su auroscopio.

-No... no he notado nada -Claire parecía alarmada cuando Kate se acercó a ella.

Tras examinarla, Kate la tranquilizó.

-Tiene una infección del oído medio, pero la hemos localizado a tiempo. Voy a recetarle un antibiótico y un analgésico.

-¿Puedo contagiársela a Darren? -preguntó Claire de inmediato.

-No, la otitis no es contagiosa -Kate le dedicó una sonrisa a la vez que le entregaba la receta-. Tome una tableta cada ocho horas hasta acabar la caja. Si no mejora, vuelva a verme.

-Normalmente me atiende el doctor John Burnett.

-Lo sé, pero el doctor Burnett está de baja y es el doctor Shearer quien lo sustituye por la mañana.

-¿El que ha levantado hoy a Darren como si fuera un paquete? -preguntó Claire Pott en tono acusador.

-Bueno, la verdad es que el niño estaba montando un escándalo -dijo Kate, sonriendo amablemente.

-Darren estaba aburrido. No le gusta esperar. Y tampoco se ha portado tan mal. El doctor no tenía por qué haberlo echado.

No queriendo prolongar la conversación, Kate permaneció en silencio mientras su paciente se levantaba y se ponía la bufanda. Camino de la puerta, murmuró «adiós» y «gracias», pero su actitud revelaba con claridad lo que sentía respecto al doctor que se había atrevido a tratar así a su hijo.

Kate suspiró, pero la olvidó mientras se preparaba para recibir a la última paciente de la tarde. Se trataba de una mujer de treinta y cinco años a la que debía comunicarle que los análisis que se le habían hecho a causa del bulto que le había salido en un pecho habían dado positivo y que era imperativo practicarle una histerectomía. Repasó mentalmente lo que iba a decirle, deseando no tener que hacerlo. A pesar de llevar cuatro años ejerciendo la medicina, aún no se había acostumbrado a dar malas noticias a los pacientes. Era la parte más horrible de su trabajo.

Sin embargo, en aquella ocasión, la propia paciente le facilitó las cosas.

-No es más que lo que esperaba -dijo la mujer, una pequeña escocesa con pecas, flequillo y ojos vivarachos-. Me someteré al tratamiento que sea necesario. Mi abuela vivió hasta los noventa y cinco, y yo tengo intención de hacer lo mismo, doctora. No pienso morirme todavía.

Salió con paso decidido de la consulta, a reunirse con su marido en la sala de espera. Salieron juntos de la clínica, protegiéndose de la lluvia con un paraguas y firmemente tomados de la mano.

Viéndolos por la ventana, Kate meditó en el hecho de que siempre era mejor tener alguien con quien compartir cualquier noticia, fuera ésta buena o mala.

Terminada la tarea de la tarde, todos los empleados volvieron a sus casas. Kate fue la última en salir. Estaba cerrando la puerta cuando un coche se detuvo junto a la acera. Al volverse vio a través de la lluvia que era el de Guy.

-Entra -dijo Guy, abriendo la puerta del asiento del copiloto-. Quiero hablar contigo. Además, te estás empapando.

¿Por qué entrar? ¿Para qué?, se preguntó Kate mientras lo hacía. ¿Acaso iban a seguir con su discusión sobre el revoltoso hijo de Claire Pott? O, peor aún, ¿tendría intención de mencionarle la boda de su padre?

Una vez dentro, las gotas de agua que habían caído sobre ella comenzaron a deslizarse por su flequillo hacia sus cejas y pestañas. Trató de alejarlas soplando.

-Estoy empapando el asiento.

-No te preocupes por eso -dijo Guy, sin sonreír.

-¿Qué tenías pensado? -preguntó Kate con ligereza-. ¿Llevarme hasta mi coche? -apartó el pelo mojado de su frente y dejó su maletín en el suelo.

-En parte, sí ¿Pero por qué has aparcado hoy tan lejos? -preguntó Guy, dirigiendo el coche hacia donde Kate tenía aparcado el suyo.

-Mi sitio estaba ocupado cuando he llegado -cuando Guy detuvo el coche junto a su Volvo, preguntó-: Supongo que no irás a visitar a ningún paciente. Recuerda que soy yo la que está de guardia hasta el domingo por la noche.

-Lo recuerdo -Guy se volvió para mirarla-. Voy a Londres, a quedarme hasta mañana con mi padre.

-Oh, lo siento. No pretendía ser cotilla -se disculpó Kate.

-Mi padre querrá saber a quién voy a llevar a su boda -Guy la miró con gesto interrogante. Kate pensó que el azul de sus ojos era como el de el ciclo de una mañana de verano, un azul que la atraía como un imán. Se sintió débil.

-Sylvia no debería haber dicho...

-Olvida a mi madre -interrumpió Guy-. La boda tendrá lugar en el juzgado y luego habrá un buffet. Acudirán algunas personas interesantes.

Me... me gustaría que me acompañaras. Puede... -acarició con delicadeza la muñeca de Kate-... puede que te diviertas. Si no, podemos despedirnos pronto y estar aquí a media tarde.

Kate sintió una peculiar calidez en su interior. Guy quería que lo acompañara, y eso hacía que ella deseara ir. Podía ser un compañero muy agradable. De hecho, lo era. Recordó la comida del día anterior y supo que no iba a rechazar su invitación.

-Y estoy seguro de que a mi padre y al resto de los miembros de la familia les encantará conocerte. Recuerda que yo ya conozco a casi todos tus familiares. Será una oportunidad para igualar el marcador. Pero si no quieres venir...

Kate sintió un absurdo pánico al oír aquello.

-Me encantará ir -dijo, con tanto énfasis que Guy se quedó atónito.

-Y yo que me estaba mentalizando para unas calabazas -dijo, sonriente-. Incluso ha dejado de llover de la sorpresa que se ha llevado el cielo.

-Sí -dijo Kate, tratando de ocultar su decepción. Era evidente que a Guy le habría dado lo mismo que no aceptara. ¿Acaso no se tomaba nunca nada en serio, excepto su trabajo?-. Será mejor que me vaya. Gracias por traerme -añadió, a la vez que salía del coche.

-Sólo han sido unos metros -Kate estaba a punto de entrar en su coche cuando Guy añadió:- ¿Ha sido una ilusión óptica o he visto a la señorita Pott yéndose del consultorio hacia las cinco y media?

-No ha sido una ilusión -contestó Kate-. Tiene una infección de oído y le he recetado penicilina. En esta ocasión ha venido sin el niño.

-Me alegra que haya vuelto -dijo Guy. Esperó a que Kate entrara en su coche y luego se fue, despidiéndose con un gesto de la mano.

Su interés por Claire Potts hizo preguntarse a Kate si se habría arrepentido de su comportamiento con el niño. Aunque lo cierto era que cada vez estaba más convencida de que había obrado bien. Cuando las personas están enfermas y esperando a ser vistas por el doctor, lo último que necesitan es un niño gritando y saltando a su alrededor.

Esa tarde, durante la cena, le dijo a su madre que iba a acompañar a Guy a la boda de su padre.

-Así que ha vuelto a sacar el tema -dijo Laura, mientras servía en el plato de su hija un trozo de pescado.

-Sí, hace un rato.

-Imaginé que lo haría. He estado pensando que deberíamos invitar a John, Sylvia y Guy a comer.

-¿Tú crees?

-Este domingo estaría bien. Puedo comprar una pierna de cordero y rellenarla, y preparar esa crême bruleé que tanto le gusta a tu tío.

-Parece que lo tienes todo pensado.

-Así es, y quiero hacerlo. Si tu padre estuviera aquí, le encantaría la idea. Ya sabes cuánto disfrutaba con las reuniones familiares. Además, debemos cuidar a Guy mientras esté aquí. En cuanto termine la sustitución, lo más probable es que se vaya al extranjero de nuevo.

-Es posible -Kate esperaba sentir un gran alivio ante aquella perspectiva, y así fue, pero, curiosamente, el alivio fue acompañado de un contradictorio sentimiento de decepción que la obligó a reconocer que, a pesar de todo, lo echaría de menos cuando se fuera.

## *Capítulo 4*

**T**AL y como resultaron las cosas, el contingente Larchwood, como lo llamaba Laura, quedó citado el domingo cinco de noviembre para ir a cenar. -Tengo la sensación de que tendría que estar sirviendo patatas asadas junto al fuego en el jardín -dijo Laura. Era cinco de noviembre, el aniversario de la Conspiración de la Pólvora, y casi todo el mundo había encendido un fuego en su jardín y tenían los fuegos artificiales preparados.

-Por algún motivo, no imagino a Sylvia lanzando cohetes -Kate subió a su habitación a ponerse su falda de terciopelo negro y una camisa de seda. Llevaba el pelo suelto y su piel relucía rosada en contraste con el negro de su vestimenta.

Se estaba poniendo los pendientes cuando oyó que un coche se detenía junto a la entrada. Luego escuchó la voz de su madre dando la bienvenida a los invitados. Habían ido... estaban allí... Guy estaba allí. Sintiendo que unas mariposas revoloteaban en su estómago, bajó las escaleras.

En el vestíbulo, su madre ayudaba a Sylvia a quitarse su chaquetón de piel. Su tío, finalmente liberado de su collarín, la esperaba a los pies de la escalera. En cuanto a Guy, estaba agachado junto a Merle, que se dejaba acariciar de buen grado. Ya que el animoso Sparky había encontrado hogar, Merle se había quedado.

-Hemos decidido quedárnosla -dijo Kate, reuniéndose con los demás-. Nadie quería acoger a una perra tan anciana.

-Excepto nosotras, que la adoramos -Laura sonrió, mirando cariñosamente a la perra.

-Admiro realmente el trabajo voluntario que haces con los animales -dijo Sylvia.

-Cualquiera puede hacerlo. Y hacen falta voluntarios -comentó Laura sin ninguna malicia, haciendo reír a Sylvia.

-Soy demasiado vaga, lo sé. No siempre lo he sido, ¡pero John alienta mi pereza!

-Ya tienes bastante con cuidar de mí. De todas formas, las dos sois unas joyas -John pasó su brazo bueno por el de su esposa y preguntó a Laura qué había cocinado-. Algo huele de maravilla.



-¿Cómo estás esta tarde? -preguntó Guy, que estaba junto a la ventana con Kate, mirando los fuegos artificiales que estallaban en el jardín vecino.

-Más o menos como esta mañana.

-Pero la gente parece diferente en contextos diferentes -dijo Guy, y Kate supo a qué se refería. No era tanto una cuestión de apariencia como de actitud. Por ejemplo, Guy parecía el de siempre, grande, moreno y bien vestido, pero su actitud social era muy distinta a la que tenía en el consultorio. En el trabajo era el doctor Shearer. Allí era simplemente Guy.

Mientras cenaban un cordero tan tierno que podría haberse comido con cuchara, Laura contó que Kate estaba pensando en comprarse una casa.

-¿Como inversión, Kate? -preguntó Sylvia.

-No, para vivir en ella -Kate habría preferido que su madre no hubiera mencionado su plan. No es que fuera un secreto, pero lo cierto era que acababa de empezar a mirar casas, y, probablemente, aún tardaría en encontrar algo que le conviniera.

-Y antes de que alguno de vosotros pregunte si me importa -dijo Laura, mientras servía a su cuñado una nueva ración de cordero-, os diré que claro que no me importa. No puedo esperar que Kate se ocupe de mí todo el tiempo.

-¿Qué buscas en concreto, Kate? -preguntó Guy-. Supongo que un piso.

-Eso sería lo más adecuado... -empezó Kate, pero fue interrumpida por Sylvia.

-Esta casa es demasiado grande para ti, Laura. ¿Por qué no la divides? Es lo que suele hacerse hoy en día.

-Me gusta Riverstone tal y como es. No quiero dividirla ni estropearla -dijo Laura con firmeza. Pero aquello no detuvo a Sylvia.

-No hay por qué estropearla. El exterior no tendría por qué cambiar en lo más mínimo. Conozco una empresa en Londres que...

-¡No, Sylvia! ¡Ni hablar! -Laura parecía a punto de estallar.

-Mamá no quiere transformar la casa, ni yo tampoco -dijo Kate-. Fue feliz en esta casa con papá, y quiere conservar el ambiente tal como era.

-Cosa comprensible -dijo Guy, lanzando una severa mirada a su madre.

-Además, necesito espacio para acoger a mis amigos con cuatro

piernas -dijo Laura, recuperando el humor y sonriendo amistosamente a Sylvia, que, negándose a ceder, le dijo que le parecía absurdo.

-¡Convertirla casa en una enorme perrera!

-Amor mío, creo que Laura sabe lo que quiere -dijo John rápidamente, antes de que Guy estallara. Luego, volviéndose hacia Laura, añadió:- Y ahora, cariño, ¿qué le vas a dar de postre a tu cuñado?

La tormenta pasó, aunque, media hora después, mientras estaban sentados en el cuarto de estar tomando café, Kate sintió que aún soplaban un poco de viento.

Cuando sonó el teléfono, saltó a contestar. Estaba de guardia, y podía tratarse de un paciente. Casi esperaba que así fuera, y sus esperanzas quedaron confirmadas unos segundos después. Tras colgar, se puso el abrigo y tomó su maletín. Asomó la cabeza al cuarto de estar y dijo que tenía que irse.

-Ha surgido una urgencia... una niña quemada y un abuelo desmayado.

-¿Dos pacientes en la misma dirección?

-Sí. Estaban lanzando los fuegos artificiales.

-Voy contigo -dijo Guy-. Puede que necesites ayuda. No puedes atender a dos pacientes a la vez-. Kate no protestó. Era evidente que Guy también estaba deseando irse-. Además, me vendrá bien un poco de aire fresco -añadió cuando estuvieron en el coche.

Kate asintió mientras se ponían el cinturón de seguridad.

-¿Quiénes son los pacientes? -preguntó Guy.

-El señor Stanhope, que está en la lista de pacientes de tío John. La niña, Nell, y su madre, son pacientes mías.

-En ese caso, yo me ocuparé del señor Stanhope y tú de la niña.

Una vez más, Kate no protestó, aunque la llamada era para ella.

-Tendrás que compartir mi maletín -dijo, tomando una rotonda a excesiva velocidad y haciendo que Guy apoyara las manos en el salpicadero.

-¿Quieres que conduzca yo?

-Eso puedo hacerlo sin ayuda. Además, has bebido.

-Sólo he tomado un vaso de vino -corrigió Guy, riendo. No dijo nada más hasta que Kate detuvo el coche ante la casa.

Había luces en la planta baja y en la alta. En el jardín delantero ardía una fogata, y, mientras avanzaban por el sendero, la madre de Nell, la señora Stanhope, salió a recibirlos, sin apenas dar tiempo a Kate a presentarle a Guy antes de contarles lo sucedido.

-Nell se ha caído y ha apoyado la mano en un fuego artificial caliente. Mi suegro estaba con ella y se ha desplomado. Mi marido y mi hermano lo han llevado dentro. Nell está arriba, con una compañera de clase. Ha devuelto y no se siente bien.

Guy fue a ver al señor Stanhope mientras Kate subía a ver a la niña, que estaba sentada en un lado de la cama. La niña que estaba a su lado se puso en pie en cuanto Kate entró y salió enseguida del dormitorio.

-Recuerdas a la doctora Kate, ¿verdad, corazón? -preguntó la señora Stanhope a su hija.

-Creo que sí -dijo la niña, mirando a Kate. Sus mejillas evidenciaban el rastro de las lágrimas-. Me he quemado la mano. ¡Me duele!

-Lo sé, y las quemaduras son dolorosas, sobre todo cuando acaban de suceder -Kate se sentó junto a ella, tratando de ganarse su confianza-. ¿Crees que podrás colocar la mano en mi regazo para que te la examine?

Reacia, Nell hizo lo que le decía. Una mirada a la enrojecida piel bastó para que Kate hiciera su diagnóstico. Nell había sufrido una quemadura de segundo grado, principalmente en la palma de la mano, aunque también había afectado a tres dedos.

-Vas a tener ampollas, Nell -dijo en tono ligero, no queriendo asustar a la niña-. Me temo que eso significa que vas a tener que ir a urgencias -Kate miró a Ann-. Allí podrán curarla adecuadamente y darle algo para la conmoción.

-¿Puede llevarla mi marido?

-Por supuesto -replicó Kate, justo cuando Don Stanhope entró en el dormitorio.

-Es lo que temíamos, Ann -dijo, sin aliento-. Papá ha sufrido un ataque de apoplejía. El médico ha pedido una cama para él en el hospital General y también una ambulancia. ¿Puedes prepararle el equipaje? Yo voy a volver con él -fue a salir del dormitorio, pero se detuvo al ver a su hija-. ¿Qué tal estás tú, ratoncito? -preguntó, acariciándole el pelo.

-Tiene que ir a urgencias -dijo Ann-. Yo la llevaré. Supongo que tú querrás ir con tu padre.

Nell preguntó si su abuelo iba a morir.

-Claro que no -contestó su padre de inmediato-. Antes de que te des cuenta volveréis a estar pescando juntos. Son compañeros de pesca -dijo a Kate mientras Guy entraba en la habitación.

-La ambulancia está aquí, señor Stanhope. Van a sacar a su padre - Guy sonrió a la niña, y, tras interesarse por su mano, le dijo, como había hecho Kate, que las quemaduras eran heridas dolorosas.

Cinco minutos después, la ambulancia y los demás se habían ido. Kate y Guy volvieron al coche.

-¿Cómo has encontrado al señor Stanhope? -preguntó Kate mientras conducía de vuelta.

-No muy bien. El derrame ha afectado su lado derecho y va a dejarle muy incapacitado. También le ha afectado al habla, y no tiene conciencia de lo que le rodea. Me temo que el pronóstico no es bueno, y puede que entre en coma.

-Qué terrible. Tampoco era tan mayor.

-Sesenta y seis. Sin duda, ver como se quemaba su nieta ha precipitado el ataque. Al parecer, pasaban mucho tiempo juntos. A veces se da esa cercanía entre generaciones alternas.

-Tío John conoce bien a la familia. Lo lamentará mucho.

Hubo un breve silencio. Luego, Guy preguntó:

-¿Vamos en dirección a tu casa?

-Sí, ¿por qué? -Kate lo miró. ¿En qué estaría pensando?

-Vamos a desviarnos un poco. Gira en Fallerton Road; hay una casa en venta. Me he enterado a través del dueño, un paciente de John. Él y su esposa emigran a Nueva Zelanda el próximo mes.

-¿Por qué te interesa la casa? -preguntó Kate, reduciendo la marcha para girar.

-He pensado que, ya que estás buscando una casa, podría interesarte a ti.

-No busco una casa -dijo Kate, sin ocultar su sorpresa-. Estaba pensando más bien en un piso... o en algo pequeño.

-En ese caso, esta casa no te servirá, pero ya que estamos aquí, podemos echarle un vistazo. Los dueños no están. Van a quedarse en Londres hasta que se vayan.

-No estarás actuando como su agente, ¿no? -preguntó Kate, tratando de reír.

-No, está en manos de la agencia Perry & Company. Si soy agente de alguien, es tuyo.

-Gracias.

-De nada.

Kate estaba pensando que no podía permitirse una casa. Era demasiado pronto para eso. Por otro lado, Fullerton Road se hallaba a medio camino entre Melbridge y Grantford, perfectamente situado entre su trabajo y la casa de su madre. Tal vez merecería la pena echar un vistazo.

La casa, llamada Myfield, estaba en una esquina, y se podía ver con toda claridad gracias a una farola de la calle. Resultaba atractiva y parecía sólidamente construida con sus paredes blancas y su tejado verde. De un extremo surgía una antena parabólica, y a un lado había un invernadero. El jardín delantero estaba muy cuidado.

Kate pensó que era una magnífica casa.

-Supongo que costará un ojo de la cara.

-No creas. Quieren vender rápido -dijo Guy, soltándose el cinturón para salir del coche-. Vamos a verla por la parte trasera. Hay luz de sobra.

Kate dudó.

-Sería entrar sin permiso en una propiedad privada.

-Pero lo hacemos por el interés de los dueños. Oh, vamos, Kate. Muévete. Te aseguro que esta noche no nos detendrá la policía. Están demasiado ocupados con las llamadas de emergencia por los fuegos.

Mientras rodeaban la casa, Kate sintió que ésta le daba la bienvenida. El jardín trasero estaba tan cuidado como el delantero y había dos árboles que podían ser espinos. Se llenarían de flores en primavera, pensó mientras acariciaba uno.

-Date la vuelta y mira la casa, no el jardín -dijo Guy.

Kate lo hizo así y notó que él, a su espalda, le apoyaba las manos en los hombros.

Sí... sí, era una casa perfecta.

-Es demasiado grande para una sola persona -dijo, a la defensiva.

-No lo puedes saber hasta que no la veas por dentro. Además, puede

que con el tiempo vuelvas a tener una pareja.

-Si te refieres a lo que creo, la respuesta es no. No por muchos años - Kate se apartó de Guy, pero sintió que él la seguía.

-¿Qué fue mal entre tú y Mike? -preguntó él, y Kate se quedó paralizada.

-Ya te lo dije. Se fue a Norteamérica y yo no quise ir allí a practicar la medicina, así que decidimos separarnos -esperaba haber sonado lo suficientemente despreocupada. Probablemente fue así, pues el siguiente comentario de Guy fue claramente en apoyo de Mike.

-Si le hubieras querido lo suficiente te habrías ido con él.

-¡Tú no sabes nada al respecto! -espetó Kate, y, por un momento, para demostrarle que estaba equivocado, estuvo a punto de decirle la verdad. En lugar de ello, acumuló suficiente enfado como para replicar-. ¿Y tú? No irás a decirme que no había alguna mujer fascinante en Mtanga que quería que te quedaras.

-No voy a decírtelo, porque la había -dijo Guy con claridad, mirando a lo alto para seguir el rastro de un cohete que estalló en mil colores.

Kate vio que su mandíbula estaba tensa, y supo que debería haberse callado, pero alguna fuerza diabólica le hizo decir:

-Entonces, lo mismo puede aplicarse a ti, ¿no? Si la hubieras querido lo suficiente, te habrías quedado.

-Nunca permito que una mujer se interponga en mis proyectos de trabajo y en mis decisiones.

-Así que eso es lo primero, ¿no?

-Lo es.

-Y la mujer tiene que plegarse a ello y seguirte, claro -Kate fue a alejarse, pero Guy la sujetó por el brazo y le hizo volverse.

-¡Estás simplificando!

-¡No estoy simplificando!

-¡Cállate! -Guy la tomó por la barbilla con los dedos y la besó en los labios.

Al principio, Kate luchó, pero luego dejó de hacerlo. Se apoyó contra su largo y fuerte cuerpo, sintiendo como encajaba con el suyo, la urgencia y euforia que le provocaba... pero no por mucho tiempo. Con un movimiento ágil y casi violento, se apartó de él.

-¡Aborrezco que me besen con enfado!

-En ese caso, no deberías provocar. Soy humano... tanto como tú -Guy habló en tono bajo y tranquilo, cosa que enfureció de nuevo a Kate.

-No sé qué quieres decir. Ni siquiera me gustas. ¡Nunca me has gustado!

-¿Y quién está hablando de gustar? -Guy volvió a acercarse-. Vamos, Kate, madura y dame tus llaves. Voy a conducir de vuelta a tu casa.

Kate nunca supo por qué accedió. Dejó caer las llaves en su mano, sin tocarlo, y salió por delante de él.

En el breve trayecto de vuelta, Guy habló de los pacientes a los que habían atendido, cosa que alivió y frustró a Kate en la misma proporción. Guy no podía ignorar así como así lo que había pasado. Como ella, debía sentir la tensión que latía entre ellos.

-¿Qué te parece si declaramos una tregua? -sugirió él mientras detenía el coche-. Tenemos que llevarnos bien, en beneficio de nuestros pacientes. Imagina lo perjudiciales que podrían ser para ellos nuestras malas vibraciones en el centro de salud.

-Desde luego -Kate logró reír y aceptar la mano que le tendió Guy, que retiró en cuanto la estrechó.

-Los fuegos artificiales tienen mucho de qué responder -murmuró él mientras salían del coche.

Esa noche, Kate se juró que nada la induciría a comprar aquella casa, aunque se la ofrecieran a precio de ganga. De manera que fue sorprendente que al día siguiente, en la hora que tuvo de tiempo entre sus visitas a domicilio y la consulta de la tarde, se pusiera en contacto con el agente inmobiliario y le dijera que quería ver enseguida la casa.

Se llevó a su madre con ella, más que para buscar su consejo, para que sintiera que contaba con ella. El señor Perry, como todos los vendedores, exaltó las virtudes de la casa mientras las guiaba del salón al comedor, a la cocina, y a los tres dormitorios de la planta de arriba. Incluso antes de terminar la visita, Kate supo que quería la casa. Y no sólo un poco, sino apasionadamente.

Laura estuvo de acuerdo en que era preciosa. A pesar de todo, expresó sus dudas.

-Es toda una casa, Kate. Temo que puedas sentirte perdida en ella.

-Muchas mujeres viven solas en casas así, mamá, y el precio está muy bien. De hecho, es una oportunidad -susurró Kate mientras bajaban las escaleras.

-Los compradores me van a asediar mañana, cuando salga el anuncio -dijo el señor Perry, que tenía el oído muy fino-. El señor y la señora Rolfe quieren hacer una venta rápida, así que se la quedará el primero que llegue.

-Me la quedo yo -dijo Kate de inmediato, alarmando a Laura, que sentía que debería haberlo meditado antes.

-Sé que la quiero, y retrasar la decisión podría ser fatal -Kate pasó junto al señor Perry y salió al jardín de la casa como si ya fuera suya. Allí, cerca de la verja, Guy la había besado... Y ella le había devuelto el beso, y había querido más... Por supuesto, él se dio cuenta. A veces sentía que lo sabía todo sobre ella, y eso era lo que menos le gustaba.

-Pareces acalorada, querida. No te emociones demasiado, por si las cosas no salen bien. Comprar una casa es arriesgado -advirtió Laura-. Pueden ir mal muchas cosas.

-Lo tendré en cuenta -las farolas de la calle parpadearon cuando los tres se separaron en la entrada, Kate en dirección a la consulta, Laura de vuelta a su casa y el señor Perry a su oficina, a telefonar a los Rolfes.

La consulta de la tarde transcurrió sin mayores acontecimientos. Sólo un caso preocupó a Kate. Un fumador.

-Llevo años fumando. Unos cuarenta cigarrillos al día -dijo el hombre, casi con orgullo-. Pero ahora apenas puedo tragarme el humo. Sólo consigo toser. Estos dos últimos días he estado escupiendo sangre, y mi esposa cree que no es bueno.

-Desde luego que no lo es -Kate tomó su estetoscopio-. Haga el favor de quitarse la camisa. Luego apóyese sobre el escritorio para que pueda auscultarlo por detrás.

El señor Higman lo hizo así y Kate le pidió que respirara con la boca abierta.

-Bien. Una vez más, por favor -deslizó los dedos por la zona de las costillas y volvió a sentarse.

-¿Es una bronquitis? -por primera vez, el señor Higman pareció preocupado.

-Posiblemente -Kate tenía la mirada baja mientras escribía la receta-. Esto es para un antibiótico que le ayudará a controlar la infección, pero



también vamos a hacerle unas placas. Lo llamarán del hospital para citarlo -alzó la mirada y sonrió, entregando la receta al paciente y tratando de ocultar su preocupación, pues los síntomas indicaban la presencia de un tumor.

Aquel fue el último paciente, y Kate se estaba preparando para salir cuando Guy fue a verla para decirle que el señor Stanhope había muerto.

-He llamado al hospital para ir a verlo, pero me han dicho que sufrió un derrame masivo a las cuatro de la tarde.

-Oh, cuánto lo siento. Pero ayer ya pensabas que tenía pocas esperanzas de sobrevivir, ¿no? -dijo Kate pensando en la pequeña Nell.

-Es cierto -Guy le quitó el abrigo de las manos y lo sostuvo tras ella para ayudarla-. Vas a necesitarlo. La temperatura está bajando, y puede que esta noche hiele.

-Sí, bueno, casi estamos en invierno -Kate se estremeció, pero no de frío, sino del agradable cosquilleo que le produjo el roce de la mano de Guy en el cuello. Cuando éste volvió a hablar, no pudo evitar un sobresalto.

-¿Y qué tal estás tú esta tarde, Kate?

Ella se volvió.

-Bien. ¿Por qué lo preguntas? Guy sonrió.

-Sólo por saberlo.

Fue una sonrisa amable, franca, que hizo que Kate se sintiera más cómoda. Unos segundos después le estaba contando lo de la casa.

-He decidido comprarla. Mañana voy a enterarme de todo lo necesario sobre la hipoteca. El señor Perry dice que, si no hay problemas, podré tomar posesión de la casa en un mes.

Guy dio un silbido.

-Antes de navidades.

-Espero que sí, aunque no me trasladaría hasta Año Nuevo. Puede que quiera decorarla un poco.

-Por supuesto. Siempre hay cosas que retocar -Guy se encaminó hacia la puerta, con intención de salir, pero Kate lo llamó, haciéndole volverse.

-Sólo quería darte las gracias por haberme dicho lo de la casa. De lo contrario, no me habría enterado.

-Para eso están los amigos... perdón, quería decir los colegas. Pero si hace que te sientas menos en deuda conmigo, lo cierto es que a quienes he hecho el favor ha sido a los Rolfes.

-Bueno, claro, ya lo sé -Kate tragó, sintiendo el frío viento del rechazo.

-Respecto al sábado -continuó Guy-, sugiero que vayamos en tren y en taxis. Eso resolverá el problema del aparcamiento y de la bebida. No querría tener que negarme a beber en la boda de mi padre.

-No. Quiero decir que sí, que estoy de acuerdo -Kate sonrió mientras Guy le daba las buenas noches y salía. Probablemente estaba arrepentido de haberle pedido que lo acompañara; su actitud así lo decía. La pasada noche había sido grosera con él... aunque se lo había merecido. A pesar de todo, no era una adolescente, y debería haber manejado la situación con más propiedad. El apretón de manos había arreglado un poco las cosas, pero la tregua parecía muy frágil.

## *Capítulo 5*

**L**AS bodas y los funerales eran ocasiones emocionales y solían facilitar la ruptura de las barreras entre las personas. Ése debió ser el motivo por el que, tras la boda y la recepción, Guy sugirió a Kate que pasaran unas horas en Londres.

-Sería una pena desperdiciar el día volviendo ya a casa.

-Estoy totalmente de acuerdo -dijo Kate, sonriendo encantada. El día había sido perfecto desde el principio. Guy había sido perfecto con ella. No había habido incomodidad, ni comentarios irónicos; sólo cumplidos y atenciones masculinas, que, naturalmente, le habían hecho sentirse bien.

Kate llevaba un vestido de ante muy suave, de color chocolate, que combinaba maravillosamente con su pelo dorado y su pálida piel.

-Voy a ser la envidia de todos los hombres -dijo Guy, mirándola con sincera admiración.

Y, desde luego, Kate había logrado que muchas cabezas se volvieran hacia ella durante la boda. Marcus, el padre de Guy, estaba encantado.

-Tu compañera es un bombón, Guy, pero, como tú, no parece en lo más mínimo una médico rural.

-Pues lo es, papá, y muy buena -dijo Guy, observando a Kate mientras volvía de charlar con un distinguido autor de puntiaguda barba que escribía libros esotéricos.

Eran las tres y media y empezaba a atardecer cuando salieron del hotel Hampstead y fueron al West End. Visitaron primero la National Gallery, luego pasaron un rato paseando y finalmente fueron a un restaurante al otro lado del río, en lo alto de un rascacielos.

Desde allí se divisaba el centro de la City. La magnífica bóveda de St. Paul resaltaba contra el cielo estrellado. Más abajo, las aguas del río pasaban mansas bajo el London Bridge.

-¡Qué vista! -exclamó Kate, maravillada

Tras ocho horas en compañía de Guy, se sentía más cómoda con él. Había sido halagadoramente atento con ella. Sabía cómo tratar a una mujer, aunque, lógicamente, un hombre como él debía tener mucha práctica.

Sentía curiosidad por la novia que había dejado en África. ¿Le habría disgustado mucho que decidiera quedarse allí? ¿Se escribirían? ¿Habrían roto del todo? Estaba a punto de preguntárselo cuando Guy la salvó diciéndole que ya había estado en otra ocasión en aquel restaurante.

-¿De verdad? ¿Cuándo? -preguntó Kate y dio un sorbo a su vino.

-Con mi padre y Jean, poco después de mi regreso. Contemplamos desde aquí el atardecer, y fue espectacular.

-Lo imagino.

-Aunque la noche resulta más misteriosa -Guy volvió el rostro hacia ella. Estaban muy cerca, y Kate pudo verse reflejada en sus magnéticos ojos. Sin poder evitarlo, bajó la mirada hacia su boca, firme pero sensual, con el labio inferior ligeramente más carnoso.

«Ojalá no me sintiera tan atraída por él. Ojalá pudiera controlarme más estando a su lado».

-Todo parece diferente de noche -logró decir, alejando sus pensamientos mientras añadía en tono más cálido-: Y nada podría ser mejor esta noche.

-Entonces, ¿te alegras de haber venido? -preguntó Guy, volviendo a llenarle el vaso.

-¡Por supuesto!

-A pesar de todo, supongo que sigo sin gustarte demasiado -dijo Guy, sonriendo.

Estaba lanzando un cebo, por supuesto.

-Claro que me gustas -Kate no tenía intención de darle demasiado pie, al menos no inmediatamente, pero añadió-: Si te refieres al martes, sé que me comporté de un modo completamente infantil. Normalmente no soy así.

Guy se salvó de hacer un comentario gracias a la llegada del camarero para recoger los platos. Mientras iba y volvía, Guy señaló varios de los lugares que se divisaban desde allí, incluyendo el Hospital Walbrook y la facultad de medicina.

-Allí hiciste las prácticas, ¿no? -preguntó Kate, que no estaba nada segura de estar mirando el lugar correcto.

-Sí.

-Yo no tuve la suerte de estudiar en Londres, pero me fue muy bien en Mamesbury. Wiltshire es un condado precioso, y tuve compañeros muy

agradables.

El camarero volvió en ese momento con el plato principal, pollo asado con guarnición.

Durante la comida, Guy le preguntó muchas cosas sobre sus primeros años, y Kate se sintió tan encantada por el interés que mostraba que, cuando llegaron al café, decidió ser totalmente franca con él y contarle la verdad sobre Mike. En cierto modo, Guy le facilitó las cosas preguntándole si lamentaba haber dejado Wiltshire.

-No, porque si me hubiera quedado habría visto a Mike con otra mujer.

-Pero yo creía... -Guy pareció desconcertado-. Creía que habías dicho...

-Oh, me refería a verlo dentro de mi cabeza. Las cosas no sucedieron exactamente como te conté. No me negué a ir a Norteamérica con él. Mike se fue con otra mujer, una fisioterapeuta de Massachusetts que había trabajado seis meses con él en un programa de intercambio. Se llamaba Caroline Ellenburgh, y Mike la invitó a nuestro piso en un par de ocasiones. Era la típica norteamericana amistosa y con la que resultaba fácil relacionarse. Pero no era especialmente atractiva, así que no se me pasó por la cabeza ni por un momento que pudiera significar una amenaza. Su padre es un osteópata que tiene tres clínicas privadas, dos de ellas en Maine. Nos habló de ellas y noté que Mike parecía muy interesado, pero no estaba preparada para lo que surgió de aquello. Cuando Caroline regresó a su país, se lo llevó consigo. Había un trabajo esperando a Mike en la clínica de Boston en la que ella trabajaba. Se fue avisándome con una hora de antelación. Me sentí... -la voz de Kate tembló ligeramente-. Me sentí como si me hubieran pegado un tiro.

-¡Dios santo! -murmuró Guy.

-Siento haberte mentido.

Guy tomó una mano de Kate y la apoyó en su regazo.

-Ese tipo debía estar loco.

-No tienes por qué hacerte el galante.

-La galantería no tiene nada que ver. Estoy diciendo lo que pienso. ¿Sigues enamorada de él?

-No lo sé -dijo Kate con sencillez-. Tengo la sensación de que todo sucedió hace mucho tiempo, y a otra persona... Es difícil de explicar.

Guy gruñó con suavidad y soltó la mano de Kate.

-Espero que su nuevo trabajo lo mate de aburrimiento.

-Yo esperaba lo mismo al principio. Quería que todo le fuera mal. Estaba tan enfadada como dolida. Me sorprendió lo virulenta que pude llegar a ser. Pero siento haberte mentido. Fue una especie de defensa.

-Estás totalmente perdonada -dijo Guy con ligereza, volviendo a tomarla de la mano-. De hecho, la relación que tuve en África no terminó exactamente como te dejé entrever. Quería que Julie, la enfermera jefe de la unidad, volviera a Inglaterra conmigo. No llevábamos juntos tanto tiempo como tú y Mike, pero estábamos muy unidos, o eso creía yo, pero mi orgullo sufrió un varapalo cuando me dijo que amaba África y que iba a firmar para seguir allí otros tres años. Se mostró totalmente fría al respecto, y, como tú, yo me sentí dolido y furioso.

-¡Oh, querido!

-Sí, exactamente... ¡Oh, querido! -dijo Guy en tono burlón. De pronto, ambos rompieron a reír a la vez, y Kate sintió una gran relajación física y mental, como si de pronto se hubiera liberado del dolor del rechazo.

-¿Ha sustituido alguien especial a Mike en tu corazón? -preguntó Guy tras una pausa.

Kate negó con la cabeza. El era especial, o podía serlo, y ella lo sabía. «Guy puede ser especial, pero no te enamores de él», susurró en su interior una voz de advertencia. «Se irá de nuevo después de Año Nuevo, probablemente al extranjero. No te enamores de él».

En el taxi que tomaron un rato después para ir a la estación, Guy sugirió que debían consolarse mutuamente.

-Cuando tengamos un fin de semana libre podemos venir a Londres, acudir al teatro, ir a cenar... lo que te apetezca. Ya has dicho que te gusto -añadió en tono burlón-. Tenemos gustos comunes y nos sentimos mutuamente atraídos.

El corazón de Kate latió más rápido.

-¿Tú crees?

-Sabes que es cierto.

Kate asintió. Por supuesto que lo sabía. «Si salgo con él, acabaremos en la cama». Aquel pensamiento le hizo sentirse mareada.

-Podemos hablar de ello más adelante, cuando seamos más... nosotros

mismos.

-Yo soy yo mismo ahora; nunca lo he sido más. Hablaremos de ello en el tren -dijo Guy mientras el taxi se acercaba a la estación.

Su tren estaba a punto de salir cuando llegaron al andén, y tuvieron que entrar en la parte trasera. Estaba llena y no pudieron encontrar dos sitios juntos. Guy propuso avanzar hacia los vagones delanteros, pero Kate dijo que probablemente estarían igual de llenos.

-Este tren para en todas las estaciones, así que se irá vaciando a lo largo del camino.

De manera que ocuparon asientos separados. Desde el suyo, detrás del de Guy, Kate pudo mirarlo libremente. Tenía la cabeza vuelta hacia un hombre mayor que estaba sentado a su lado. Parecía estar escuchando atentamente. Al verlo sonreír, sintió que se derretía por dentro. A pesar de que la sonrisa no era para ella, deseó estar a su lado.

Dos paradas después, el hombre que estaba sentado junto a Guy bajó y éste se volvió para indicar a Kate que se acercara. Ella se reunió con él de inmediato. El asiento de enfrente estaba ocupado por una chica india y una mujer de mediana edad vestida de negro.

-Así está mejor.

-Mucho mejor -Guy sonrió y enlazó un brazo con el de Kate. Luego le contó que el hombre que acababa de bajar también había asistido a una boda esa tarde, pero en la iglesia, con la novia vestida de blanco y todo lo de más.

-Una boda de blanco... que romántico -dijo Kate. Al ver que Guy no hacía ningún comentario, preguntó:- ¿Dónde crees que estarán ahora tu padre y Jean?

Guy miró su reloj.

-Probablemente, en el aeropuerto de Lisboa, esperando a tomar el avión para Madeira.

-Que suerte. Allí debe hacer bastante más calor que aquí.

-Casi treinta grados, así que bastante más que... -Guy no llegó más lejos, pues, en ese momento, inesperadamente, el tren pegó una fuerte sacudida. Casi al mismo tiempo, se oyó un terrible ruido, mezcla de chirrido y desgarró metálico, y el vagón empezó a dar bandazos. Atravesados por ramas de árboles, los ventanales saltaron hechos añicos. La gente empezó a gritar, aterrorizada, y la luz se fue. Guy aún sujetaba a

Kate, pero habían caído al suelo. La chica india estaba sobre ellos, y Kate podía sentir la tela de su sari sobre el rostro.

Ya no se movían. Las ruedas del vagón estaban quietas. En torno a ellos, los pasajeros se esforzaban para ponerse en pie entre gritos angustiados.

-¡Hemos descarrilado!

-¡El vagón se está inclinando!

Aturdida, Kate sintió que Guy la empujaba hacia una de las puertas rotas. La gente los empujaba y zarandeaba. El suelo se escoraba como la cubierta de un barco. Finalmente, sorteando equipaje caído y pisando cristales, lograron saltar al exterior. Empujados por la multitud, cruzaron una estrecha hilera de árboles hasta un campo lleno de personas asustadas y consternadas. A lo largo del tren, hasta donde alcanzaba la vista en la oscuridad reinante, otros trataban de salir.

-¿Qué ha pasado?

-¿Qué ha sido?

-¿Hemos chocado con otro tren?

Llegaban gritos de todos lados. Guy sujetaba con firmeza el brazo de Kate. La chica india y la mujer de negro estaban tras ellos. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, vieron otros vagones semi volcados, como el suyo.

-Parece que la parte trasera se ha soltado de la delantera. Pero no llego a ver la máquina. Probablemente habrá volcado.

Kate sintió que la sangre se le helaba.

-Alguien debe tener un teléfono... ¡alguien debe tener un móvil! - gritaron ella y Guy a la vez.

Entonces se oyeron gritos de otras personas que corrían de las casas cercanas. La ayuda estaba en camino. Alguien había llamado.

-Vamos más adelante a ver qué podemos hacer -dijo Guy.

Caminaron a lo largo de la vía. No era fácil, porque la hierba estaba empapada, y los zapatos de Kate eran muy finos. Finalmente llegaron hasta los cuatro vagones delanteros, separados del resto. Se detuvieron un momento y escucharon los gritos de auxilio, los golpes en la chapa de los vagones, la rotura de cristales.

El primero estaba retorcido sobre los restos de un gran árbol caído.



Los otros tres yacían de costado, con las ventanillas como claraboyas y las ruedas aún girando. Los pasajeros escapaban rompiendo las ventanas, alzándose y buscando luego el mejor modo de bajar.

Una joven con un niño colgado del cuello gritaba pidiendo auxilio. Guy se acercó a ella y la llevó hasta Kate, que tomó al niño en brazos y lo llevó al campo adyacente, donde, desesperada, trató de frenar la hemorragia de una herida en la cabeza. Mientras, la madre vomitaba.

Cada vez salía más gente herida y más gente hablando de los que habían quedado dentro, atrapados.

-Un anciano con el pecho atravesado por una barra.

-Una joven aplastada bajo un asiento.

-Una señora mayor demasiado asustada como para moverse.

-La ayuda está en camino -repetía una y otra vez Kate. Guy estaba a unos metros de ella, inclinado sobre un cuerpo en el suelo.

Finalmente, gracias a Dios, empezaron a oírse las sirenas.

Las ambulancias venían seguidas de los bomberos y la policía. También aterrizaron dos helicópteros.

Unos minutos después, poderosos focos iluminaron el lugar, y las patrullas de rescate entraron en acción.

La policía se ocupó de organizar a la gente. Los que no estaban heridos fueron conducidos hacia los autobuses que los llevarían a sus destinos.

Kate nunca olvidaría aquella noche, pero, mientras ella y Guy trabajaron junto a las patrullas de rescate, no hubo tiempo para pensar. A ellos y a los demás médicos les tocó separar los muertos de los heridos, los seriamente heridos de los heridos leves, consolando cuando podían hacerlo. Dieron oxígeno, inyectaron drogas, inmovilizaron miembros rotos, pusieron collarines para las cervicales...

Las ambulancias no paraban de ir y venir. Para las tres de la mañana, todos los pasajeros heridos habían sido tratados o trasladados a los hospitales cercanos.

Un joven policía informó a Kate, Guy y los escasos voluntarios que quedaban, que había un minibús preparado para llevarlos a sus destinos. Nunca fue más agradable poder sentarse y relajarse.

Uno de los pasajeros dijo que el árbol debía estar viejo y enfermo para

haber caído como lo había hecho.

-Debe haberse desplomado entre el expreso de las nueve y media y el nuestro. Pero el conductor ha muerto, así que no podrá dar su versión.

-Cuando uno sale de casa por la mañana, nunca sabe si regresará.

-Muy cierto.

Comentarios como aquellos abundaron mientras el minibús avanzaba hacia Mark's Hill, la primera parada después de Royle Cross. Kage y Guy apenas contribuyeron a la conversación. Medio dormidos en sus asientos, no sentían ninguna inclinación a hablar, y menos aún sobre el accidente. Kate se acurrucaba dentro de la chaqueta de Guy, apoyada contra su camisa.

-Deberíamos haber llamado a casa -murmuró.

-Es mejor que no lo hayamos hecho. Pensarán que hemos decidido divertirnos un poco más. La noticia del accidente no saldrá hasta mañana en las noticias.

-Mañana es hoy -Kate se irguió en el asiento y miró por la ventanilla. Las calles de Mark's Hill estaban desiertas aquella madrugada del domingo. Sólo era una húmeda y fría mañana de noviembre más, una mañana que ella era afortunada de ver, que otras personas no verían nunca...

Una vez más sintió que se desmoronaba al recordar la hilera de cuerpos metidos en bolsas de plástico. Recordó al bebé muerto y unas silenciosas lágrimas se deslizaron por sus mejillas, mojando la mano de Guy.

-No, Kate... ¡no! -dijo él con firmeza, buscando un pañuelo en su bolsillo.

-No deja de volver... ¡como una indigestión! -trató de bromear Kate, sin conseguirlo.

-A mí me pasa lo mismo, pero hemos ayudado. Hemos ayudado todo lo que hemos podido. Aférrate a eso. No sirve de nada recordar.

-Has estado magnífico -dijo Kate, tras sonarse en el pañuelo.

-Tú tampoco lo has hecho mal.

-Sólo falta que nos aclamen -Kate rió con naturalidad en esa ocasión. Luego pasó una mano por la cintura de Guy y se acurrucó contra él. Increíblemente, se quedó dormida.

Despertó cuando ya estaban cerca de Grantford. Eran los últimos pasajeros. Irguiéndose, vio el puente y las luces. Se estremeció. El conductor preguntó dónde querían que los dejara.

Guy se inclinó hacia delante en el asiento.

-Primero pararemos en Riverstone para dejar a la doctora. Luego en Melbridge, ya le indicaré dónde.

Unos minutos después, en el porche de la casa de Kate, Guy le pidió la llave y abrió la puerta delantera.

-Pasaré a verte antes de comer.

-Sí, por favor -Kate se volvió hacia él, pasó una mano tras su cuello y lo atrajo hacia sí. Se besaron patosamente, ambos conscientes del minibús que aguardaba junto a la acera.

Kate oyó cómo se alejaba con Guy mientras entraba en la casa. Mel salió a recibirla, moviendo la cola y ladrando. El ruido despertó a Laura, que salió al rellano de la escalera.

-Nada como llegar a casa a la hora del lechero -dijo, bostezando-. Espero que lo hayas pasado bien. ¿En qué has venido? Me ha parecido oír un autobús.

-Era un autobús, más o menos -dijo Kate, subiendo la escalera. Pasó un brazo por los hombros de su madre y le contó lo sucedido, enfatizando la suerte que habían tenido al escapar ilesos del accidente-. Ninguno de los dos hemos resultado heridos, así que no hay motivo para que me mires así.

Laura estaba conmocionada, pero entró en acción de inmediato. Preparó un baño para su hija, llenó una bolsa de agua caliente y luego le preparó un vaso de leche caliente con whisky. Resistiendo el deseo de quedarse a cuidarla durante el resto de la noche, volvió a su dormitorio, dejando las puertas de ambos abiertas.

## Capítulo 6

**L**AURA llevó una bandeja con el desayuno y dos de los periódicos de la mañana a la habitación de Kate. El accidente de tren aparecía en primera plana. Había una lista de los muertos, y numerosas fotos que hicieron que Kate volviera a revivir lo sucedido. Logró ocultar sus sentimientos a su madre, que querría ir esa mañana a la iglesia. Lo hacía casi todos los domingos. Kate sabía que le ayudaba a superar la semana.

-Necesito que enciendas el horno a las once. He preparado un asado de cerdo con manzana -dijo, antes de despedirse de su hija con un beso.

El sueño de Kate había sido muy inquieto, y le costó desayunar, pero se esforzó en hacerlo. Luego se dio otro baño para relajar la tensión que aún sentía en el cuerpo. Mientras estaba en el agua se fijó en algunos moretones que tenía en las piernas. Se preguntó si Guy también los tendría.

Después del baño se puso unos vaqueros y una camisa floja y cómoda y bajó a la cocina. Mientras lavaba las tazas del desayuno volvió a pensar en Guy. Estaban a punto de convertirse en amantes. Lo sucedido el día anterior había hecho que su relación se estrechara, ¿pero hasta cuándo? Guy le había dicho, más o menos, que volvería a irse pronto.

-No creo que pudiera resistir una relación corta -dijo a la atenta Merle, que esperaba recibir un trozo de tostada.

La perra dio su habitual ladrido cuando sonó el timbre de la puerta. Debía ser Guy.

Kate tuvo que contenerse para no correr hasta la puerta. Cuando la abrió se encontró frente a un sonriente Guy.

-¿Llego demasiado temprano?

-Claro que no -Kate se apartó para dejarle pasar.

-Tenía que hacer un recado para John en The Close, y como tenía que pasar por aquí...

Estaba encantador, con unos pantalones de pana color beige y un amplio jersey color crema.

-Me alegra que hayas venido -dijo Kate mientras entraban en el cuarto de estar-. ¿Quieres un café?

Guy negó con la cabeza.

-No, gracias. ¿Cómo estás esta mañana?

-Bien, ¿y tú? -preguntó Kate, sonriente.

-Bastante bien. Los periódicos han publicado a toda plana lo del accidente, aunque no los he mirado demasiado.

-Yo tampoco.

Guy suspiró y luego tomó una mano de Kate, acariciándole la palma con el pulgar.

-Hiciste un trabajo magnífico ayer, doctora Kate.

-Tú tampoco estuviste mal -bromeó ella.

-Formamos un buen equipo.

Se miraron y Guy pasó un brazo en torno a su cintura y la atrajo hacia sí. Kate alzó el rostro para que la besara. Él aspiró la fragancia de su pelo, de su piel, de su aliento, y escuchó su leve suspiro.

-¡Oh, Kate! -susurró, inclinándola hacia atrás para besarla en la boca.

Kate estalló bajo la magia de sus labios, de sus caricias, y lo deseó sobre ella, dentro de ella... El cuerpo le dolía donde no la tocaba.

De pronto, Guy la apartó de su lado y se acercó a la ventana. Kate se sintió rechazada, frustrada tras haber sido excitada, y lo odió hasta que le oyó decir:

-Debo irme... antes de que olvide mis modales -aquello relajó el ambiente. Incluso hizo reír a Kate.

-Por supuesto... si es lo que quieres -refunfuñó zalameramente.

-Sabes muy bien lo que quiero -Guy se acercó a ella de nuevo-. Pero éste no es ni el lugar ni el momento adecuado, ¿no crees?

Kate asintió con la cabeza.

-Entonces, acompáñame a la puerta -antes de salir, Guy volvió a rodearla con sus brazos y susurró junto a su oído-: Si me deseas tanto como yo a ti, buscaremos pronto un lugar y un momento adecuado, ¿te parece?

-Sí, creo que debemos hacerlo. ¡Aunque puede que nos volvamos locos durante la espera! -bromeó Kate.

Él sonrió y la besó rápidamente antes de volver al coche.

¡Habían estado cerca! Kate apoyó la espalda contra la puerta tras cerrarla. Guy tenía razón: aquél no era ni el momento ni el lugar adecuado.

¿Dónde harían el amor? Pues ahora estaba convencida de que lo harían. Nada podría detenerlos. Pensar en ello hizo que su corazón latiera más rápido, y tuvo que sentarse.

Estaba en el vestíbulo, y cuando sonó el teléfono lo hizo prácticamente junto a su oído. Supuso que sería un paciente, pero enseguida recordó que no estaba de guardia. Tampoco lo estaría Guy hasta media noche. Alzó el auricular y, tras decir su nombre, se llevó el susto de su vida...

-Kate, soy Mike.

Al principio, Kate apenas pudo hablar y tuvo que volver a sentarse.

-¿Kate? ¿Kate, estás ahí?

-Por supuesto. Simplemente estoy sorprendida -logró decir ella-. ¿Me llamas desde Boston?

-No, estoy en Inglaterra, y te llamo para saber qué tal estás. Casualmente, ayer te vi tomando el tren en Waterloo, y esta mañana, al ver los periódicos...

-Estoy bien, perfectamente -a pesar de todo, mientras hablaba, Kate tuvo que agarrarse al borde de la silla para no caerse-. ¿Cómo sabías...? -tragó con esfuerzo antes de continuar-. ¿Cómo sabías dónde estaba?

-Me lo dijeron en Mamesbury. Fui allí nada más regresar. El recepcionista de la clínica en la que solías trabajar me dijo que ahora trabajabas con tu tío. Hace seis semanas que he vuelto. He dejado Norteamérica definitivamente. De momento vivo en Fulham.

-Ya veo -dijo Kate, débilmente, tratando de asimilar todo aquello. ¿Cuántas veces había fantaseado con la idea de que Mike volviera y la llamara?

-¿Podemos vernos? -preguntó él-. ¿Puedo ir a verte ahora? Estoy en Grantford. He venido desde Fulham en cuanto he visto el periódico. Quiero verte, Kate.

Estaba muy cerca. En Grantford. Kate pensó que debía estar soñando.

-Si quieres venir, hazlo -hizo un esfuerzo por mantenerse calmada, porque, incluso teniendo en cuenta que Mike había dicho que estaba preocupado por ella, había tenido mucho valor poniéndose en contacto sin previo aviso después de todo ese tiempo. ¿Qué habría sido de Caroline Ellenburgh?

Diez minutos después se detenía un Peugeot blanco frente a la casa.

Desde la ventana de la cocina, Kate vio que Mike salía del vehículo. Miró a su alrededor y cerró el coche. Llevaba el pelo más largo que cuando se fue y vestía un elegante traje.

La había visto en la ventana, de manera que fue hasta la puerta trasera, que Kate abrió antes de darle tiempo a llamar. Ambos sonrieron, sin decir nada. Luego empezaron a hablar a la vez. Rieron, y incluso el sonido de sus risas fue tenso.

-Pasa y siéntate -Kate lo condujo hasta el cuarto de estar, sintiendo que le temblaba todo el cuerpo. Cuando se sentaron, fue la primera en hablar-. Te ofrecería algo de beber, pero como estás conduciendo...

Mike negó con la cabeza y se echó atrás el pelo con una mano.

-No quiero beber nada, gracias. Acabo de tomar un café -miró atentamente a Kate y continuó hablando-. ¿Seguro que te encuentras bien? Cuando he visto lo del accidente en el periódico... -extendió las manos con las palmas hacia arriba, en un gesto que Kate recordó al instante. No pudo evitar emocionarse.

-Como verás, estoy bien... -sonrió animadamente-... aparte de uno o dos cardenales. Estábamos en uno de los vagones traseros.

-Fue una suerte.

-Lo sé. He pensado en ello muchas veces, porque estuvimos a punto de buscar sitio delante -«sigue hablando, sigue hablando, sigue diciendo cosas», pensó Kate. El rostro le dolía del esfuerzo de sonreír.

-Era Guy Shearer, ¿no?... El hombre con quien estabas -Mike parecía tan tenso como ella.

-Sí, era Guy. Estuvimos en la boda de su padre y luego nos quedamos a pasar la tarde en Londres.

-Imagino que vino a Inglaterra para la boda.

-Lo cierto es que no. Terminó su contrato en África y ahora está trabajando conmigo en la clínica.

Mike no ocultó su sorpresa.

-¿Ahora sois tres médicos en el consultorio?

-No, dos. Guy es el sustituto. Tío John tuvo un accidente en el que se rompió un brazo. Además, estaba deprimido tras la muerte de papá. Necesitaba relajarse un poco.

-En Mamesbury me contaron lo de tu padre. No sabes cuánto lo

siento, Kate -Mike inclinó la cabeza hacia ella en un gesto casi suplicante-. Te habría escrito si lo hubiera sabido.

-¿En serio? Me pregunto por qué -Kate alzó las cejas, incrédula. La sorpresa estaba dando paso a una creciente rabia. ¿Cómo se atrevía Mike a ponerse en contacto con ella, por el motivo que fuera, después de todo aquel tiempo, después de lo que le había hecho?

-Por supuesto que te habría escrito. Me gustaba tu padre.

-Sí, lo sé, y tú le gustabas a él -Kate tragó, tratando de calmarse mientras Mike le preguntaba por su madre-. Está en la iglesia. Lamentará no haberte visto -aquello era una terrible mentira, pues su madre tenía muchas reservas respecto a Mike. Lo consideraba un oportunista. Claramente, Mike había pensado que Caroline y Norteamérica eran oportunidades que debía aprovechar al vuelo, sin pensárselo.

La rabia volvió a crecer dentro de Kate, lo que le dio el ímpetu necesario para preguntar por qué había vuelto a casa después de estar sólo dieciocho meses fuera.

-Pensaba que te fuiste para iniciar una nueva vida -le recordó, sintiendo una perversa satisfacción al ver cómo se ruborizaba Mike.

-Nunca debí irme. Cometí un error -Mike adelantó su silla hacia la de Kate y la miró a los ojos.

«Por eso ha venido», pensó ella. «Quiere confesarlo todo... a alguien... a mí, esperando que le diga que no ha pasado nada, para poder volver a sentirse cómodo consigo mismo, como siempre solía hacer. ¡Pero esta vez no pienso hacerlo! Se merece lo que tiene por lo que me hizo».

-Oh, querido, cuánto lo siento -se limitó a decir. Intuitivamente, miró hacia la ventana y vio a Guy saliendo de su Rover. Se quedó mirando el coche de Mike. ¿Por qué habría regresado tan pronto?

-¡Oh, aquí está Guy! -se puso en pie de un salto-. Así podrás saludarlo -en cuanto abrió la puerta, dijo-: Ha venido Mike.

Por un instante, Guy se quedó conmocionado, pero enseguida reaccionó y avanzó para estrechar la mano de Mike.

-¿Estás de vacaciones? -preguntó.

-No, he vuelto definitivamente. La acelerada vida de los norteamericanos y su comida basura no ha llegado a convencerme -replicó Mike, forzando una sonrisa.

-¿Ya tienes trabajo aquí? -preguntó Guy, ocupando una silla.



-Aún no. Hace sólo unas semanas que he vuelto. Tengo un par de posibilidades en perspectiva, así que, con un poco de suerte... -Mike hizo otro de su típicos gestos con las manos y preguntó a Guy si tenía intención de volver a irse al extranjero.

-Posiblemente. Me gustan los retos -contestó Guy en tono despreocupado.

Kate, que estaba en el sofá mirando a los dos hombres, no pasó por alto aquel comentario. Eran muy distintos. Mike, alto, delgado y rubio. Guy era igual de alto, pero más fuerte, y tan moreno como Mike rubio. Guy preguntó a éste dónde vivía.

-De momento estoy viviendo con un amigo de la facultad. Recuerdas a Tom, ¿verdad, Kate? -preguntó Mike, sonriéndole.

-Por supuesto -contestó ella, con voz ligeramente temblorosa. Los recuerdos eran algo peligroso. Tom Baker pertenecía a los tiempos felices.

-Le estaba diciendo a Kate que ayer os vi subiendo al tren en Waterloo. Venía de ver a mis padres en Hampshire y os vi corriendo desde mi vagón.

-Ha venido esta mañana para asegurarse de que seguimos en la tierra de los vivos -Kate rió a medias, pero se interrumpió enseguida, pues sus palabras le trajeron de inmediato imágenes terribles del accidente. Las escenas volvieron a desarrollarse ante ella, los sonidos, los olores... Sintió frío y náuseas y trato de controlarse, mordiéndose el labio inferior.

-Ninguno de los dos hemos dormido demasiado esta noche -estaba diciendo Guy.

Kate apenas pudo oírlo... Se desvanecía ante su vista... se desvanecía. Supuso que gritó o hizo algún ruido, pues, de pronto, Guy estaba junto a ella, haciéndole colocar la cabeza entre las rodillas.

-Haz que se mantenga en esa posición -dijo a Mike-. Tengo una petaca con coñac en el coche. ¡No tardo!

Kate quiso detenerlo, decirle que no se molestara, pero Guy regresó enseguida con una copita de coñac en la mano.

-No la quiero -protestó cuando se la acercó a los labios.

-No discutas. Bébelo de un trago; así te sentará mejor.

Kate hizo lo que le decía. Guy estaba muy cerca de ella, y sabía que, si se resistía, sería capaz de taponarle la nariz y obligarle a tragar el coñac.

En cuanto el líquido llegó a su estómago se sintió mejor. Incluso logró reír al ver a Mike, que, junto a Guy, parecía anonadado.

-Estoy bien -dijo-. No tenéis por qué quedaros ahí parados como dos postes.

-¿Estás segura? -preguntó Guy.

-Estoy segura.

-En ese caso, será mejor que me ponga en marcha. Mamá espera invitados a comer y seguro que vosotros dos tenéis mucho de qué hablar. No hace falta que te levantes, Kate. Conozco el camino hasta la puerta -a continuación, tras estrechar la mano de Mike, Guy salió de la casa. Unos momentos después oyeron cómo se alejaba su coche.

-¿Quieres un vaso de agua? -Mike aún parecía preocupado, lo que no era de extrañar, pues Kate no era la clase de persona que se desmayaba con facilidad.

-No, estoy bien, gracias. El coñac me ha sentado bien. Normalmente, los métodos de Guy funcionan.

-No ha cambiado mucho, ¿no?

-No creo que le haga falta cambiar -replicó de inmediato Kate-. Es un poco brusco, lo sé, y mandón, pero es valiente y hace seriamente lo que tiene que hacer.

-¿Qué tal es como compañero de trabajo?

-Estupendo, y a los pacientes les gusta. Pero a principios de año se irá -Kate estaba deseando que no se hubiera ido ahora. No se sentía cómoda a solas con Mike. ¿Por qué habría ido a verla? Podía haberse limitado a llamarla para saber qué tal se encontraba después del accidente. ¿Y por qué había tardado seis semanas en ponerse en contacto con ella? Tal vez porque Caroline también estaba en Fulham.

No se sentiría cómoda hasta que supiera con exactitud qué pasaba. Finalmente, decidió buscar un terreno seguro de conversación y le preguntó por los trabajos que tenía en perspectiva.

-Uno de ellos es en Walbrook.

-¡Eso es estupendo! -Kate estaba impresionada, y lo demostró.

-El otro es en una clínica privada en Asterleigh Park. De los dos, preferiría éste último. Ahora que estoy fuera de la seguridad social, preferiría seguir así.

-Asterleigh Park no está lejos de aquí. He oído a tío John mencionar la clínica Redlands. Supongo que es ésa a la que te refieres.

-Sí, y si consigo el puesto, tendré que vivir cerca de aquí -dijo Mike, mirando a Kate directamente a los ojos.

Ella preguntó enseguida:

-¿Cuál va a ser la primera entrevista?

-La de Walbrook la tengo mañana. La de Redlands el jueves.

-Va a ser una semana estresante.

-Sí, la temo -dijo Mike, sinceramente. Nunca había estado muy seguro de sí mismo. Siempre solía decir que Kate le había dado confianza, que le había ayudado a caminar con la cabeza bien alta. Tal vez, Caroline había fallado en aquel aspecto.

Kate estuvo a punto de preguntarle por ella, pero, en lugar de ello, sonrió y le deseó suerte.

-Mantendré los dedos cruzados, pensando en ti.

-Hazlo, por favor -dijo Mike, casi con fervor-. No sabes cuánto te he echado de menos; Kate.

-Me alegra saberlo -contestó Kate con ligereza, oyendo a la vez el sonido de la llave de su madre en la cerradura de la entrada-. Ésa debe ser mamá, que vuelve de la iglesia.

-¡Oh, estupendo! -Mike se puso en pie justo cuando Laura entraba en el cuarto de estar.

-Vaya, eres la última persona que esperaba encontrarme en casa -dijo Laura, educadamente pero sin sonreír.

-Mike nos vio ayer a Guy y a mí subiendo al tren accidentado -explicó rápidamente Kate-. Ha venido de Fulham para ver qué tal estábamos.

-¿Estás de vacaciones? -preguntó Laura, quitándose los guantes mientras Mike volvía explicar que había vuelto para quedarse-. Debes haber tenido un contrato corto en Boston -Laura no se sentó, lo que significó que Mike tampoco pudo hacerlo. Finalmente, Kate dijo a su madre que Mike tenía que irse.

-Es cierto, debo irme -dijo él-. Adiós -añadió, extendiendo una indecisa mano hacia Laura, quien, para alivio de Kate, la aceptó.

-Que tengas un buen viaje de vuelta -dijo Laura, sin sonreír, y luego se encaminó hacia las escaleras.

-Sal conmigo para que te enseñe mi nuevo coche -Mike tomó a Kate del brazo-. Lo conseguí ayer a través de un amigo de Tom.

-Hasta ahora no te ha ido tan mal desde que has vuelto -dijo Kate mientras bajaban la escalera-. Tienes un lugar en que vivir, dos posibles trabajos esperándote y un coche casi nuevo.

Mike abrió la puerta del vehículo y se apartó para que entrara.

-¿Querrás contribuir a que mi buena suerte continúe volviendo a verme? -preguntó, inclinándose-. ¿Me darás la oportunidad de explicarte por qué actué como lo hice?

-Eso ya lo sé -dijo Kate-. Te cansaste de nuestra vida juntos y decidiste empezar otra con otra persona.

-Fui engatusado.

-Creo que en los juicios de divorcio se llama «tentado», pero claro, nosotros no estábamos casados. ¿Dónde está Caroline ahora? -preguntó Kate, casi sin darse tiempo a respirar.

-En su casa de Boston -contestó Mike, bajando la mirada-. Las cosas no fueron bien entre nosotros. Lo intentamos, pero no funcionó.

-Me alegra que lo intentaras -Kate no pudo evitar cierta ironía en su tono de voz.

-Supongo que me lo merecía.

-¡Por supuesto! -Kate miró sin ver el salpicadero del coche, sintiendo que sus pensamientos se acumulaban caóticamente. De manera que Caroline Ellenburgh no había sido capaz de hacer feliz a Mike. «Quiere que vuelva con él. Por eso ha venido. Todo podría volver a ser como antes... pero, ¿quiero yo que todo vuelva a ser como antes?»

-Si quieres, podemos volver a vernos, Mike -dijo, saliendo del coche-. Pero no esperes retomar nuestras vidas donde las dejamos. Han pasado demasiadas cosas desde entonces.

-No espero nada... sólo verte -Mike parecía nervioso y un poco ruborizado.

-Si me das el número de teléfono de Tom, te llamaré -sugirió Kate-. Creo que eso sería lo mejor.

-¿No podemos quedar ahora?

-No, no creo que podamos. Pero si me das el teléfono, te llamaré.

Mike asintió, pesaroso.

-Si quieres que sea así, de acuerdo -buscó en el coche una hoja de papel y escribió el número.

Cuando se lo entregó a Kate, ella dijo:

-Te llamaré el martes por la tarde.

-Estaré esperando la llamada -Mike se inclinó para besarla, pero ella se apartó, riendo y moviendo la cabeza.

-Tenemos vecinos muy fisgones. ¡No hay necesidad de darles motivo para cotillear!

-Claro -evidentemente dolido, Mike entró en el coche.

Kate tragó con esfuerzo, odiándose a sí misma.

-Da recuerdos a Tom, y buena suerte con las entrevistas. Me alegra que hayas venido -añadió, inclinándose hacia la ventanilla. Mike le dedicó una sonrisa y le dio las gracias antes de irse.

Nerviosa, Kate se abrazó para contrarrestar el frío viento antes de volver a casa.

-¡Menuda aparición! -dijo Laura cuando su hija se reunió con ella en la cocina.

-Ha llamado antes de venir. No se ha presentado así como así.

-Oh -dijo Laura, lacónicamente-. ¿Tiene trabajo?

-Todavía no, pero tiene dos entrevistas interesantes en perspectiva esta semana. Tiene un buen expediente como fisioterapeuta, así que no creo que tenga dificultades para conseguir trabajo.

Laura se puso el delantal., sujetándose con firmeza al frente.

-¿Y la chica con la que se fue?

-No les fueron bien las cosas. Se han separado. Y antes de que me lo preguntes, sí, voy a verlo; él quiere que nos veamos.

-Claro que quiere -el tono de Laura fue muy expresivo.

-No tienes por qué ponerte mordaz -protestó Kate-. Sé muy bien que no te gusta Mike.

-Eso no es cierto, me gusta -dijo Laura con firmeza, estropeándolo al añadir-. Pero lo cierto es que me gusta la mayoría de la gente, así que eso tampoco es un cumplido. Lo que no me gustó fue cómo te trató. ¿Estaba Guy aquí cuando Mike ha llamado por teléfono?

-No, se había ido a hacer un recado para su tío, pero volvió cuando Mike seguía aquí. Pero no se quedó mucho rato. Sylvia tiene invitados a comer.

-¡Oh! Hablando de comida -dijo Laura-, has olvidado encender el horno. Aunque no me sorprende, dado lo ajetreada que ha sido la mañana para ti.

Kate se llevó una mano a la boca.

-Oh, mamá, cuánto lo siento.

-No pasa nada. No merece la pena que te preocupes. Tomaremos sopa y picaremos un poco de queso. Puedo cocinar el cerdo por la tarde.

Mientras preparaba la sopa, Laura admitió para sí que, a pesar de haber reconocido que le gustaba Mike Merrow, preferiría que estuviera volando por el espacio exterior.

## Capítulo 7

**F**UE Laura quien contestó al teléfono poco antes de las cuatro y llamó a Kate, que estaba en el jardín. -Es Guy, querida. Quiere saber si puedes ponerte. Le he dicho que Mike ya se ha ido, porque estoy segura de que se refería a eso.

-Bien -Kate se alegró de que hubiera llamado. Estaba deseando saber por qué había vuelto aquella mañana-. Hola, Guy -saludó. Cuando él le preguntó qué tal estaba, contestó que perfectamente-. No he vuelto a marearme. ¡Ni se me ocurriría con mamá en casa!

Guy no mencionó a Mike, pasando directamente a explicarle el motivo de su llamada.

-Es sobre Sue Avers, Kate, o, más bien, sobre su marido. El amigo de John al que he ido a ver me ha dicho que el nombre de Clive Avers aparecía en la lista de los muertos en el accidente.

-¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Guy... Oh, no! -Kate se levantó de la silla-. Voy a verla ahora mismo. Oh, qué terrible. ¡Pobre Sue! ¿Cómo he podido pasar por alto el nombre de su marido? He leído la lista, así que no lo entiendo. Voy a verla.

-Me gustaría ir contigo -dijo Guy-. A menos que pienses que sería inoportuno que fuéramos los dos, por supuesto.

-No, no creo que sea inoportuno, sino todo lo contrario. Estoy segura de que a Sue le gustará verte. Tú vives más cerca de su casa, así que puedo pasar a recogerte.

-Yo pasaré a recogerte -dijo Guy con firmeza-. Ya has tenido suficiente por hoy.

Estaba oscureciendo cuando el Rover de Guy se detuvo frente a la casa de Kate, que lo estaba esperando fuera.

-He vuelto a mirar el periódico y he visto el nombre de Clive en la lista -dijo en cuanto entró-. No sé cómo se me pasó por alto antes. No debía estar concentrada.

-Después de la noche que hemos tenido, no me sorprendería -dijo Guy mientras conducía-. Ya lo sabía cuando he vuelto a tu casa esta mañana, pero no me pareció un momento adecuado para mencionarlo.

-¿Porque Mike estaba en casa? -Kate introdujo deliberadamente el nombre de su ex novio en la conversación.

-Sí, y también por lo pálida que estabas. Debió conmocionarte verlo de forma tan inesperada después de tanto tiempo.

-Aún no puedo creerlo. No logro asimilar que está aquí, que no estoy soñando... Todo parece irreal.

-Lo imagino -Guy giró a la izquierda en una rotonda. Kate esperaba que hiciera más preguntas sobre Mike, pero él no parecía inclinado a hablar de otra cosa que no fuera la cercana visita a Sue-. Tendrá que pedir un permiso por motivos familiares -dijo, tras un reflexivo silencio-. No podemos permitir que vuelva a trabajar enseguida.

-No, claro que no. Tendremos que arreglárnoslas entre los dos. Sue sólo trabaja media jornada, así que no creo que nos cueste tanto ocuparnos de hacer su trabajo.

Guy asintió. Se acercaban al puente. Ya estaban cerca de casa de Sue, pero era una de esas ocasiones en que uno prefería viajar que llegar. Sue era una colega y una amiga, lo que empeoraba las cosas. Y a Guy le gustaba. Kate había notado que se llevaban muy bien.

Vieron la casa en cuanto giraron en Beech Avenue. Había luz en las dos plantas, y, mientras el Rover se detenía junto a la acera, la puerta delantera se abrió, dando paso a una pareja de mediana edad que se volvió para despedirse de Sue con la mano. Cuando ésta vio el coche, permaneció en la puerta, esforzándose por distinguir con quién más tenía que ser amable después de un largo, triste y melancólico día.

-He tenido muchas visitas -dijo, al reconocer a Guy y a Kate-, pero me alegro de verlos -se apartó para dejarlos pasar al vestíbulo, que olía a los crisantemos que se hallaban en un jarrón sobre una mesa-. Son del vicario -dijo en tono indiferente, acariciando una de las flores-. Probablemente las habrá robado de alguna tumba.

«Quiere bromear como de costumbre», pensó Kate, deseando que no fuera así. En el cuarto de estar se encontraron con una joven parecida a Sue, tanto, que tenía que ser una pariente. Estaba leyendo un cuento a las hijas de Sue.

-Esta es mi hermana Iris -dijo Sue-. Y ahora, diablillos -añadió, inclinándose hacia las niñas-, Iris os va a dar la cena... o eso creo.

-Crees bien -dijo Iris, captando la indirecta. Salió del cuarto de estar con la pequeñas y cerró la puerta.



Guy fue el primero en hablar.

-Lo sentimos mucho, Sue. Es un momento terrible para ti.

-Fue un choque terrible. Había un árbol en la vía... Pero supongo que lo habéis visto en los periódicos -Sue se sentó en un sillón, sin mirarlos.

Kate respiró profundamente y dijo:

-Guy y yo íbamos en el tren. En uno de los últimos vagones, que no llegaron a volcar. Fue la parte delantera la que sufrió más el impacto. Nos quedamos para ayudar a las patrullas de rescate, y estuvimos allí casi toda la noche.

El rostro de Sue se animó por primera vez.

-Os quedasteis a ayudar... ¿Visteis a Clive? ¿Visteis cómo lo sacaban? Lo conocéis, ¿verdad? -preguntó, mirando a Kate-. ¿Lo visteis vivo?

-No vimos a nadie que conociéramos, Sue -dijo Guy-. Había varios equipos de rescate y un gran caos.

-Me dijeron que murió en la ambulancia. Tenía heridas en el pecho. Lo llevaron al St. Mark. Lo he visto esta mañana... Iris ha venido conmigo. Parecía tranquilo, distante... Creo que el funeral será el viernes -Sue se levantó y se arrodilló en la alfombra para subir la calefacción de gas-. No consigo calentar la casa, y eso que la calefacción lleva todo el día encendida.

-Tienes que tomarte unos días libres -dijo Kate cariñosamente.

-Sólo necesito mañana, porque habrá papeleo que hacer, y el viernes, por supuesto. Pero estaré en la clínica el miércoles, y la semana siguiente seguiré trabajando mis tres días.

-No te presiones, Sue.

-¿Lo hago alguna vez? -un espectro de la sonrisa habitual de Sue curvó sus labios un instante.

-Si podemos hacer algo por ti, lo que sea, dínoslo -dijo Guy-. Me alegra ver que puedes contar con tu hermana.

-Sí, ella me ayudará con los niños para que yo pueda ocuparme de lo demás -Sue se levantó para correr las cortinas. Como no volvió a sentarse, Guy y Kate también se levantaron.

Cuando salieron al vestíbulo, vieron a las dos niñas en la cocina. Para sorpresa de Kate, Guy se acercó a ellas.

-Esos huevos deben estar muy buenos. Me gustan los huevos

marrones -dijo a la niña mayor.

-Son de granja -le informó la niña, ufana-. Mamá nunca compra otros.

-Y de postre tenemos gelatina -dijo Emily, que tenía tres años-. Papá hace que se mueva y tiemble, ¡y una vez se cayó al suelo!

Las dos niñas se desternillaron de risa. A los cinco y a los tres, los accidentes sólo eran una diversión.

-Aún no lo saben... no se lo he dicho -comentó Sue en la puerta-. No encuentro las palabras ni el momento. Lo intentaré mañana.

-Cuanto antes mejor -Kate le dio un abrazo-. A pesar de lo pequeñas que son, tienen que saberlo.

-Lo sé, y se lo diré. Gracias por venir -dijo Sue. Guy la besó en la mejilla antes de volver al coche.

-Son unas niñas encantadoras -dijo, mientras ponía el coche en marcha.

Kate lo miró con curiosidad.

-Creía que habías dicho que no te gustaban los niños

-No, eso lo dijiste tú -aclaró Guy. A continuación mencionó que John le había dicho que el matrimonio de Clive y Sue no había sido precisamente feliz.

-Lo sé. Sue se desahogó conmigo en una ocasión -dijo Kate-. Clive tenía una amante en Londres hacía tiempo. Él y Sue llevaban vidas separadas, aunque Clive nunca se fue de casa, probablemente por las niñas, que lo adoraban.

-A pesar de todo, aunque hubiera poco amor entre ellos, Sue estará pasando unos momentos muy malos. Probablemente, en otra época fueron felices.

-Sí, debieron serlo. Y claro que debe estar pasándolo mal. Lo siento tanto por ella...

-Yo también, pero puede que ahora tenga oportunidad de encontrar la felicidad.

-No le resultará fácil con dos hijas.

-Puede que no. De todos modos, ¿qué tal te ha ido con Mike? Supongo que quiere que vuelvas con él, ¿no? -Guy miró un momento a Kate y ésta se puso tensa.

-Vaya, veo que te gusta ir directo al grano.

-Ya que tú y yo estábamos a punto de embarcarnos en una relación sexual, creo que tengo derecho a hacerlo.

Kate contuvo el aliento.

-No habíamos acordado nada.

-¿En serio? Yo creía que sí, pero la aparición de Merrow ha hecho que te arrepientas, ¿no? Quieres que me ponga a la cola.

-¿Por qué tienes que ser tan... tan agresivo? ¡No tenía idea de que Mike iba a volver! -se defendió Kate, enfadada, mirando el impassible rostro de Guy. Sin decir nada, éste redujo la marcha del coche, hasta detenerlo junto al puente.

-Vamos a caminar un poco -dijo, sin consultar con ella, y salió del coche.

Kate tardó unos segundos en reaccionar. Cuando lo alcanzó, él la tomó por un brazo y la atrajo hacia sí, pero sólo para evitar a un ciclista que circulaba sin luces. Después, la soltó y siguieron caminando en silencio. Casi había anochecido.

-Hemos salido del coche para hablar de Mike, ¿no? -aventuró Kate al cabo de unos minutos-. En respuesta a tu pregunta sobre si quiere volver conmigo, creo que puede que sí, pero lo único que he hecho de momento ha sido aceptar volver a verlo.

-¿Cómo ha sabido dónde estabas viviendo? ¿Lo adivinó sólo con vernos juntos en la estación?

-Se lo dijo un amigo mío en Pritchard. Primero fue a buscarme al piso...

-Suponiendo que seguirías allí, trabajando como una hormiguita, consumiéndote sin él. ¡Menudo ego debe tener ese tipo!

-¡No estoy de acuerdo! Tuvo sentido que fuera allí. Si papá no hubiera muerto, y si John no me hubiera ofrecido el trabajo que tengo ahora, probablemente seguiría allí. ¡Una chica tiene que comer! Y Mike no es ningún egoísta... eso es lo último que es.

-De acuerdo, tú lo conoces mejor que yo.

-Sí -la voz de Kate fue casi un susurro. Casi estaban discutiendo, y eso no le gustaba nada. De pronto comprendió por qué: estaba a punto de enamorarse de Guy, algo que podía resultar desastroso, pues faltaban pocas

semanas para que él se fuera. No podía ser amor; tenía que ser mera química corporal.

-Deduzco que ha dejado a su norteamericana al otro lado del atlántico -dijo Guy, metiendo las manos en los bolsillos con gesto taciturno.

-Las cosas no les fueron bien.

-Evidentemente.

La actitud de Guy enfureció a Kate.

-No hace falta que te regodees -espetó-. Cometió un error, un gran error, es cierto, ¡pero eso puede sucederle al mejor de nosotros!

-Veo que eres muy indulgente.

-¡Y tú estás siendo muy desagradable!

-Sí -admitió Guy-. Muy desagradable.

-Y yo tengo frío -Kate giró sobre sus talones-. Ya hemos caminado suficiente.

-Deberías haberlo dicho antes -Guy se volvió, se quitó la cazadora y la puso sobre los hombros de Kate, aunque cuidando de no tocarla. Ella lo notó y sintió un escalofrío, pero no a causa del frío.

-No pretendía... -hizo un gesto para quitársela, pero él se lo impidió.

-No es sólo de mi cazadora de lo que quieres librarte, ¿verdad? La vuelta de Merrow te ha confundido y no sabes hacia dónde saltar. Si es a él al que quieres, y puede que a la larga sea la mejor elección, dímelo. No quiero que juegues conmigo como si fuera una pelota.

-Después de navidades te irás -fue todo lo que se le ocurrió decir a Kate.

Él rió sin humor.

-Creo que ésa es mi respuesta. Vamos, volvamos al coche. Lo mejor que podemos hacer es ir a casa a acostarnos... juntos no, por supuesto -dijo en tono burlón-. ¡Tú ya has decidido renunciar a eso!

Aquella noche, más tarde, Kate decidió que todo lo que buscaba Guy era una breve aventura que no le trajera complicaciones cuando se fuera. También se enfrentó al hecho de que era un hombre atractivo y profundamente pasional. Estaba segura de que encontraría alguna otra mujer que encajara con él, una mujer que no le pusiera pegas ni le causara

problemas cuando llegara el momento de separarse.

Después de aquel caótico fin de semana, resultó extraño comprobar que todo seguía igual en la clínica el lunes por la mañana. Cuando Kate llegó, encontró a Guy revisando las citas de Sue para ese día. El le pidió ayuda y lo hicieron juntos, decidiendo cuáles había que anular. También pidieron ayuda a John, que estaba ansioso por colaborar.

Nada en la actitud de Guy incomodó a Kate. De hecho, la total normalidad de su actitud acabó produciéndole cierta decepción. ¿Acaso iba a ser aquella su actitud de ahora en adelante? ¿Agradable pero impersonal?

Se encontraron en la enfermería en varias ocasiones, y, en una de ellas, Guy solicitó la ayuda de Kate para atender a una nueva paciente, una mujer de ochenta y cinco años que se negó a que le hiciera un lavado de oídos.

-Mi cita era con la enfermera -insistió la anciana-. No quiero que ningún hombre me toque los oídos, así que si usted no puede hacerlo... -dijo, lanzando a Kate una desafiante mirada-... esperaré a otro día.

-Si espera cinco minutos, señora Wearham, volveré a ocuparme de usted personalmente -dijo Kate, que tenía un paciente esperando en la consulta.

Salió con Guy de la enfermería y volvió a su consultorio.

El hombre al que tenía que auscultar no se quejó por su tardanza.

-Supongo que estarán desbordados de trabajo sin la enfermera. Ha sido terrible lo de su marido. Supongo que estará destrozada.

Los pacientes no habían parado de comentar lo sucedido en la sala de espera.

-Esto hace que uno se da cuenta de la cantidad de trabajo de la que nos libra Sue -comentó Guy cuando las consultas terminaron y Meg se disponía a cerrar.

-Los pacientes la adoran. Todo el mundo ha preguntado por ella -dijo Kate-. Suele tener más tiempo para hablar con ellos que nosotros.

-Desde luego, yo no he impresionado mucho a la anciana señora Wearham -dijo Guy, con gesto irónico.

-No, por una vez no ha funcionado tu encanto -dijo Kate, arrepintiéndose de inmediato al recibir una larga y penetrante mirada de

Guy que la puso en su sitio. Afortunadamente, en ese momento llegó el doctor John, sonriente, con el estetoscopio colgando del cuello.

-Ha sido todo un tónico ver a esos pocos pacientes. Me han hecho comprender cuánto echaría de menos ejercer la medicina si me retirara con antelación -ya le habían quitado la escayola y llevaba el brazo en cabestrillo. Tras despedirse, se alejó por el pasillo que daba paso a su casa.

-Estará encantado cuando me vaya -Guy se sentó tras el escritorio y amontonó unos papeles dispersos.

-Aún te quedan seis semanas -dijo Kate.

-Veo que las has estado contando -Guy giró en la silla y al hacerlo golpeó con el brazo una taza de café que había en el escritorio, desparramando el contenido sobre éste y sus papeles.

-¡Maldita sea! -exclamó, poniéndose en pie de un salto.

Kate fue de inmediato a por un trapo y cuando volvió Guy seguía murmurando.

-No ha pasado nada -dijo, mientras secaba la superficie de la mesa y los papeles, dejándolos a continuación sobre un radiador para que se secan-. Ya está.

-Has sido muy rápida... gracias -Guy no volvió a sentarse-. Debe haber sido por el efecto que ejerces sobre mí. Normalmente no soy tan patoso -se acercó a Kate la tomó con una mano por la barbilla y le hizo alzar el rostro hacia él-. Es una pena que no podamos resolver nuestro pequeño problema con tanta facilidad.

Kate lo miró a los ojos, pero no dijo nada.

-¿No te parece? -insistió él.

-Supongo que sí -ella quería que la besara.

-Lo sabes, pero en realidad no quieres que se resuelva, ¿verdad? -Guy deslizó lentamente la mano hacia el cuello de Kate.

En ese momento, Meg llamó a la puerta, y, sin pasar, preguntó si iban a tardar, pues tenía que irse.

-Enseguida salimos -dijo Guy, apartándose de Kate.

Diez minutos después, mientras se dirigía a su primera consulta, Kate se dijo que su «pequeño problema» con Guy era un simple caso de sexo. Podía curarse sencillamente: evitando el contacto. «Estoy tan confundida por el regreso de Mike...», pensó. «Antes lo amaba; lo amaba de verdad.

No hay futuro con Guy. No puede haberlo; él mismo lo ha dicho».

Esa mañana, su tío John había sugerido que sería buena idea invitar a Sue a comer un día.

-Después del funeral, naturalmente.

-Espléndida idea, John -dijo Guy-. Hay que hacer que se sienta valorada. ¿Te ocupas tú de decírselo?

-No, hazlo tú mismo, o que se ocupe Kate. Podemos quedar para un día de la semana que viene.

Por la tarde, Kate atendió a su primer paciente a las cinco. Se trataba de una mujer de treinta años que se quejaba de sentir un cansancio continuo. Hacía un par de meses que la habían operado de apendicitis, pero no encontraba relación entre lo uno y lo otro.

Kate le hizo un chequeo general y le mandó unos análisis de sangre y de orina.

-No espero encontrar nada malo, señorita Anderson. Los síntomas que describe corresponden a lo que llamamos fatiga post operatoria. Debe tener en cuenta que, aunque sólo estuvo en el hospital unas horas, le dieron anestesia general. Eso afecta a las personas de diferentes maneras. Algunas vuelven a la normalidad casi de inmediato y recuperan su energía sin problemas, pero otros muchos se sienten cansados, letárgicos y deprimidos, y no saben por qué. Se ponen ansiosos, lo que hace que su cansancio aumente -Kate miró cariñosamente el rostro de la joven, que mostraba señales evidentes de cansancio-. Me has dicho que trabajas la jornada completa; ¿existe la posibilidad de que durante un par de meses trabajes media jornada?

-Bueno, la verdad... -Faith Anderson sonrió por primera vez-... trabajo para el señor Perry, el agente inmobiliario, que debe estar bastante hartado de mí. Él mismo me sugirió que trabajara sólo por las mañanas durante esta época baja en ventas. Supondrá ganar menos dinero, pero si usted cree que eso me vendrá bien para recuperar fuerzas, lo haré encantada.

-Yo lo haría si estuviera en su lugar.

-Así que nada de píldoras mágicas, ¿no?

Kate rió.

-No creo que las necesite -mientras la joven se ponía el abrigo, recordó haberla visto un instante en un despacho contiguo al del señor Perry.

Tras Faith Anderson, atendió a un joven con anemia, a un hombre de mediana edad con una severa tos y a dos pacientes que acudían a que les hiciera unas recetas.

Después, Kate salió a la sala de espera, que ya estaba vacía. Reinaba tal silencio que oyó a Guy hablando por teléfono en su consulta.

-Sí, Peter, claro que podemos vernos. Deja que eche un vistazo a mi agenda...

No escuchó más porque en ese momento entró Sylvia para preguntarle qué tal se encontraba después del accidente.

-¡Menos mal que llegasteis tarde y tuvisteis que meteros en uno de los vagones traseros! -alzando teatralmente los ojos hacia lo alto, añadió:- ¡Se me hieló la sangre sólo de pensarlo!

Kate no vio a Guy antes de irse. Su puerta permanecía firmemente cerrada, con una aura de «no molestar» en torno. Decepcionada, pues le habría gustado comentar con él algunos casos del día, salió del consultorio.

Nada más entrar en su casa, su madre le dijo que Mike había llamado.

-Dijo que llamaría más tarde. Quiere comentarte su entrevista en Wallbrook. Parecía muy excitado.

-Quedamos en que yo le llamaría mañana -dijo Kate, mientras subía las escaleras. Estaba cansada después de aquel ajetreado día, pero cuando Mike volvió a llamar, después de la cena, trató de mostrarse interesada por escuchar sus noticias.

-Aún no lo sé con certeza, Kate, pero creo que tengo muchas posibilidades. Uno de los médicos que me ha entrevistado era Sir Courtney Blanche, el especialista jefe del departamento de fisioterapia, y parecía muy satisfecho. No creo que la temporada que he pasado en Boston me haya perjudicado. De hecho, pienso que me ha dado cierto prestigio, así que, en el fondo, me alegro de haber ido.

«El problema no fue que te fueras, sino cómo te fuiste», podría haberle dicho Kate, pero se contuvo. ¿De qué habría servido? Si Mike quería transformar lo que el día anterior consideraba una «terrible equivocación» en un hábil movimiento profesional, allá él.

-¿Cuándo esperas tener la repuesta? -preguntó tranquilamente.

-Dentro de una semana. Pero mañana tengo la entrevista en Redlands. Estaré en Asterleigh Park a las nueve y media. La entrevista es a las diez.

-Estaré pensando en ti, y, como te prometí, te llamaré mañana por la



tarde -mientras hablaba, Kate vio a su madre, que salía de la cocina con dos humeantes tazas de café en la mano y se dirigía al cuarto de estar.

Deseó poder librarse del teléfono y estar ya tomándolo, y se sintió culpable cuando Mike dijo:

-Me alegro tanto de estar de vuelta, de poder contarte de nuevo las cosas que hago...

-Gracias por el cumplido -dijo Kate, sintiéndose incomprensiblemente avergonzada. Lo cierto era que se sentía incómoda con Mike, no sabía bien cómo «estar». Tenía que recordarse constantemente que era Mike, el hombre al que en otra época confiaba todos sus secretos.

Durante los dos días siguientes, Mike recibió la oferta en firme del trabajo en Redlands, pero no el de Walbrook. Aceptó de inmediato y quedó con Kate en ir a verla el viernes. Su auto estima había mejorado considerablemente.

El viernes era el día en que Kate y el doctor John debían asistir al funeral de Clive Avers. Guy no podía dejar la clínica, y ya que Kate y su tío conocían más a Sue, decidieron ir sin él poco después de las diez.

Cuando Kate regresó a Rivestone a comer, se encontró con Mike en casa. Estaba sentado en la cocina, mientras Laura ponía la mesa para comer. El ambiente entre ellos parecía relajado, y Kate se alegró de ello. Al parecer, Mike había ido para echar un vistazo a Redlands, donde empezaría a trabajar en dos semanas.

Laura lo invitó a quedarse y comieron tortilla de queso, ensalada y fruta.

-No solemos hacer una comida muy fuerte, porque Kate tiene que salir temprano a hacer sus visitas.

-¿Puedo acompañarte? -preguntó Mike cuando Kate se disponía a salir-. No tengo prisa por volver, y, ya que voy a tener que vivir por aquí, me gustaría echar un vistazo a la zona.

-Estamos bastante lejos de Asterleigh Park -dijo Laura, antes de que Kate pudiera responder.

-Doce millas no son nada en coche -replicó Mike sin apartar la mirada de Kate.

-Sabes que los médicos no suelen llevar pasajeros cuando van a visitar a los enfermos -dijo ella, tratando de evitar educadamente que Mike la acompañara-. ¿Qué pensaría la gente?

-Me quedaré en el coche. Seré prácticamente invisible -insistió él.

-No eres precisamente invisible -era cierto. A su modo, Mike era tan atractivo como Guy. Bueno, casi. En cualquier caso, sería agradable tener compañía. Kate sabía que ese fin de semana Mike iba a ir a Hampshire a ver a sus padres, de modo que pasarían días antes de que volviera a verlo. Además, ¿qué daño haría que la acompañara?-. De acuerdo, puedes venir -dijo, negándose a mirar a su madre, que estaba recogiendo la mesa.

Mike dejó su coche en el garaje y fueron en el Volvo de Kate. El primer aviso que debía atender ésta era el de una mujer de setenta años que vivía sola. Había llamado a la clínica esa mañana, quejándose de fiebre y mareos. Kate nunca la había tratado, y echó un rápido vistazo a su ficha médica antes de salir del coche.

Apenas necesitó examinarla. La enfermedad de la paciente fue fácil de diagnosticar. La señora Beresford tenía paperas. Tenía inflamadas las glándulas bajo los oídos, le dolía abrir la boca y estaba febril.

-Suponía que sería eso -dijo, cuando Kate le dio la noticia-, pero paperas a mi edad... ¡Es ridículo!

-Ha tenido mala suerte -dijo Kate mientras escribía una receta de ácido acetilsalicílico para aliviarla de los síntomas-, pero no es algo tan raro en personas que no pasaron las paperas en su infancia. Tendrá que permanecer aislada quince días. ¿Cuenta con alguien que pueda ayudarla haciendo la compra?

-Sí, tengo una vecina encantadora. Tiene la llave de la casa, así que podrá dejar la compra en la cocina sin necesidad de verme.

-Estupendo. Volveré a visitarla dentro de unos días. Cuando volvió al coche, Mike preguntó animadamente:

-¿A dónde vamos ahora?

-A Melbridge, a la nueva urbanización -replicó Kate, sonriendo. A pesar de su inicial reparo a que Mike la acompañara, le agradaba que estuviera allí, esperándola, y, por tinos instantes, volvió a sentirse con él como en los viejos tiempos. «Aún siento mucho afecto por él», pensó.

Tuvo que hacer tres visitas en la urbanización. En la última debió mostrarse firme con la madre de una niña que tenía amigdalitis y que estaba empeñada en que le recetara un antibiótico. La niña sólo necesitaba tomar aspirina soluble dos veces al día y beber agua, y así se lo hizo saber a la desconfiada madre.

Todo aquello formaba parte del trabajo de los médicos de familia, pensó mientras volvía al coche con Mike, que tomó su maletín y lo dejó en el asiento trasero. Era agradable sentirse cuidada.

-Ésta era la última visita -dijo, poniéndose el cinturón de seguridad antes de encender las luces del coche.

Acababa de hacerlo cuando vio a Guy, que salía de una casa cercana en la que vivía un paciente de su tío John, un caso terminal de cáncer. Él los vio; al coche, a ella y, por supuesto, a Mike. Los saludó moviendo la mano y se alejó enseguida en su coche. Kate lamentó haberse encontrado con él. No tenía mayor importancia, por supuesto, pero habría preferido que no los hubiera visto.

Suspiró mientras se ponía los guantes y le dijo a Mike que iba a llevarlo a recoger su coche antes de volver a la clínica para las consultas de la tarde.

-Después podrás irte tranquilamente a Hampshire -dijo, tratando de relajarse.

-Ojalá vinieras conmigo. A mis padres les gustaría volver a verte.

-¿En serio?

-Por supuesto -contestó Mike, y apoyó una mano en la rodilla de Kate.

-Ya te he dicho que voy a estar de guardia.

-Lo sé... lo siento -Mike apartó la mano, dejándola en su regazo como si le costara mantenerla allí.

No hablaron mucho durante el trayecto de vuelta. Kate sabía que Mike iba a volver a Melbridge la semana siguiente a buscar un lugar en que vivir.

-Lo mejor que puedes hacer -sugirió-, es pasarte por la agencia inmobiliaria Perry... si estás realmente decidido a vivir en Melbridge, claro.

-Lo estoy.

-En ese caso, no encontrarás una agencia mejor. Mira, ésas son sus oficinas -señaló-, a tu derecha, junto a la librería. Lo sé porque estoy a punto de comprarme una casa. Casi con seguridad, será mía el próximo mes.

-¿Vas a vivir en ella? -preguntó Mike, prestándole toda su atención.

-Claro.

-¿Sola?

-Sí. Voy a comprarla con parte de lo que me dejó papá. No tenía pensado vivir con mi madre para siempre; sólo hasta que se recuperara un poco.

Mike se quedó mudo, lo que, como Kate bien sabía, significaba que estaba demasiado sorprendido como para encontrar las palabras adecuadas. Solía reaccionar así en la época en que vivían juntos y ella hacía algo, o planeaba hacer algo que él consideraba arriesgado o excesivo. Nunca había sido un hombre muy audaz.

-Así que, yo que tú, iría a Perry -insistió Kate, cuando, tras un trayecto en completo silencio, detuvo el coche junto al garaje de su casa.

Cuando abrió la puerta del garaje, Mike la tomó por el brazo como si temiera que fuera a escapar.

-Quiero que compremos una casa juntos, Kate. Quiero que estemos juntos. ¡Quiero que te cases conmigo! Ése es el motivo por el que estoy aquí. Por eso he vuelto... ¡es el motivo de todo!

-¡Mike! -Kate no esperaba aquello. Que Mike le pidiera que volvieran a vivir juntos sí, pero el matrimonio era otra cosa.

-No sé... -murmuró-. Es un compromiso muy grande...

-Ya hablamos de ello antes... antes de...

-¿Antes de que te fueras? Sí, lo sé, pero eso fue entonces y esto es ahora -en aquella situación sólo servía la sinceridad, pensó Kate, y, a pesar de lo tenso del momento, la noción del trabajo que la aguardaba fue prioritaria-. No podemos hablar de eso ahora, Mike. Tengo que irme.

-Dame la oportunidad de reparar lo que hice. No te desentiendas para vengarte.

-Yo no haría eso.

-Entonces, dame una oportunidad, por mucho tiempo que lleve -Mike se inclinó a besarla y Kate no lo impidió. Pero cuando el besó empezó a volverse más íntimo, se apartó de él.

-Tengo que irme, Mike. He de ir a la clínica y a ti te aguarda un largo viaje.

-Queda conmigo la semana que viene. Probablemente me alojaré en el Bridge -Mike no hizo ningún ademán de moverse.

-Claro que podemos quedar -dijo Kate, caminando rápidamente de

vuelta a su coche a la vez que se despedía moviendo la mano.

Se alejó echando un manojo de nervios, sintiendo que no había manejado de forma adecuada la situación, y que tampoco había sido precisamente amable con Mike. Éste le había hecho el máximo cumplido, y lo sabía. También sabía que el matrimonio era lo que quería, y que, no hacía tanto, quería casarse con Mike. ¿Realmente podía haber cambiado tanto?

La imagen de Guy surgió en su mente... Guy, que podría enseñarle un destello del paraíso, pero sólo por breve tiempo. Amarlo, y sabía que estaba a punto de hacerlo, sería peligroso, una locura.

«Echate atrás antes de que sea demasiado tarde», se dijo. «Piensa en Mike y en lo que significaría casarte con él».

-No puedo casarme con un hombre por el que sólo siento afecto - murmuró. Sin embargo, mucha gente lo hacía y, a menudo, esos matrimonios funcionaban. Algunas personas decían que un matrimonio basado en la amistad era la mejor forma de que durara...

## *Capítulo 8*

**K**ATE se sorprendió al encontrar a Guy en su consultorio cuando llegó a Larchwood. Era ella la que tenía consulta, no él. -Veo que afinas al máximo tu horario -dijo Guy, mirando su reloj-. Pensaba que iba a tener que sustituirte.

-Ni hablar -replicó Kate en tono desenfadado, pues pensaba que estaba bromeando. Pero cuando vio la tensa expresión de su colega, le aclaró que aún faltaban cinco minutos para la hora de la consulta.

-Tiempo de sobra para tomar un té -dijo Enid Ford, entrando en ese momento a dejar dos humeantes tazas en el escritorio.

-A mí me estará esperando el té en casa -dijo Guy, acercándose a la puerta-, así que iré a tomarlo en paz.

-Oh, bébete ése ya que estás aquí -Sylvia apareció en el umbral en ese momento, con tacones altos y perfectamente maquillada. Miró a Kate-. He visto que Mike ha vuelto. Lo he visto en tu coche hace un rato, cuando estabas detenida en un semáforo. Supongo que ya ha acabado su período en Estados Unidos. Pasar allí una temporada es casi un culto hoy en día. Supongo que estarás encantada de tenerlo de vuelta...

-Sí, claro...

-Ya sabía que había vuelto, por supuesto. Guy me lo dijo. Estoy segura de que lo habrás echado mucho de menos. Cuando solíais venir por aquí, poco después de que John y yo nos casáramos, erais como dos tortolitos.

-Oh, por Dios santo, mamá -dijo Guy, tratando de hacerle callar.

Sylvia hizo caso omiso.

-Y tiene un trabajo cerca de aquí. Tu madre cree que acabaréis viviendo juntos en tu nueva casa.

-Apenas he empezado a acostumbrarme a su regreso -dijo Kate, agudamente consciente de los inquietos movimientos de Guy.

-¿Cuándo te dan las llaves de la casa? -preguntó Sylvia, que no parecía tener ninguna intención de dejar el tema.

-El siete de diciembre.

-Dentro de un par de semanas. No es mucho tiempo. Debes traer a Mike a visitarnos.

Finalmente, Sylvia se fue, y tan rápido como había aparecido.

Kate estaba segura de que Guy se iría con ella, pero se quedó en la consulta.

-No debes hacer mucho caso de lo que dice mamá. Sólo está divagando.

-La verdad es que me ha sorprendido que reconociera a Mike. Hace casi tres años que lo vio por última vez.

Guy no hizo ningún comentario. En lugar de ello, preguntó:

-¿No te parece un poco frívolo llevarlo contigo a las visitas? ¿Que pensarán los pacientes y sus familiares cuando te acompañen a la puerta y vean a tu novio en el coche?

-¡Se pondrán terriblemente celosos! -Kate dio un sorbo a su té, negándose a mirarlo.

-Lo que pensarán -insistió Guy-, es que estás de paseo con tu novio, y que sólo has ido a verlos porque pasabas casualmente por allí.

-¡Eso es ridículo! -Kate no ocultó su irritación. ¿Cómo se atrevía Guy a sermonearla?

-¡Es cierto y lo sabes!

-Lo que sé es cómo comportarme profesionalmente, ¡y no necesito tus consejos sobre eso!

-No te estoy aconsejando; te lo estoy diciendo claramente -dijo Guy, mirándola directamente a los ojos-. No da buena imagen de ti que llesves a tu novio a las visitas.

Tenía razón, y Kate lo sabía, pero su actitud y su tono le hicieron discutir.

-¡Estás criticándome sin razón, Guy! Te encanta decirle a la gente lo que debe y no debe hacer. Deberías haber sido maestro de escuela en lugar de médico... ¡así podrías haber liberado tus instintos!

Guy no pareció herido por su comentario. Tal vez su boca se tensó un poco, pero, por lo demás, permaneció impertérrito. Se encaminó hacia la puerta.

-Creo que será mejor dejar esta conversación ahora mismo -dijo, en tono distante, justo cuando Janice se asomó para decirle a Kate que sus

pacientes de las cuatro y media aguardaban en la sala de espera.

Guy salió sin decir nada más, pero incluso cuando se fue, su voz pareció permanecer en la consulta. Kate se tapó los oídos. «No pienso darle el placer de disgustarme», se dijo. Apretó el botón de llamada y controló su gesto, logrando sonreír cuando entró su primera paciente.

Eran la señora Stanhope y su hija, Nell, la niña que se quemó una mano y cuyo abuelo murió esa misma noche.

-Así que tú eres la paciente, ¿no? -dijo Kate, mirando cariñosamente a la niña, que asintió en silencio y le devolvió la sonrisa a la vez que se quitaba la bufanda.

-Ha perdido la voz -explicó Ann Stanhope-. Ni siquiera puede susurrar. Sucedió dos días después de la muerte de su abuelo. Se acostó como de costumbre, pero despertó sin voz. Pensé que se habría acatarrado. No está yendo a clase, pero ahora... no sé. Tom y yo estamos preocupados y hemos pensado que lo mejor era venir a verla

-Es lo mejor que podíais haber hecho -Kate se volvió hacia la niña, que apoyaba la mano vendada en su regazo-. Tendremos que comunicarnos por gestos, Nell. Primero vamos a hablar de tu mano. ¿Te duele menos? -la niña asintió y sonrió a medias-. ¿Y la garganta? ¿Te molesta?

Nell vocalizó un «no».

-Vamos a echarle un vistazo de todos modos.

Kate examinó la garganta de la niña y la encontró completamente normal.

-Parece estar en perfecto estado -dijo, mirando a la madre-. Creo que Nell sufre algún tipo de conmoción a causa del susto de la quemadura y la repentina muerte de su abuelo, que fue terrible para todos vosotros.

-Pero... ¿cuándo recuperará la voz? -preguntó Ann, pálida.

-Es difícil de decir. Podría durar unos días, pero este tipo de conmociones son impredecibles. Creo que debería consultar con un otorrino. Yo me ocuparé de pedir la cita en el hospital y ellos la llamarán - Kate miró a Nell y añadió -: Probablemente te verá el doctor Trenchard. Te gustará; casi todos sus pacientes son niños.

Ann parecía aún más preocupada.

-¿Qué hacemos respecto al colegio?

Kate meditó unos momentos antes de contestar.



-Creo que lo mejor será que siga con su vida normal. Escriba una nota para la maestra explicando lo sucedido. El mero hecho de volver a estar en clase con sus compañeros servirá para acelerar el proceso.

Ann se levantó y miró a su hija ansiosamente.

-Gracias -dijo, mientras la niña volvía a ponerse la bufanda.

-Adiós, Nell -Kate sonrió a la madre y a la niña mientras salían.

El siguiente paciente, un hombre con problemas de corazón, sólo acudió a por una receta. Fue una tarde ajetreada, como casi todas, y ya eran las seis y media pasadas cuando terminaron las consultas. A pesar de todo, Kate decidió quedarse a escribir una nota para el doctor Trenchard. Podía entregarla en el hospital antes de ir a casa.

Estaba escribiendo cuando Guy entró en la consulta, permaneciendo en el umbral con la mano en el pomo.

-Si tuviera un sombrero, lo arrojaría dentro -dijo, sonriendo levemente.

Ignorando la ligera palpitación que sintió en el pecho, Kate logró preguntar:

-¿Y qué se supone que quiere decir eso?

-Los hombres lo hacen cuando tratan de hacer las paces con su mujer tras una noche de juerga.

Kate rió, como él pretendía.

-Pues en este caso no puede aplicarse.

-Para nosotros no, claro. Pero me gustaría que me perdonaras por la actitud que he tenido antes contigo -avanzó y se detuvo ante el escritorio. Kate mantuvo la vista baja.

-La verdad es que te has pasado un poco -dijo-. Pero tenías razón en lo que has dicho. Habría sido mejor decirle no a Mike. Fue lo primero que le dije, pero luego cedí.

-¿Lo haces normalmente? Kate alzó la mirada.

-¿A qué te refieres? Guy entrecerró los ojos.

-¿Cedes a todo lo que te pide Mike?

-Claro que no -replicó Kate, con demasiado énfasis.

Guy miró el papel en el que escribía y cambió de tema.

-¿Por qué estás escribiendo un informe a estas horas? ¿No puede esperar hasta mañana?

-Podría esperar, pero quiero dejarlo en el hospital de camino a casa - replicó Kate, preguntándose si estaría pensando en volver a decirle qué y qué no debía hacer. Por si acaso, le explicó el caso de Nell Stanhope.

-Padece mutismo histérico -Guy se frotó la barbilla-. El problema con ese tipo de reacciones es que uno nunca sabe cuánto van a durar. Tuve un caso de ceguera histérica cuando hacía las prácticas en Cumbria. Era una niña que vio morir a su padre en un accidente. Estuvo ciega dos años y recuperó la vista de repente, una tarde que la familia estaba reunida viendo la televisión. Se volvieron locos de alegría.

-Lo imagino -Kate miró el informe que estaba escribiendo.

-Será mejor que te deje seguir con tu trabajo.

-Sí, por favor -dijo ella, sonriendo.

-Pero antes... -Guy rodeó el escritorio, la tomó por la barbilla y, a escasos centímetros de su rostro, dijo-: Me alegra que normalmente no cedas a las pretensiones de tu novio -estaba bromeando, pero Kate deseó que la besara. Lo único que obtuvo fue un casto hesito en la mejilla. A pesar de todo, rió.

Guy se volvió antes de salir.

-No olvides cerrar cuando te vayas -dijo, volviendo a adoptar su típica actitud mandona.

A pesar de todo, pensó Kate cuando, unos minutos después, salió del consultorio, había sido lo suficientemente generoso como para disculparse por haberse metido con ella. Pocos hombres habrían hecho algo así, sobre todo si tenían razón, como en aquel caso. No había ninguna malicia en Guy. Era un hombre encantador, adorable...

En ese punto, Kate decidió controlar sus pensamientos.

El viernes siguiente, Guy, Kate, John Burnett y Sue Avers fueron a comer al restaurante del hotel Bridge. Sue aceptó la invitación encantada. No estaba en su naturaleza mostrarse abrumada.

Esa tarde no trabajaba, y por eso habían elegido ese día para la comida. También era el día en que Kate trabajaba media jornada. De hecho, el único de los cuatro que tenía trabajo esa tarde era Guy, que decidió no beber en deferencia a sus pacientes de la tarde. La conversación

fue relajada. Sue habló de sus hijas.

-Echan de menos a Clive. Les he contado las historias habituales del cielo, pero se niegan a aceptar que no pueda venir a visitarlas. Clive solía ausentarse de casa a menudo. Con el tiempo comprenderán que nunca volverá, pero no puedo pasarme el día repitiéndoselo.

Mientras decía aquello, miró sobre todo a Guy, como buscando su aprobación. Pero para cuando iba por su tercer vaso de vino se explayó en exceso, contándoles que su marido tenía una sustancial póliza de vida.

-Significa que ni mis hijas ni yo tendremos necesidades aunque yo decida dejar de trabajar, cosa que no tengo intención de hacer.

-Me alegro por ti, Susan. No tener preocupaciones económicas significa mucho -dijo el doctor John-. ¡Pero me alivia saber que no piensas dejar el trabajo!

-Una vez enfermera, siempre enfermera, como se suele decir -Sue volvió a mirar a Guy, que asintió.

-Sobre todo cuando la enfermera libera de un montón de trabajo al viejo médico jefe -bromeó.

-¡No tan viejo! -replicó John, frunciendo el ceño.

Todos rieron, incluyendo a Kate, que estaba un poco distraída. Mike iba a llegar al hotel esa tarde para empezar a buscar alojamiento en la zona. Le habría gustado sentirse más emocionada ante la perspectiva. Le apetecía verlo, por supuesto; de hecho, lo estaba deseando.

En conjunto, la comida fue un éxito. Guy iba a llevar a cada uno a su casa antes de empezar con sus visitas.

Estaban cruzando el vestíbulo del hotel cuando Kate vio a Mike de espaldas en el mostrador de recepción.

No había manera de confundirlo con aquel elegante traje gris y su rubia cabeza. Cuando se volvió con la bolsa de viaje en la mano, se topó con los cuatro. Su mirada se iluminó visiblemente al ver a Kate.

-No te preocupes, no somos un comité de recepción -dijo ella, riendo y tocándole el brazo-. Hemos comido aquí. ¿Recuerdas a tío John?

-Me alegro de verte de nuevo -dijo John, estrechándole la mano-. He oído que has vuelto y que ya tienes trabajo. Bien hecho; un buen fisioterapeuta vale su peso en oro.

Kate le presentó a Sue.

-Mike, ésta es Susan Avers, nuestra enfermera jefe. Sue, te presento a Mike Merrow. Acaba de volver de los Estados Unidos.

-Ése es un lugar al que siempre he querido ir -dijo Sue, mostrando sin ningún reparo su interés mientras estrechaba la mano de Mike. Le preguntó si iba a trabajar en el hospital General. Cuando Mike contestó que tenía su puesto de trabajo en la clínica Redlands, Sue le dijo que una amiga suya trabajaba allí de enfermera-. Es un hospital de élite.

Guy empezó a moverse, inquieto. Kate supo que quería irse. En cualquier momento empezaría a mirar su reloj, de manera que cortó cuanto antes, diciéndole a Mike que se verían luego.

Fueron hasta el coche de Guy. Sue se sentó delante y Kate y John detrás. Este comentó que el joven Merrow debía haber ganado mucho dinero en Boston para permitirse alojarse en el Bridge.

-Es muy atractivo, ¿verdad? -dijo Sue-. Va a caer como una bomba en el Redlands.

Kate sabía a que se refería, y estaba de acuerdo.

El viernes, Kate ayudó a Sue a recoger la enfermería. Sentía que se estaba exigiendo demasiado, que estaba desplegando una energía frenética en el trabajo.

-Vete a casa Sue -dijo-. Has sido muy valiente viniendo a trabajar esta semana.

-No había motivo para que no lo hiciera -Sue se sentó un momento, pero enseguida volvió a levantarse y dijo que esperaba no haber abierto demasiado la boca durante la comida en el Bridge-. En cuanto bebo un poco se me suelta la lengua.

-A mí me pasa lo mismo. Pero no te preocupes; estuviste muy bien -dijo Kate, sonriente. Pero no pudo evitar sorprenderse cuando Sue dijo que, a partir de ahora, tenía intención de divertirse y pasarlo bien.

-Sé que Clive acaba de morir -dijo, mientras recogía unas toallas-, pero supongo que ya te habrás dado cuenta de que no estoy precisamente agobiada de dolor y pena. No éramos felices juntos. Desde luego, no tengo intención de volver a casarme. Me ocuparé de que las niñas estén bien y de que no carezcan de nada, pero no veo por qué no voy a tener que cuidar también de mí misma. Tener dinero me facilitará las cosas, desde luego. Clive me hizo un favor con eso.

-Oh, Sue -murmuró Kate, sin saber qué decir.

-No tienes por qué escandalizarte. Al menos, soy sincera. Pretendo disfrutar de la vida, seguir adelante.

-No te culpo -dijo Kate, pensando que Clive debía haber hecho mucho daño a Sue para que ésta reaccionara de aquella manera cuando apenas habían pasado unos días tras su muerte.

-Te has quedado realmente conmocionada, ¿no? -dijo Sue, apartando un mechón de pelo de su frente.

-¡Petrificada! -contestó Kate, sonriente.

Sue la miró con curiosidad.

-¿Y qué me dices de ti y el rubio Adonis que acaba de regresar de los Estados Unidos?

-¿A qué te refieres?

-Bueno, ya sabes -no era fácil distraer a Sue cuando se empeñaba en averiguar algo-. ¿Por qué se fue a Norteamérica?

-Para ganar experiencia -Kate pensó con ironía que ésa era una forma de decirlo. Sue podía deducir de ello lo que quisiera.

Había visto a Mike a diario desde la comida en el Bridge, aunque habían acordado ciertas normas; más bien lo había hecho ella, diciéndole con franqueza que sus sentimientos por él habían cambiado, aunque aún le tenía mucho cariño.

-Basta para empezar. Podemos basarnos en eso -dijo Mike, estrechándole las manos, como tratando de imprimir en ellas sus sentimientos-. No pienso presionarte en lo más mínimo -prometió cuando la besó aquella noche para despedirse. También le preguntó si había alguien más en su vida, y Kate negó con la cabeza, aunque supo que debería haber dicho que lo había. Pero lo cierto era que Guy sólo quería una aventura pasajera, y lo que ella buscaba era lo que Mike le ofrecía: matrimonio. Además, esperaba que sus sentimientos cambiaran.

El miércoles, la agencia Perry ofreció a Mike un apartamento amueblado en Asterleigh Park. Estaba a media milla de la clínica Redlands podría contar con él tres meses, mientras los dueños estaban en Japón visitando a unos parientes.

-Me servirá mientras busco algo más fijo -explicó Mike.

Kate le ayudó a trasladarse el fin de semana previo a que comenzara a trabajar en Redlands. Lo cierto era que no había mucho que trasladar. Tan sólo tuvo que llenar la nevera mientras Mike deshacía su equipaje.

Charlaron amigablemente mientras trabajaban, llamándose de una habitación a otra. Aquello hizo que Kate recordara con nostalgia la época en que convivieron. Pero la nostalgia era algo engañoso, porque le llevaba a uno a creer que los sentimientos no habían cambiado demasiado y que podían recuperarse fácilmente.

Las campanas de la iglesia estaban dando las cuatro cuando giró en Guessens Road. Mike y ella iban esa tarde al centro recreativo Barham. Se inauguraba la pista de patinaje sobre hielo, y Mike era un buen patinador. Cuando vivían en Mamesbury trató de enseñar a patinar a Kate, pero a ella nunca le gustó demasiado. Esa noche se conformaría con sentarse y mirar.

-¿En qué coche vais a ir? -le había preguntado Laura durante la cena.

-En el mío -contestó Kate-. Estoy de guardia, así que puede que lo necesite. Mike va a dejar el suyo aquí. No volveremos tarde; hacia las diez y media.

-Probablemente os encontraréis con Guy -dijo Laura, pensativamente-. Esta tarde me he encontrado con él y con Susan Avers. Han sido muy amables y me han llevado las bolsas de la compra al coche.

-¡Guy y Sue! ¿Qué hacían juntos? -Kate alzó la voz involuntariamente.

-Supongo que estaban de compras. Guy había comprado unos patines en la tienda de deportes de Middle Street. Al parecer, Susan había ido con él para aconsejarlo. Entonces me dijeron que iban a patinar esta noche.

-Juntos? -Kate seguía sin poder creerlo.

-Eso parece. Guy necesita relajarse, ya sabes, y alguien con quien relajarse. Sue es una joven atractiva, y, a pesar de que su marido ha muerto hace poco, supongo que necesita salir y divertirse. ¿Qué se supone que debe hacer? ¿Quedarse en casa llorando?

-La semana pasada me dijo que pensaba aprovechar el tiempo.

-Pues eso es lo que está haciendo -Laura volvió la cabeza hacia la ventana-. Creo que ése es el coche de Mike.

Kate salió unos segundos después. Mike parecía más joven y animado con la cazadora de cuero y los vaqueros que se había puesto esa tarde.

-Hace dos años que no patino -dijo, mientras entraban en el coche.

-¿No patinaste en Boston? -preguntó Kate mientras arrancaba.

-No -contestó Mike-. Pero preferiría no hablar de eso y que nos concentráramos en el presente, ¿te parece? Estoy en mi tierra, tengo trabajo y casa... y esperanzas -tomó una mano de Kate y la besó-. Te quiero Kate, y ahora mismo siento que cualquier cosa es posible.

Ella no respondió. No podía.

Una vez en Barham Rise, fueron directamente a la pista de patinaje. Mike se puso los patines y salió a la pista, donde se deslizó como un auténtico profesional. Parecía muy seguro de sí mismo, sin apenas mover los brazos, en equilibrio perfecto.

La pista estaba bastante llena, pero nadie tropezaba con nadie y reinaba un agradable ambiente en el recinto. Debido a su altura y habilidad, Mike sobresalía entre los demás patinadores. Varios espectadores lo señalaban, y Kate se sintió orgullosa al escuchar sus comentarios, pensando que luego le contaría todo. Pero no tardó mucho en distraerse, pues entre los patinadores distinguió a Guy y Sue, que patinaban tomados de la mano. Parecían muy concentrados y no se fijaron en ella en un par de ocasiones que pasaron cerca.

De pronto, Mike se acercó para sentarse con ella. Estaba excitado.

-¡Es una pista maravillosa! Ojalá pudieras patinar conmigo.

-Ya sabes que soy muy patosa con los patines.

Guy y Sue estaban a punto de volver a pasar por allí.

-Ése es tu primo, ¿no? -dijo Mike-. Y la enfermera que lo acompaña es la que conocí el otro día en el hotel. No encajan como pareja de patinaje, ¿no te parece? Él es demasiado grande para ella. De todos modos, lo hacen bien.

Kate no quería mirarlos, pero no pudo evitar hacerlo. Guy y Sue estaban riendo y divirtiéndose, y sintió celos; no de que estuvieran divirtiéndose, sino de Sue por estar pasándolo tan bien con Guy. «Pero debo sonreír y disimular», pensó, viendo que se acercaban.

Los cuatro se saludaron animadamente, aunque de forma un tanto forzada.

-Sabíamos que ibais a venir -dijo Guy-. Nos encontramos con tu madre y nos lo dijo.

-Estábamos comprando equipo para patinar -explicó Sue tras sentarse.

-Sue me ha agotado. No estoy tan en forma como ella -dijo Guy

-Pero patinas bien, aunque te falta un poco de práctica -Sue se apartó el pelo del rostro. Vestía unas mallas negras y un jersey rojo. Miró a Mike- : ¿Vas a patinar más? ¿Y tú Kate?

-Yo no patino -dijo Kate, señalando sus pies sin patines-. Pero sé que Mike está deseando patinar contigo.

-Sí -dijo él, ruborizándose levemente-. Es más divertido patinar en pareja que solo.

Salieron a la pista y Kate y Guy los observaron. Sue y Mike lo hacían tan bien que incluso recibieron aplausos.

-¿No patinas en absoluto? -preguntó Guy.

-Nunca me ha gustado demasiado, aunque Mike me enseñó hace años. Me gusta más nadar y jugar al squash.

-El squash es un juego muy rápido.

-Eso es cierto, pero al menos se practica sobre los propios pies.

-Eso me recuerda... -Guy se inclinó para quitarse los patines. Cuando se irguió miró directamente a Kate y ésta sintió su mirada como una caricia.

-Últimamente hemos estado muy ocupados en la clínica, ¿verdad? -dijo ella rápidamente, apartando la mirada.

-Los dos nos merecemos un descanso.

-Sí -contestó Kate, sintiendo un nudo en la garganta. ¿Por qué habría buscado Guy la compañía de Sue? ¿Para consolarla? Trató de no pensar en la posibilidad de que ya fueran amantes. El matrimonio de Sue no había sido feliz. Su marido la había descuidado, y, normalmente, eso significaba...

-Sue es una compañera muy agradable -dijo Guy, como si hubiera leído los pensamientos de Kate.

-Estoy segura de ello. Además, merece pasarlo bien -Guy asintió, mirando haciaa la pista.

-Creo que nuestros amigos vuelven a la mesa.

-Ha sido sensacional -dijo Sue, entusiasmada, mientras se inclinaba para quitarse los patines-. Podías prestármelo otra tarde -el comentario iba dirigido a Kate, pero fue Mike quien contestó de buen humor que no era ningún libro best seller, y, que si lo fuera, sería de Kate todo el tiempo y no



querría que ella lo prestara.

Tras un rato más de desenfadada charla, fueron al bar a tomar algo. Mientras bebían, Guy mencionó el baile de Navidad que iba a tener lugar una semana después en Melbridge Assembly Rooms.

-Había anuncios por todas partes esta mañana. Se va a celebrar para sacar fondos para la Cruz Roja. ¿Pensáis ir? -preguntó, mirando a Kate y a Mike. Este asintió y luego pasó a alabar la tarea que hacía la Cruz Roja en los países más desfavorecidos del mundo. Aquello le llevó a preguntar a Mike por Mtanga, y pronto se vieron sumergidos en una conversación sobre las duras condiciones de muchos países africanos.

«No deberían llevarse tan bien», pensó Kate, obserr, vándolos. «Si Guy siente el más mínimo interés por mí, debería mostrar cierto antagonismo hacia Mike. Sólo le falta sugerir que vayamos los cuatro al baile».

Y así lo hizo. A Mike le pareció una idea estupenda, y a Sue también. Kate sonrió forzosamente y dijo que podría ser divertido.

Poco después volvía a casa con Mike sentado a su lado. Este se frotó las pantorrillas y comentó la baja forma en que se encontraba.

-Hace más de dos años que no patino, y Sue me ha agotado. La verdad es que lo hace muy bien. Tiene un talento natural para patinar.

-Ya me he fijado.

-¿Guy y ella son pareja?

-No lo sé -contestó Kate, contrayéndose interiormente-. Si lo son, no hay duda de que, además de saber patinar bien, sabe ir rápido. Su marido murió apenas hace tres semanas.

-Hubiera preferido patinar contigo, desde luego -se apresuró a decir Mike, malinterpretando tal vez el silencio en que Kate se había sumergido para concentrarse en la conducción.

-No tienes por qué consolarme -replicó Kate-. Te aseguro que no he sentido celos. Me gusta ver que lo pasas bien.

-Sólo quería aclararlo -murmuró él, dolido.

Kate se sintió un poco perversa y incómoda. No era ver a Mike con Sue lo que le había dolido, sino a Guy con ésta. ¡Y encima había tenido el valor de sugerir que fueran al baile juntos! ¿Qué pretendía? ¿Restregarle por las narices que había encontrado consuelo en Sue?

Mike comentó en ese momento cuánto le apetecía asistir al baile.

-Será un buen final para mi primera semana en la clínica Redlands. Los comienzos en un trabajo siempre son duros, así que estaré agradecido cuando llegue el sábado.

-Redlands tiene suerte de contar contigo -dijo Kate, retomando con naturalidad su papel de apoyo moral. Mike necesitaba que lo alentaran. Lo que hubo entre ellos., lo que aún había, era lo que importaba. La excitación no lo era todo. Con aquel pensamiento en la mente, condujo más tranquila. Pero la tranquilidad se desvaneció cuando, al acercarse a su casa, vio un coche de la policía detenido frente a ésta.

## Capítulo 9

**L**O PRIMERO que pensó Kate fue que algo le había sucedido a su madre. Salió del coche y corrió hacia la puerta, que se abrió justo cuando la alcanzaba. Se encontró cara a cara con dos policías uniformados.

-¿Qué ha pasado? ¿Por qué están aquí? -preguntó, angustiada. En ese momento vio a su madre saliendo del cuarto de estar y se acercó rápidamente a ella.

-Oh, mamá, gracias a Dios -dijo, pasándole un brazo por los hombros-. Temía que...

-Han entrado en casa y han robado -Laura temblaba y estaba muy pálida.

-Mientras tú estés bien, lo demás no importa -Kate acompañó a su madre de vuelta al cuarto de estar, consciente apenas de que Mike y los policías estaban hablando en el vestíbulo. El cuarto de estar parecía distinto con la repisa de la chimenea vacía.

-Se han llevado el reloj y todos los adornos, incluyendo la foto de tu padre. De arriba se han llevado un montón de cosas, y el dinero del cajón de la cocina -explicó Laura-. Al principio, cuando he vuelto de comer con los Pattinsons, no he notado nada. Ha sido al ir al baño cuando he visto la ventana rota. Así han entrado. Había cristales rotos por todo el suelo. Así que he llamado a la policía. Estaban a punto de irse cuando habéis llegado.

-¡Oh, qué terrible... qué terrible! -Kate mantuvo el brazo en torno a los hombros de su madre. Los policías seguían hablando en el vestíbulo con Mike, y no entendía por qué. Él no sabía nada sobre la casa o lo que podían haberse llevado los ladrones. ¿Qué estaba pasando?

Unos momentos después, los policías llamaron a su madre para decirle que se iban y que estarían en contacto. Mike entró entonces en el salón, tan pálido y alterado como Laura.

Kate se puso en pie al verlo.

-¿Qué sucede, Mike?

-Se han llevado mi coche. Lo han utilizado para escapar.

-¡Oh, Mike! -exclamó Kate, apesadumbrada-. ¡Cuánto lo siento!

-He dado a la policía los datos y van a pasar el aviso a sus coches

patrulla para que lo busquen -más que sentarse, Mike se dejó caer en el sofá junto a Laura. Esta apoyó una mano en su brazo. El le preguntó si habían robado muchas cosas de la casa. Kate los dejó hablando mientras iba a llamar al doctor John. Estaba segura de que iría. Su madre necesitaba el apoyo que su cuñado podía ofrecerle.

John se quedó horrorizado al enterarse de lo sucedido, y se presentó en la casa con Sylvia y con Guy en poco más de veinte minutos. Incluso en aquellas circunstancias, Kate sintió un gran alivio al comprobar que Guy no iba a pasar la noche con Sue. El y Mike fueron a la caseta de las herramientas y tomaron unos tablones y unos clavos para cerrar momentáneamente la ventana del baño.

Sylvia, que se había quedado con Kate, Laura y John, no pudo evitar comentar que lo sucedido se veía venir.

-Una casa tan grande, y de la que os ausentáis tan a menudo... ¿Qué podías esperar? Deberíais vivir en un lugar más pequeño, o alquilar parte de esta casa...

-No creo que Laura quiera oír un sermón precisamente ahora, mamá -dijo Guy, que acababa de volver con Mike.

Sylvia se encogió de hombros y se volvió hacia Mike.

-Siento mucho lo de tu coche... ¡Qué mala suerte! ¿Cómo te las arreglarás la semana que viene para ir a trabajar?

-Puedo ir andando. Mi apartamento está cerca de la clínica -Mike no estaba dando mayor importancia a lo sucedido, y Kate se sintió agradecida por ello. Siempre había sabido que era un hombre con muchas cualidades. A pesar de todo, se sorprendió cuando Laura le pidió que se quedara a pasar la noche. Tal vez, como le habían robado el coche en el sendero de la casa, sintió que era lo menos que podía hacer. Él aceptó de inmediato.

-Tener un hombre en la casa en un momento como éste es una bendición -dijo Sylvia, mientras acompañaba a Laura a la planta de arriba a poner un poco de orden en el caos que habían dejado los ladrones. Todos los cajones estaban abiertos y su contenido había sido vaciado por el suelo, los colchones estaban retirados de las camas, los armarios abiertos...

Mientras Mike se quedaba hablando con John, Kate y Guy fueron a la cocina a preparar café.

-Menudo disgusto te habrás llevado al llegar -dijo él.

Kate asintió.

-Ha sido aún peor para mamá, porque estaba sola. Ha sido una suerte que los ladrones ya se hubiesen ido. De lo contrario, podrían haberle hecho daño -su voz tembló un poco; los acontecimientos de la tarde empezaban a cobrarse su tasa.

Cuando fue a pasar junto a Guy, éste la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho, murmurando palabras de consuelo junto a su oído. Fue una bendición para Kate, un cálido y reconfortante consuelo, y más, mucho más. ¡Ojalá fuera él, y no Mike, quien se quedara a pasar la noche! Le devolvió el abrazo y se apartó rápidamente al oír que su madre y Sylvia bajaban por las escaleras.

Un rato después, cuando Sylvia, John y Guy se fueron, Kate acompañó a Mike arriba, a la habitación para huéspedes. Se despidieron en el descansillo, incómodos. Incluso después de todo lo sucedido, ambos eran dolorosamente conscientes de que la última vez que Mike durmió allí no lo hizo en la habitación de huéspedes.

Al día siguiente, tras llevar a Mike a Asteleigh, Kate y su madre fueron a comer a Larchwood. Guy no estaba.

-Está en Grantford, comiendo con los Graingers -explicó Sylvia-. Probablemente os habréis cruzado en el camino.

-Puede que sí -dijo Kate, tratando de no mostrar la mezcla de decepción y alivio que sintió.

Mientras comían, hablaron sobre todo del robo, aunque Sylvia no volvió a mencionar los problemas que veía en que Laura y Kate vivieran en aquella casa tan grande. Sin embargo, quedó claro que el tema de las casas seguía en su mente, pues preguntó a Kate por la suya.

-Voy a firmar el contrato el miércoles y me trasladaré el sábado -dijo Kate, alegremente-. Cuando digo trasladarme me refiero a tomar posesión de ella. No me iré a vivir allí de inmediato.

-Podría hacerlo -dijo Laura-, pero no quiere debido a lo de anoche. No deo de decirle que un rayo no golpea nunca dos veces en el mismo sitio.

-A veces lo hace -dijo Sylvia, misteriosamente, pero no añadió nada más mientras Kate explicaba que no se trasladaría hasta después de navidades.

Mientras hablaba, miró por la ventana, fijándose en la escarcha que cubría la hierba del jardín. El invierno ya estaba allí. Esa mañana, al llevar

a Mike a Asterleigh, había tenido que conducir con mucho cuidado, pues algunas partes de la carretera estaban cubiertas de una fina capa de hielo. Mike empezaba a trabajar al día siguiente, y era una pena que se hubiera visto implicado en el robo con la pérdida de su coche.

-Voy a llamar a Mike para ver como está -dijo a su madre esa tarde. Nada más hablar, el teléfono empezó a sonar. Era Mike, para decirle que la policía había encontrado su coche.

-Estaba en Challoners Lock, abandonado en una carretera rural. Se han llevado la radio, el CD, los altavoces y la rueda de repuesto, pero, por lo demás, está perfectamente.

Kate se alegró mucho al saberlo.

-Lo has llevado maravillosamente, Mike. Y gracias de nuevo por haberte quedado a pasar la noche con nosotras.

-Es una pena que fuera en esas circunstancias -dijo Mike tras una pausa, cargando sus palabras de doble significado.

Kate decidió ignorar su sugerencia y le dijo que su madre la estaba esperando para hacer una lista de todo lo que faltaba.

-Estoy segura de que se nos olvidará algo -dijo Laura cuando Kate volvió a reunirse con ella en el cuarto de estar-. Y necesitamos dos listas; una para la policía y otra para la compañía de seguros.

-La pasaré mañana a máquina en la consulta -dijo Kate-. Iré antes de la hora de trabajar.

A las ocho menos cuarto del día siguiente Kate ya estaba en Larchwood sentada frente a la máquina de escribir. No tenía mucha experiencia mecanografiando, de manera que iba lenta. Estaba tan concentrada en su tarea que no escuchó el ruido de la puerta cuando Guy pasó al interior. No notó que estaba tras ella hasta que vio su sombra en el escritorio. Alzó la mirada y lo vio inclinado a la altura de su hombro, tratando de leer lo que escribía.

-Me ha parecido un poco temprano para que hubiera alguien en la clínica -comentó Guy.

-Estoy pasando a limpio la lista de los objetos robados para la policía y para la compañía de seguros. Seguro que he olvidado algo. No es fácil descubrir con exactitud todo lo que falta -la cercanía de Guy hizo que Kate temblara imperceptiblemente, cosa que la enfureció. ¿Cómo iba a poder

seguir escribiendo teniéndolo tan cerca?-. No tardo -añadió, pulsando la tecla correctora.

Guy se apartó de su espalda y ocupó una silla.

-¿Qué tal está Laura? -preguntó.

-Aún está conmocionada, pero trata de asimilarlo. Por cierto, la policía ha encontrado el coche de Mike. Le robaron algunas cosas, pero está en buen estado. Tardarán algunos días en devolvérselo, por supuesto -dijo Kate, mientras ponía una nueva hoja en la máquina.

-Me alegro por Mike -murmuró Guy. Luego asombró a Kate ofreciéndose a escribir por ella el resto de la lista.

-No se me da mal escribir a máquina, y si tú me dictas, podemos acabar en unos minutos.

Kate ocultó su sorpresa, manteniendo un tono de voz tan desenfadado como el de Guy.

-Acepto la oferta, gracias. No sabía que supieras escribir a máquina.

-¡Soy un hombre lleno de sorpresas! -bromeó Guy mientras ocupaba la silla en la que estaba Kate. Ella trató de concentrarse en la lista y de mantener la mirada apartada de la parte trasera de la cabeza de Guy, donde su oscuro pelo rozaba el cuello de su camisa. Distinguió unas canas y una absurda ternura se apoderó de ella. Deseó apoyar su mejilla en la de él...

-¿No sigues?

La voz de Guy la sobresaltó.

-Lo siento. Me he perdido -Kate continuó dictando a toda marcha y Guy le pidió que parara. A pesar de todo, la lista quedó completa unos minutos después-. Es fantástico -comentó cuando la tuvo en sus manos.

-Me alegra haberte sido útil. Avísame sí... -Guy se interrumpió cuando se abrió la puerta, dando paso a Meg y Janice, seguidas de Sue.

Kate les contó brevemente lo del robo, pero apenas tuvieron tiempo de hablar, pues los pacientes que tenían a las ocho y media ya estaban entrando.

Kate y Guy fueron a sus consultorios. El trabajo del lunes había comenzado.

Tras atender a una joven con alergia, a un hombre demasiado grueso con dolor de espalda, a una joven madre con insomnio y a un joven con múltiples forúnculos, Ann Stanhope pasó al consultorio de Kate con su aún

muda hija. Había llevado a Nell a ver al especialista y éste había escrito una nota para Kate.

He examinado a su paciente en mi consulta esta mañana. No veo nada preocupante en su laringe y, tras consultar con su madre, opino que su mutismo es de origen histérico. No creo que en estos momentos vaya a ser de ningún provecho enviarla a un psiquiatra. Normalmente, esta clase de casos se resuelven por sí solos. He aconsejado a la señora Stanhope que siga enviando a Nell al colegio y que la trate del modo más normal posible.

-Me dijo que Nell está bien y que no tenemos de qué preocuparnos - explicó Ann Stanhope, sin parecer demasiado convencida-. Pero lo que me gustaría saber es cuánto tiempo va a seguir así.

-Es lógico que quiera saberlo, pero me temo que resulta imposible decirlo. Es cuestión de esperar.

Ann Stanhope asintió, pensativa.

-Mi marido se pregunta si sería bueno que nos fuéramos de vacaciones. Pronto llegará la Navidad, y si el puede arreglarlo en el trabajo, nos iríamos a España una semana o diez días, a algún sitio bonito y cálido. Nell está deseando ir... -la madre y la niña intercambiaron sonrisas... pero queremos hacer lo más conveniente.

-Creo que es muy buena idea, sobre todo que vaya con la familia. Ojalá pudiera librarme yo del invierno

-Kate se dirigió principalmente a Nell, tratando de comprobar sus reacciones. La niña asintió y vocalizó un «gracias».

Tras despedirse ella y su madre, salieron de la consulta.

Pocos minutos después, Sue pasó a ver a Kate.

-Siento mucho lo del robo. ¡Qué desagradable...! Tu pobre madre...

-Sí, ha sido muy desagradable. Algunas de las cosas que se llevaron eran regalos de mi padre, la mayoría de ellos de un valor meramente sentimental.

-No fue precisamente un plato de gusto para vosotras dos -dijo Guy, que había entrado en el consultorio poniéndose la chaqueta.

-Es cierto -Kate suspiró e hizo una mueca-. Se llevaron la mayoría de los regalos que me hicieron cuando cumplí veintiún años, y casi todas mis



joyas. ¡Por lo menos me dejaron la tiara! -dijo, tratando de bromear.

-¡Y qué mala suerte lo del coche de Mike! -dijo Sue.

-Sí, pobre hombre. La verdad es que se lo tomó muy bien. Afortunadamente ya está en manos de la policía.

-¿Crees que lo tendrá para el baile del sábado por la noche?

-No lo sé -Kate tomó las fichas de los pacientes que necesitaba para su ronda de visitas. Mientras las guardaba en su maletín, fue consciente de que Guy sostenía abierta la puerta de la calle para ella-. Si no lo ha recuperado para entonces, supongo que alquilará uno. Si no, yo iré a recogerlo -pasó junto a Guy, dándole brevemente las gracias y se alejó hacia su coche.

-¿No es el sábado cuando te dan la nueva casa? - le preguntó Guy cuando se encontraron un momento antes de la comida.

-Sí, ¡el sábado es el gran día! -Kate sintió un agradable estremecimiento de anticipación ante la idea-. Primero recogeré mis llaves en la agencia y luego pasaré casi todo el día en la casa. Aún no voy a trasladarme, pero quiero tenerlo todo listo, como la calefacción, por ejemplo, sobre todo ahora que empieza a helar. Ha sido una suerte que pudiera comprarla con parte del mobiliario. Así, si Mike quiere quedarse después del baile, podrá hacerlo.

Guy se encaminó hacia el pasadizo que llevaba a su casa.

-Al parecer, Michael es uno de esos hombres que siempre cae de pie. ¡No sólo ha recuperado su coche, sino también su novia!

-No soy una propiedad perdida, Guy, ¡y no voy incluida en la casa! - Kate estaba enfadada pero trató de ocultarlo, aunque a Guy pareció darle lo mismo.

-Nos vemos luego -dijo en tono despreocupado, abriendo la puerta de la casa.

El martes Mike telefoneó para decir que no tendría el coche para el baile del sábado.

-Ésa es la mala noticia -continuó, animado-. La buena es que estoy muy contento con el trabajo, así que creo haber tomado la decisión adecuada. Además ir y venir andando a la clínica me está manteniendo en forma y...

-Respecto al sábado -interrumpió Kate-, yo iré a recogerte. No quiero que alquiles un coche o tomes un taxi, y puedes quedarte en mi nueva casa a pasar la noche.

-Kate, eso es...

-Yo me quedaré en casa con mi madre... así que estarás solo.

-Indirecta captada, pero oferta aceptada -bromeó Mike, aunque en tono menos animado.

El sábado por la mañana, tras extender un certificado médico para una joven que lo necesitaba para su trabajo, Kate tomó su coche y condujo hasta su nueva casa. Ya había acudido en un par de ocasiones durante el proceso de compra, pero nunca sola, como su dueña, lo que descubrió que suponía una tremenda diferencia. Sintió el estómago lleno de mariposas mientras caminaba por el sendero del jardín hacia la puerta.

No tenía por qué haberse preocupado. En esa ocasión la casa le pareció incluso más acogedora, con el pálido sol invernal iluminando sus blancas paredes y su tejado verde. Era una casa aislada, pero no estaba demasiado lejos de los vecinos más cercanos y Kate se alegraba de ello. Tal vez, pensó, con el tiempo alquilaría una habitación, probablemente a alguna de las enfermeras de la clínica.

Metió la llave en la cerradura, la giró y abrió la puerta. Conteniendo aún el aliento, pasó al interior y fue instantáneamente recompensada. Sí, todo iba a ir bien. El agradable ambiente que había percibido en sus visitas previas seguía presente. ¿De qué se preocupaba?

Sus pies se hundieron en las suaves alfombras que cubrían el suelo mientras iba de ventana en ventana abriendo las cortinas. Disfrutaría limpiando, pues aquella era su casa. Excitada, subió a la planta de arriba a ver los tres dormitorios. Uno de ellos, el que ocuparía Mike esa noche, estaba totalmente amueblado. El llevaría su propio edredón.

Unos minutos después bajó para encender el calentador y recoger los utensilios de limpieza. Pero encender el calentador se volvió una tarea imposible. Tras seis intentos y media caja de cerillas gastada tuvo que reconocer su derrota. ¿Por qué no sería uno de esos calentadores modernos que se encendía con sólo apretar un botón?, pensó, frustrada. «Ahora no voy a poder poner en marcha la calefacción y la casa va a estar helada».

Cuando se volvió hacia la ventana, vio a Guy acercándose por el sendero del jardín. ¿Por qué habría ido? ¿Qué quería? Excitada, fue a abrir

la puerta.

-Hola, Guy -dijo, con la voz más aguda de lo normal.

-¿Puedo pasar? ¡No sucede nada malo, así que no me mires con esa cara de susto! -Guy se frotó los pies en la alfombrilla de la entrada antes de pasar. Tras cerrar la puerta, sacó una pequeña caja del bolsillo de su abrigo-. Te traigo un pequeño regalo de John, mamá y mío para adornar tu nueva casa.

-¿Qué es?

-Ábrelo -cuando pasaron a la cocina, Guy se quedó mirando el montón de cerillas utilizadas por Kate, dispersas por el suelo cerca del calentador-. ¿Qué ha sucedido?

-No logro encender el calentador. Lo he intentado un montón de veces, pero es imposible.

Guy se quitó el abrigo, lo dejó sobre el respaldo de una silla y se acercó al calentador.

-¿Por qué no abres el paquete mientras yo me ocupo de esto?

-De acuerdo -la caja que Kate sostenía en las manos era pequeña pero pesada. Abrió la tapa y encontró dentro un pequeño reloj de mesilla, una réplica del que su padre le regaló y que había sido robado. Lo alzó, emocionada-. ¿Cómo te las has arreglado para encontrar uno tan parecido?

-¡Con un poco de suerte y mucha diligencia! Lo cierto es que no sabía que era igual, pero pensé que te gustaría -Guy sonrió mirando el calentador, que ya estaba encendido-. ¡Misión cumplida!

Kate rió.

-¡Brillante! Y gracias por el reloj, Guy. Lo llevaré a casa hasta que me traslade definitivamente.

-Es un regalo de los tres.

Kate pensó que Guy parecía querer dejar aquello bien claro.

-Lo sé. Ya me lo has dicho. Llamaré a tío John y a Sylvia esta noche para darles las gracias.

-Voy a asegurarme de que los radiadores empiezan a calentar -Guy se encaminó hacia la escalera, terminando así con aquel incómodo interludio, al menos para Kate. Ella sabía a qué se debía. Estaban solos en la casa... con las camas arribas.

Cuando Guy bajó la encontró en el cuarto de estar, quitando el polvo

de las repisas. Ella vio en el espejo cómo se acercaba.

-¿Te vas ya? -cuando se volvió, lo encontró peligrosamente cerca.

-Sí; soy consciente de lo que exige el decoro, ¡y también de los peligros que nos acechan! -Guy habló en tono de broma, pero cuando apoyó las manos en los hombros de Kate, su mirada se oscureció. Finalmente fue ella la que tomó la iniciativa, se acercó aún más y, poniéndose de puntillas, lo besó.

La respuesta de Guy fue inmediata. Susurró su nombre una vez y luego la besó en los labios. Su sedosa lengua exploró el interior del labio inferior de Kate, provocándole una cascada de placer, un torrente de avasalladoras emociones.

Cuando sonó el timbre de la puerta, se sobresaltó: Oyó que Guy maldecía entre dientes. Ella no se movió

-Creo que deberías ir a abrir -dijo él cuando el timbre volvió a sonar. Su voz sonó calmada y controlada, cosa que enfrió de inmediato a Kate.

-No imagino quién pueda ser -dijo, sintiendo que sus piernas amenazaban con doblarse por las rodillas mientras iba hacia la puerta.

Al abrirla se encontró con una sonriente Sue. Llevaba un gorro rojo y una caja de cartón sujeta bajo un brazo. Se la entregó.

-Un regalo para la casa de parte de todas las enfermeras de Larchwood. ¡Y no la dejes caer! Está llena de cristal.

-¡Oh, Sue, qué detalle! -Kate logró esbozar una sonrisa-. Pasa, pasa -dijo, sin necesidad, pues Sue ya estaba dentro.

Cuando pasó al cuarto de estar, sus ojos se abrieron de par en par al ver a Guy.

-¡Hola, doctor! -hizo una reverencia.

-Hola, Sue, ¿qué te trae por aquí? -Guy sonrió cariñosamente-. Me gusta tu gorro.

Sue rió, se lo quitó y agitó su oscuro pelo.

-He venido a cotillear -dijo, mientras seguía a Kate a la cocina para ver cómo abría la caja-, y a traer a Kate un regalo de las enfermeras...

Guy se acercó para ver las seis largas copas que Kate estaba dejando sobre la mesa.

-Son muy bonitos -dijo, apreciativamente.

-Lo son. Muchas gracias, Sue -Kate se inclinó y besó a Sue en la mejilla.

-Dentro de la caja hay una tarjeta firmada por todas.

-Qué lástima que no se me haya ocurrido traer una botella -dijo Guy-. Podríamos haber bautizado las copas.

-O haber mojado el techo de la casa -replicó Sue, sobresaltándose un poco cuando el timbre volvió a sonar.

En esa ocasión era Mike, con una bolsa a los pies, un edredón enrollado bajo un brazo y una botella en la mano libre. Un taxi daba la vuelta a sus espaldas. Kate lo miró, sorprendida.

-Pero... Mike, pensaba ir a recogerte esta tarde para el baile.

-No podía esperar -dijo él, inclinándose a besarla en la mejilla-. Hace una semana que no te veo, y he pensado que podía echarte una mano en la casa. Ya sabes que no se me da mal... -se interrumpió al ver a Sue y a Guy-. Oh, veo que ya tenías compañía. Lo siento si...

-Como los griegos, hemos venido trayendo nuestros regalos -dijo Guy. Sue se acercó a Mike, exclamando al ver que traía una botella.

-Bien, ya tenemos las copas y el vino; ahora sí podemos brindar por la casa -Kate se esforzó por sonar animada, a pesar de lo que sentía por la inesperada llegada de Sue y de Mike.

Tras beber una copa, llevó a Sue a ver la casa. Mike se quedó abajo con Guy, pues ya había visto la casa en otra ocasión.

Sue no dejó de soltar exclamaciones de admiración en cada habitación.

-Es muy práctico que te hayan dejado algunos muebles -dijo, cuando regresaron al cuarto de estar-. Supongo que Mike y tú os quedaréis aquí esta noche... después del baile, claro.

Mike se adelantó a Kate.

-No, me quedaré yo solo. Kate no quiere dejar sola a su madre durante la noche tan pronto después del robo.

Kate parpadeó. No le hizo especial gracia lo que sugerían las palabras de Mike: que, de no ser por el robo y la inquietud de su madre, se habría quedado a dormir allí con él.

Miró a Guy. Éste estaba revisando de nuevo el calentador.

-Lo cierto es que no voy a quedarme a dormir aquí hasta que me

traslade definitivamente.

Fue Sue quien parpadeó en esa ocasión.

-Oh, sí... claro -se puso de nuevo el gorro y dijo que tenía que irse-. He dejado a las niñas con Iris. También se va a ocupar de ellas esta noche, así que debo ir a relevarla -volviéndose hacia Guy, añadió-: Si quieres puedo dejarte de camino en Larchwood.

-La verdad es que vendría muy bien. Gracias, Sue. Vamos a dejar a estos dos para que empiecen con la limpieza. Hasta la noche -dijo Guy, sonriendo desde el umbral antes de seguir a Sue.

## *Capítulo 10*

**E**L BAILE de Navidad fue un éxito desde el punto de vista de la recaudación económica, y, como comentó Mike mientras Kate lo llevaba de vuelta a Mayfield, los organizadores se merecían una palmada en la espalda.

-Estaba demasiado lleno -dijo Kate, con la mirada fija en la carretera. Por la tarde había llovido y luego había helado, de manera que había que tener mucho cuidado conduciendo. Además, estaba cansada de tanto bailar y ronca de tener que hablar por encima del volumen de la música.

Los mejores momentos de la tarde habían sido sus cuatro bailes con Guy, especialmente el más lento. Sus cuerpos se habían movido al son del sinuoso ritmo y la tensión había sido casi insoportable. Hacia el final de la tarde dejó de verlo y Sue le dijo que había recibido un aviso. Cuando Mike, que no estaba tan sobrio como de costumbre, le sugirió que se fueran, le pareció muy buena idea.

-Es una pena que Guy haya tenido que irse -dijo Mike en ese momento, interrumpiendo los pensamientos de Kate.

-Estaba de guardia, y Sue no se ha quedado precisamente sola. Los hombres hacían cola para bailar con ella. Tiene mucha más energía que yo, desde luego.

-Me gusta Sue.

-A casi todo el mundo le gusta -«entre otros, a Guy», pensó Kate, estremeciéndose al recordar a Guy besando a Sue durante uno de los bailes.

Finalmente llegaron a la casa. Kate frenó cuidadosamente, a la vez que Mike le apoyaba una mano en un muslo y decía:

-Pero tú me gustas más.

-¡Bien! -Kate rió. El alcohol le había quitado años a Mike. Su comentario y el inexperto beso que le dio parecieron los de un joven de dieciséis años. Le devolvió el beso, sólo con los labios, y le apartó la mano con delicadeza-. ¿No será mejor que entres? -preguntó al ver que Mike permanecía quieto.

Él suspiró.

-Sí... claro -Kate vio que movía la mano hacia la manija, pero entonces se volvió y la tomó por el brazo-. No te vayas, Kate... ¡pasa la noche conmigo! Podrías llamar a tu madre, excusarte con el mal estado de la carretera... yo no... nunca te presionaría para hacer nada que no quisieras. Sólo quiero tenerte junto a mí toda la noche. Por favor, Kate, quédate. ¡No es mucho pedir!

Kate sabía que no lo era, porque sabía que Mike mantendría su palabra. No era un maníaco del sexo. Pero lo cierto era que no quería quedarse con él. La idea no le repelía, pero tampoco la atraía, y ya había tenido suficiente dosis de Mike por un día.

-Creo que será mejor que sigamos adelante con el plan que teníamos. Será lo mejor, Mike. Por la mañana pasaré a recogerte para llevarte a casa.

Mike la soltó y permaneció muy quieto, sin mirarla. Kate esperó, sobresaltándose cuando un coche que pasó junto a ellos tocó la bocina.

Mike soltó una breve risita carente de humor

-No puedes aguantar mi compañía mucho rato, ¿verdad? Pero no estoy decepcionado. Esperaba que dijeras no -suspiró-. No me voy a quedar aquí solo -empezó a salir del coche-. Voy a recoger mis cosas y llamaré a un taxi para que me lleve a casa.

-No tienes por qué hacerlo... ¡no es necesario! -Kate fue a seguirlo, pero se lo pensó mejor y permaneció donde estaba. Si Mike se sentía así, que se fuera. En cierto modo, comprendía su reacción.

Esperó hasta que Mike salió de la casa, con la bolsa en una mano y el edredón bajo el brazo, desdoblándose mientras caminaba. Salió para ayudarlo.

-Te vas a enfriar -dijo él-. No hace falta que esperes; el taxi llegará enseguida -mientras lo decía, el taxi giró en la esquina, iluminándolos con sus faros-. Te llamaré -besó brevemente a Kate en la mejilla y entró en el coche.

Kate permaneció unos momentos en la acera, viendo cómo se alejaba.

-Creía que ibas a recoger a Mike -dijo Laura por la mañana, mientras desayunaban.

-Mike cambió de opinión ayer y decidió volver a su casa en taxi - Laura no se sorprendió demasiado y siguió bebiendo su té. Pero el siguiente comentario de su hija sí llamó su atención:- Voy a tener que



decirle que no puedo volver a vivir con él, mamá... que no me voy a casar con él... ni nada.

-Oh, cariño, ¿estás segura?

-Pensé que te alegraría saberlo. Sí, estoy segura. Ayer fue un momento decisivo. Me sentí como si me estuvieran impulsando a hacer algo que no quería hacer. Lo cierto es que he cambiado. No me había dado cuenta de cuánto hasta que Mike volvió de Estados Unidos -Kate miró su tostada y la dejó en el plato. No tenía hambre.

-No has cambiado -dijo Laura-. Has avanzado, has seguido adelante, que no es lo mismo.

«He avanzado hacia Guy», pensó Kate. «Estoy enamorada de él». Evitó la mirada de su madre.

-Mike me gusta más que antes -dijo Laura-. Es más reflexivo, pero... pero sigue siendo un poco inmaduro. No es el hombre más adecuado para ti, Kate.

-Temo decírselo.

-Pues tendrás que hacerlo, y cuanto antes mejor.

-Aún siento mucho cariño por él.

-Lo supongo. Ninguna mujer olvida a su primer amante -declaró Laura con sentimiento, tanto que, por un instante, Kate percibió una nueva faceta de su madre.

Tras el almuerzo, condujo hasta el apartamento de Mike. Cuando llamó al timbre no obtuvo respuesta, cosa que no le sorprendió demasiado. Probablemente habría salido a comer o habría tomado el tren para ir a visitar a su amigo Tom. Era frustrante haber ensayado lo que le iba a decir, para encontrarse finalmente con una puerta cerrada. Tendría que volver al día siguiente, después del trabajo.

Aunque siempre existía la posibilidad de que, tras lo sucedido la noche anterior, el propio Mike decidiera terminar con su relación. Tal vez la llamara esa tarde, o incluso le escribiera; sabía que odiaba las confrontaciones. Si sucedía así, él saldría con su orgullo intacto y ella se sentiría mejor. «Lo último que quiero es una pelea», pensó. «Tengo en demasiada estima a Mike como para eso».

Cuando Kate fue a trabajar a la mañana siguiente, Sue ya estaba preparándose para recibir a sus pacientes.

-¿Lo pasaste bien el sábado? -preguntó, sonriente.

-Sí -contestó Kate desde el umbral de la puerta de su consulta.

-Te vi despidiéndote de Mike por la noche. ¿Pero por qué os despedisteis en el coche teniendo tu nueva casa al lado?

-Suele estar tomando el pelo, pero era evidente que también sentía curiosidad.

Pero Kate no tenía ninguna intención de satisfacerla.

-¿Y qué hacías tú? -preguntó-. ¿Espíarnos detrás de la valla?

-Oliver Race me llevó a casa en coche y pasamos junto al tuyo. Os tocó la bocina, pero no os enterasteis. ¡Estaríais distraídos!

-A riesgo de interrumpir las confidencias de dos chicas, ¿puedo hablar un momento contigo, Kate? -era Guy, hablando desde su consulta. Sue hizo una mueca mientras Kate se encaminaba hacia la voz, deseando que Guy hubiera tenido la puerta cerrada.

Parecía el mismo de siempre, relajado y con aspecto de profesional, sentado tras el escritorio de John. Inclinandose ligeramente, deslizó un sobre por la superficie hacia Kate.

-Ya que Nell Stanhope es una de tus pacientes, toma -dijo, a la vez que Kate veía el nombre de la niña en el sobre.

-¿Va a venir? ¿Ha recuperado la voz? -Kate esperaba que ése fuera el caso, pero Guy ya estaba negando con la cabeza.

-Está ingresada en el Hospital General, gravemente enferma. Hice que la ingresaran ayer. Al parecer había estado enferma y sufriendo dolores todo el día. La llevaron directamente al quirófano, donde se confirmaron mis peores temores: su apéndice se había infectado y se había declarado una peritonitis.

-¡Oh, no! -exclamó Kate-. ¿Cómo está ahora?

-Le han puesto dos drenajes y está entubada. He llamado hace diez minutos. La señora Stanhope está con ella constantemente. Su marido estaba trabajando en el norte, pero volvió ayer. Yo también fui a verla.

-Ojalá me lo hubieras dicho... Habría ido. ¡Es mi paciente! -el tono de voz sonó acusador, aunque no pretendía que fuera así. Guy alzó levemente las cejas.

-No quería estropearle el fin de semana. Supuse que estarías ocupada en tu casa.

-No lo estaba y me hubiera gustado que me hubieras llamado. Supongo que ése fue el aviso por el que tuviste que irte del baile.

-Así fue, pero si me hubieran llamado antes todo habría ido mejor. No entiendo por qué la señora Stanhope tardó tanto en avisar. Si hubieran operado a Nell doce horas antes, no se habría declarado la peritonitis.

-¡Pobre Ann! ¡Seguro que se está culpando a sí misma! Dado que Nell no podía hablar, no debió ser sencillo para su madre comprender hasta qué punto estaba enferma. Además, la niña tiene tendencia a sufrir ataques biliares. Supongo que Ann pensó que se trataba de eso -Kate miró su reloj-. Iré a verla en cuanto pueda, aunque sólo sea un momento.

-Supuse que lo harías. Entonces, ¿te haces cargo del caso?

-Sí -tras recoger sus cosas, Kate volvió a su consulta. Se sentó tras su escritorio uno o dos minutos pensativa. La peritonitis era algo muy grave, sobre todo la generalizada. Pobre Nell. Y pobres Ann y Don Stanhope. Últimamente estaban pasando por un infierno. Un murmullo de voces tras la puerta, alertó a Kate de que los pacientes empezaban a entrar. Tras la habitual serie de catarros y gripes, seguidos de un par de pacientes reumáticos, Kate atendió a una mujer de mediana edad a la que no había visto nunca.

-¿En qué puedo ayudarla, señora Boulter? -preguntó, sonriendo alentadoramente.

-Hace un tiempo que tengo dolor en los dedos. Me duelen todo el rato, pero sobre todo por la noche, cuando me acuesto. El dolor llega a despertarme. Es en la mano derecha -dijo la mujer apoyando ésta en el escritorio.

-¿Nota pérdidas de sensibilidad? ¿Se le caen las cosas?

-Sí, a menudo.

-Dígame exactamente dónde empieza el dolor -Kate giró la mano de su paciente hacia arriba.

-Pasa por el dedo medio. Me cosquillean la punta de todos los dedos, pero el dolor del dedo medio es el peor. No quiero ser pesada, pero a veces es muy intenso.

-La creo, y no está siendo pesada -Kate examinó la mano-. Dice que a veces se le caen los objetos, de manera que supongo que también le duelen

el pulgar y el índice.

-Sí, y cuando el dolor es muy intenso me llega hasta el brazo.

Kate anotó aquellos detalles en la ficha que había abierto.

-Su dolor es debido a la presión sobre un nervio -explicó a su paciente. Es un nervio que pasa por su muñeca bajo un ligamento. Es un túnel que hay entre el ligamento y los huesos de la muñeca y que contiene los tendones con los que trabaja su mano. Cuando este túnel se estrecha, tal vez debido a la artritis, el nervio es comprimido y produce dolor, mucho dolor. La enfermedad que sufre se llama síndrome del túnel carpiano.

-¿Puede curarse o aliviarse? Sé que tengo artritis.

-Sí, ya lo veo -Kate volvió a mirar sus notas-. El dolor puede ser aliviado con una inyección, y, si quiere, puedo ponérsela ahora. Pero es un procedimiento un poco desagradable, pues la aguja tiene que penetrar en la muñeca hasta el túnel. No será el típico pinchazo rápido y tendrá que estar muy quieta mientras lo hago.

-Adelante, doctora, hágalo -la señora Boulter se quitó el abrigo, tiró de la manga de su jersey y de su blusa y apoyó el brazo en el escritorio.

Kate se levantó a tomar del armario una dosis de cortisona y una jeringuilla desechable. Luego se sentó frente a la paciente, le hizo apoyar la mano en su rodilla y, con tanta suavidad como pudo la pinchó en la muñeca. La señora Boulder gimió y se disculpó de inmediato.

-No hace falta que se disculpe -dijo Kate sonriente-. Ya está. Ha sido muy valiente -extrajo la aguja-. Ahora le sugiero que vea qué tal va y que vuelva a verme a finales de febrero. Puede que entonces necesite otra inyección, pero de momento dejará de dolerle y podrá dormir por la noche.

-Mi marido estará encantado. Siempre se despierta conmigo por las noches cuando me duele la mano, así que ahora podrá dormir de un tirón -dijo la señora Boulder, sonriente.

Cuando la paciente salió de la consulta, Kate se quedó pensando que era una mujer valiente. Deseó serlo ella también. Temía tener que dar explicaciones a Mike, que no había tratado de ponerse en contacto con ella. Pero no podía pensar en eso ahora, se dijo, levantándose para ir cuanto antes para el Hospital General a ver a Nell

La niña estaba en una habitación con seis camas. Kate pudo verla desde la puerta, pero antes de entrar habló con la enfermera encargada, que le dijo que estaba un poco mejor.

-Tiene menos fiebre y la presión sanguínea se ha estabilizado. Cuando vuelva a verla el doctor Maxwell esta tarde, espero que podamos quitarle el tubo nasogástrico. Pero me temo que la niña no se sentirá mejor hasta que le quitemos los drenajes de la herida. Quizá pueda hacer algo con la madre. No deja de culparse de lo sucedido.

Y así era.

En cuanto Kate se acercó a ella, Ann Stanhope dijo:

-En ningún momento se me pasó por la mente que no fuera uno de sus ataques biliares. Suelen dolerle y no se me ocurrió que fuera algo peor hasta que empezó a retorcerse en la cama, y entonces, ya era demasiado tarde...

-Usted no podía saberlo, Ann, y la situación no era normal -Kate trató de mostrar toda la delicadeza posible-. Nell no podía hablar ni quejarse.

-Debería haberme bastado con el sentido común. Y eso es otra cosa que me preocupa; la niña va a tener dificultades aquí, sin poder hablar.

-Las enfermeras sabrán cómo tratarla -Kate vio que la niña estaba dormida. No tenía intención de despertarla, pues el mejor sanador era el sueño-. Volveré mañana para verla un rato -prometió.

Cuando se dirigía a la salida más cercana al aparcamiento, Kate se sorprendió al ver entrar a Guy en el hospital.

-Me preguntaba si te vería -dijo él, avanzando hacia ella-. He ido a los laboratorios para tratar de acelerar un par de análisis de sangre y he pensado en pasar a ver a la niña mientras estaba aquí. ¿Cómo la has encontrado?

-Ha mejorado... -tras darle los detalles, Kate dijo-: así que, mientras no recaiga...

-Si la fiebre sigue bajando querrá decir que la infección está controlada -Guy se apartó para dejar pasar a un hombre en silla de ruedas-. No voy a tardar. ¿Por qué no me esperas? Podemos parar a tomar un sándwich y un café; ya es demasiado tarde para almorzar adecuadamente. Además, tengo algo que decirte.

-¿Ah, sí? ¿Agradable o desagradable? -Kate rió, pero sintió que se le secaba la boca... de temor, tal vez, o de preocupación. Probablemente tendría algo que ver con los planes de Guy para cuando terminara su sustitución en la clínica.

-Bueno, para mí es agradable.

«Así que es eso», pensó Kate. «Y seguro que piensa volver a África». Sintió que su ánimo se hundía mientras le decía que lo esperaba.

Mientras Guy se alejaba ella fue a los teléfonos para avisar a su madre de que no iría a comer. Estaba colgando cuando vio a un hombre fornido de pelo castaño y anorak del mismo color que se dirigía hacia las cabinas.

Se quedó boquiabierta.

¡Dios santo! Era Tom... Tom, de Fulham... ¿pero qué hacía allí? Si quería ver a Mike, ¿por qué no había ido a la clínica Redland? Tal vez había ido a verla a ella, ¿pero por qué allí, en el hospital? ¿por qué no había llamado a Larchwood? Y de pronto lo supo, de pronto lo comprendió. Un helado dedo pareció recorrer su columna vertebral de arriba abajo... ¡Algo le había sucedido a Mike!

Avanzó hacia Tom, que la vio y estuvo junto a ella en breves instantes.

-¡Kate! -la abrazó nerviosamente-. Estaba a punto de llamarte. ¡Qué suerte encontrarte aquí! -parecía disgustado, con el pelo revuelto y los ojos ligeramente enrojecidos.

-¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado? -Kate lo aferró por la manga del anorak-. Es Mike, ¿verdad? Algo le ha pasado.

-Sí, me temo que sí -Tom la condujo hacia unos asientos.

-Tuvo un accidente el domingo de madrugada, justo al salir de Melbridge. Iba en un taxi que patinó y volcó. Está aquí, con una herida en la cabeza. El conductor, que salió ileso, llamó por radio pidiendo ayuda.

-¿Cómo está ahora? ¿Es grave? -Kate sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas. El baile y su rechazo a quedarse con él... el taxi y aquellas terribles carreteras.

-Sufre una conmoción cerebral, pero no hay rotura de cráneo. Me han dicho que ayer despertó, pero que estaba muy confuso. Aún lo está. A ratos habla y luego vuelve a quedarse dormido. En su cartera no encontraron ninguna identificación; tan solo una de mis tarjetas y una foto tuya. La policía ha venido a mi tienda esta mañana y he conducido hasta aquí de inmediato. He llamado a sus padres y he avisado a la clínica Redland. Había bajado para llamarte cuando te he encontrado -Tom sonrió con pesar.

-¡Oh, Tom!

-Se pondrá bien, seguro -Tom tomó las manos Kate en las suyas.

-Habíamos ido a un baile. Mike volvía a su casa... -Kate notó que tenía dificultades para hablar-. ¡Voy a verlo ahora mismo! ¿Van a venir sus padres?

-Sí. Llegarán hacia las tres. Les he reservado una habitación en el Bridge.

-Has hecho mucho. Has estado muy bien, Tom -cuando Kate se levantó casi se dio de bruces con Guy, que miraba a Tom con expresión confundida y a Kate con preocupación.

-Este es Tom Baker -explicó ella rápidamente-. Mike ha tenido un accidente. Voy a verlo ahora mismo. ¡Tom te contará lo sucedido! -se alejó corriendo a tomar un ascensor que acababa de abrir sus puertas.

El ala en que se encontraba Mike estaba bastante lejos. Cuando Kate llegó, se topó con una joven enfermera que se mostró reacia a dejarla entrar.

-Sufre una conmoción cerebral, lo que significa que las funciones de su cerebro están temporalmente alteradas -explicó, como si estuviera recitando un párrafo de algún libro, cosa que irritó a Kate.

-Sé lo que es una conmoción cerebral, enfermera. Pero lo que me gustaría saber es cómo está, si está despierto, ¡y por qué no puedo pasar!

Al oír voces en el pasillo, la enfermera jefe de la planta, que conocía a Kate de vista, se acercó y fue con ella a su despacho, donde le informó de que la conmoción cerebral de Mike era moderada.

-Ayer le hicieron un electroencefalograma que mostró muy pocas ondas irregulares. De momento, cuando despierta dice incoherencias y no es consciente de lo que le rodea, pero no hay lesiones óseas. Todo lo que necesita es descansar. De todos modos, puede pasar a verlo.

Kate entró en la habitación, preparada para ver a Mike con la cabeza como si la hubieran utilizado para jugar al fútbol. Estaba dormido, con un vendaje cubriendo una herida en la sien. Su rostro estaba hinchado y amoratado, sobre todo bajo los ojos.

Kate permaneció en total silencio, sintiéndose incapaz de decir nada. Hasta que salió al pasillo no pudo decir que regresaría esa tarde.

-Supongo que sus padres también estarán aquí.

Abajo, encontró a Guy con un plato de sándwiches y dos tazas de té en una silla a su lado.

-Tu amigo Tom ha ido al hotel a esperar a los padres de Mike -dijo-.

Les ha reservado habitación para un par de noches.

-No deberías haberme esperado -Kate se alegraba de verlo, pero no pudo evitar sonar tensa. Debía esforzarse por no empezar a llorar-. Y no tengo hambre -añadió.

-Imaginaba que dirías eso, pero yo sí tengo hambre, y no me gusta comer solo. Así que al menos prueba un bocado.

Kate bebió primero su té, que estaba sorprendentemente caliente y bueno. Incluso los sándwiches, de ensalada con mayonesa, estaban buenos.

-Gracias por esperarme.

-Lo he hecho encantado -replicó Guy, alegrándose al ver que Kate empezaba a recuperar el color.

-Mike tiene un aspecto terrible.

-Lo imagino. Pero ya sabes que los moretones en personas de piel clara son especialmente espectaculares.

-Imagino que Tom te habrá contado lo del accidente del taxi.

-Sí, y eso me ha llevado a la conclusión de que Mike quiso irse a su casa esa noche.

-Le disguste por... por una tontería -Kate decidió no entrar en detalles-. A pesar de todo, no debería haberse ido. Yo no quise que lo hiciera.

-Oh, ya veo -Guy sonrió y añadió-: Sólo espero que no se te haya pegado la enfermedad de la señora Stanhope y te estés culpando por lo sucedido.

-¡Tengo todos los síntomas! -Kate logró sonreír. Aquel pareció un buen momento para dejar a un lado el tema de Mike, de manera que preguntó a Guy qué tal había encontrado a Nell.

-Ya hay síntomas de mejoría. Si las medicinas hacen su trabajo, pronto podrán desentubarla y quitarle uno de los drenajes. Nadie se siente en su mejor momento cuando está lleno de tubos y sondas.

Kate asintió y luego miró su reloj. Aún tenía que hacer unas llamadas desde la consulta y por la tarde quería volver al hospital.

Acababa de levantarse cuando vio a Anne Stanhope, que se encaminaba hacia ellos desde el final del pasillo.

-Gracias por la comida, Guy -saludó con la mano a la madre de Anne y, antes de irse, añadió-: Estoy segura de que querrá hablar contigo.



## *Capítulo 11*

**M**IKE siguió en el mismo estado mientras sus padres estuvieron con él durante la tarde. Cuando Kate llegó al hospital, poco antes de las siete, ya se habían ido al hotel. Tom estaba con Mike y se sintió muy aliviado al ver llegar a Kate.

-Mañana debo abrir sin falta la tienda y tengo un montón de cosas que hacer -dijo en tono de disculpa.

Kate lo tranquilizó de inmediato.

-Claro que debes irte, Tom. Has estado fantástico. Has hecho todo lo que has podido.

-Lo más difícil ha sido tranquilizar a los Merrows. Como ya sabes, idolatran a Mike -Kate lo sabía, pero era bastante habitual que sucediera eso con los hijos únicos, sobre todo si se tenían ya a una edad avanzada. Los padres de Mike habían pedido a Tom que le dijera que les gustaría que cenara con ellos, cosa que Kate pensaba hacer.

Despidió a Tom en el pasillo antes de entrar a ver a Mike, que estaba despierto en esos momentos. ¿La reconocería?

Kate ocupó una silla junto a la cama. Le habló con suavidad, pero Mike sólo decía incoherencias como «no puedo hacerlo», «no está bien», «demasiado duro»... Cuando trató de tomar una de sus manos, él la apartó y la metió bajo las sábanas.

Poco después volvió a quedarse dormido y Kate condujo hasta el hotel para reunirse con los padres de Mike. Había estado en varias ocasiones con los Merrows cuando vivía con Mike. Sabía que les caía bien, pero nunca les había gustado que vivieran juntos sin casarse, y así se lo habían hecho ver en muchas ocasiones. De manera que Kate no se sentía especialmente tranquila mientras aparcaba. ¿La culparían por lo sucedido?

Vio a los Merrow en cuanto entró al vestíbulo. Estaban sentados en el salón, esperándola.

Cedric Merrow, alto y delgado, con el aspecto que probablemente tendría Mike cuando cumpliera los setenta, se puso en pie en cuanto la vio y avanzó para saludarla. Su esposa, también alta, pero más gruesa, la abrazó cariñosamente.

-¡Qué alegría verte, querida!

Estaban bebiendo jerez, pero pidieron una tónica para Kate, que era lo único que quería beber. Estaba dando su primer sorbo a la bebida cuando en el otro extremo del salón vio a Guy que, acompañado de un hombre bajo y fuerte de pelo rubio, la saludaba con la mano.

-Es Guy Shearer, un colega -explicó a los Merrows mientras devolvía el saludo-. Está haciendo una sustitución en Larchwood.

-Creo que Mike lo ha mencionado en más de una ocasión -dijo la señora Merrow-. Y ahora, Kate, nos gustaría que nos dieras tu opinión profesional sobre el estado de Mike. Cedric y yo nos preguntamos si no habrán pasado algo por alto en el hospital...

-Sabemos que las radiografías no siempre muestran con claridad las fracturas -añadió el señor Merrow.

-Estoy segura de que no han pasado nada por alto en el hospital -dijo Kate-. La conmoción cerebral requiere un tiempo de cura, incluso cuando es moderada, como la de Mike. Se que resulta inquietante que no nos reconozca, y que tiene un aspecto terrible con todos esos moretones, pero puede que basten veinticuatro horas más para que empiece a recuperarse. Cuando lo he visto esta tarde me ha dado la sensación de que me reconocía...

-¿Sufrirá algún problema de memoria? -interrumpió Cedric Merrow-. Por ejemplo, ¿creerá que seguís viviendo juntos en Wiltshire?

-No es probable, ya que no ha estado mucho tiempo inconsciente -dijo Kate, rogando interiormente para que no sucediera algo así.

-Nos quedaremos aquí hasta que esté en condiciones de volver a casa con nosotros -dijo Lilian Merrow, casi con fiereza-. Nos quedaremos todo el tiempo que haga falta.

Kate estaba diciendo que estaba segura de que en la clínica Redland serían comprensivos, cuando, a una señal del camarero, entraron en el restaurante. Estaban tomando la sopa cuando volvió a ver a Guy saliendo del hotel con su compañero. Kate no supo si sintió alivio, desconsuelo, o una mezcla de ambas cosas, pero la sensación de soledad que siguió a la marcha de Guy fue tan intensa que se estremeció.

-Nos alegra tanto que Mike y tú volváis a estar juntos -dijo la señora Merrow-. Esperamos que esta vez os caséis. Eso hará que Mike siente la cabeza. Si hubierais estado casados antes, estoy seguro de que nunca se habría ido a los Estados Unidos. Cuando lo rechazaste se le partió el

corazón. Nos escribió y nos lo contó.

Kate acababa de terminar su sopa, lo que fue un alivio, pues de lo contrario se habría atragantado. Pero tuvo que morderse la lengua para no decir a la preocupada y acusadora pareja que tenía ante sí que su hijo nunca le había propuesto claramente matrimonio. Alguna vez hizo algún comentario ante el que ella reaccionó con entusiasmo, pero nada más. Mike sabía que se habría casado con él si se lo hubiera pedido.

-Necesitó mucho coraje para volver y acercarse a ti de nuevo. Mike se echa atrás fácilmente, y es fácil hacerle daño... en parte, se parece a mí -la señora Merrow trató de sonreír mientras Kate la miraba con una pétrea expresión.

-Creo que deberíamos dejar que Kate y Mike resuelvan eso por su cuenta -dijo Cedric Merrow, sintiendo la tensión de Kate.

-Lo importante ahora es que Mike se ponga bien -dijo Kate-. Pero me gustaría aclarar que nunca he hecho daño a Mike a sabiendas, y espero no hacérselo nunca.

-Gracias, querida -no del todo convencida, la señora Merrow comenzó con su segundo plato, y la comida continuó sin más comentarios sobre Mike y sus sufrimientos. Hablaron de temas intrascendentes, aunque la tensión no llegó a desaparecer del todo y Kate se sintió aliviada cuando terminó el postre y pudo hablar de volver a casa.

-No, no me voy a quedar a tomar café, gracias -dijo-. Debo irme ya. Mañana tengo que levantarme temprano.

Cedric la acompañó hasta la puerta y se despidió de ella con un cariñoso abrazo que Kate interpretó como una silenciosa disculpa por los comentarios que había hecho Lilian sobre ella y Mike.

Se fue pensando que, de todos modos, sus palabras habían sido reveladoras, pues demostraban que Mike era un mentiroso. Había mentido a sus padres para quedar bien. Aquello la sorprendió más que la entristeció. Nunca habría esperado aquello de Mike.

-Has recibido una saludable lección, Kate Burnett -murmuró mientras entraba en Rivestone, alegrándose de estar de vuelta en casa.

Cuando a la mañana siguiente llamó al hospital para preguntar por Mike, le dijeron que, aunque sufría un fuerte dolor de cabeza, era consciente de lo que le rodeaba y empezaba a asimilar las cosas. También

recordaba el accidente, y Kate sabía que eso era un buen síntoma.

Se lo contó a Guy en cuanto llegó a Larchwood.

-Parece que va salir de ésta sin problemas -dijo él, mirándola desde detrás de su escritorio.

-He pensado acercarme a primera hora de la tarde para dejar luego a sus padres a solas con él. Piensan quedarse en el Bridge hasta el fin de semana.

-Supongo que era la pareja con la que estabas anoche -dijo Guy.

Kate asintió.

-Mike es como su padre.

-Me fijé en el parecido -dijo Guy. Luego, apoyándose contra el respaldo de su silla, añadió:- El hombre con quien me viste es Alex Crighton, uno de los médicos del centro de salud Barham. Quiere que me una a su equipo. Estuve allí la semana pasada y conocí a los otros dos médicos que atienden el centro.

-¡Dios santo, Guy! -exclamó Kate, sin ocultar su sorpresa-. Entonces, ¿no piensas irte al extranjero cuando termines la sustitución?

Guy negó con la cabeza, sin decir nada.

-Felicidades -dijo Kate. En realidad, le habría gustado saltar de alegría y besarlo, pero algo en la actitud de Guy hizo que se contuviera-. Seguro que tío John y Sylvia están encantados.

-Están felices. Pero hasta que todo esté confirmado no me gustaría que se enterara nadie más.

-Por supuesto.

-Sue ya lo sabe, pero le he hecho jurar que no dirá nada.

Kate no hizo ningún comentario, pues las palabras de Guy la habían tomado por sorpresa. Se lo había dicho a Sue, ¡y antes que a ella! Eso sólo podía significar que mantenían una relación muy cercana. De algún modo logró hacer un par de ruiditos más de felicitación antes de salir del consultorio de Guy.

Cuando estaba a punto de entrar en el suyo, él se asomó a la puerta.

-He olvidado decirte que esta tarde me voy a Londres a pasar tres días con mi padre y Jean. John volverá a ocupar su puesto hasta el lunes. Está deseándolo.

¡Creo que en realidad se va a alegrar de perderme de vista!

-¿Te quedarás a vivir en Barham? -preguntó Kate.

-Creo que sí. Seis millas son bastantes para ir y volver en el día, sobre todo de noche.

Tras él, Kate vio a Sue, que estaba recibiendo en la enfermería al primer paciente de la mañana.

-Parece que el deber nos llama -dijo, prosaicamente-. Disfruta de tu estancia en Londres.

-Procuraré hacerlo.

Unos segundos después comenzaba la larga jornada de trabajo.

El martes, Kate no logró estar en ningún momento a solas con Mike, pues sus padres se pasaron en la habitación toda la tarde. Fue un fastidio, porque ella y Mike podrían haber hablado, ya que éste se encontraba lo suficientemente recuperado como para hacerlo.

-Es un joven fuerte, con la cabeza bien dura -dijo la enfermera jefe a los Merrows, bromeando.

Mientras los padres de Mike hablaban con ella, él le pidió a Kate que fuera a verlo al día siguiente.

-A media tarde, si puedes arreglarlo -dijo-. Papá y mamá estarán echando una siesta en el hotel a esa hora. Trata de venir, por favor, a menos que tengas algo urgente que hacer.

Kate le prometió que lo haría, y ahora, mientras conducía al hospital tras hacer sus visitas, se preguntó cómo reaccionaría Mike cuando le dijera que no podían ser más que amigos. «No lo quiero. El amor que sentía por él se ha agotado. No es la persona que creía que era. Todo lo que me queda por él es cariño. Pero no quiero hacerle daño».

Cuando se detuvo en el aparcamiento del hospital vio un camión descargando abetos en la entrada trasera. Faltaba muy poco para Navidad, y, inevitablemente, su mente voló a su época de prácticas, al año en que ayudó a decorar el hospital y en que cantó villancicos para los enfermos con los demás miembros de la plantilla. En esa época, ella y Mike vivían juntos en Mamesbury.

Sintió que el estómago se le encogía mientras subía en ascensor a la planta de neurología. Mike la estaba esperando. A pesar de los moretones y

la venda, sonreía y parecía muy despejado.

-¿Se te ha pasado el dolor de cabeza? -preguntó Kate.

-Aún me da algunas punzadas, aunque espero que me den de alta mañana. De todos modos no iré a pasar el período de convalecencia en casa, sino en el Redlands -dijo Mike, sorprendiéndola-. Mi jefe vino a verme ayer y me dijo que quería que pasara el tiempo de convalecencia en la clínica. ¿No te parece una buena oferta?

-Deben tenerte mucha consideración, Mike. ¿Pero qué pensarán tus padres?

-Oh, ellos regresarán a casa en cuanto salga de aquí. Saben que de momento no me conviene hacer un trayecto largo en coche.

-Supongo que no -Kate se humedeció los labios, tratando de encontrar el valor necesario para decir lo que había ido a decir. Estaba a punto de seguir hablando cuando Mike la interrumpió.

-El taxista también ha venido a verme. Parecía muy disgustado por lo sucedido. Sabes, Kate... -Mike se inclinó levemente hacia ella... en los terribles momentos en que sentí que el coche volcaba, lo único que pensé fue que quería vivir, que si escapaba vivo no volvería a pedir nunca nada más. ¡Prácticamente recé!

-¡Qué terrible! -murmuró Kate.

-No, no lo entiendes -Mike volvió a tumbarse sobre las almohadas, agotado-. Lo que trato de explicarte es que, aunque hayas venido a decirme que debemos romper, no hay ninguna probabilidad de que vaya a colgarme por ello. No me gustará, pero estaré bien.

Kate sintió una extraña calidez en su corazón.

-Lo siento, Mike, pero sí he venido a decirte eso. He cambiado y no puedo volver atrás. Lo intenté, porque al principio no podía creer que fuera así, pero cuando hemos seguido viéndonos...

-¿Lo sabías con certeza?

-Sí.

-Lo suponía -la boca de Mike se tensó momentáneamente-. A pesar de todo, es un golpe. Pero no lamento haber venido a Thameside. Tengo el trabajo quee quería y puede que algún día vuelva a enamorarme.

-Espero que podamos ser amigos -aventuró Kate, y rió.

-Sabía que dirías eso. Es lo clásico, ¿no? Lo cierto es que lo lamento

por papá y mamá. Sé que les habría gustado tenerte de nuera.

Kate se sintió lo suficientemente aguijoneada como para decir:

-¡Pero esta vez no dejes que me echen la culpa!

Mike no contestó, y ella no supo si había captado su mensaje, pues el tono de su rostro impedía notar si se había ruborizado. Repentinamente arrepentida, tomó una mano de Mike en la suya.

-De acuerdo -dijo él, con voz ronca-. De acuerdo, Kate; seremos amigos.

Diez minutos después, cuando salió del hospital, Kate no sabía con certeza cómo se sentía. Reconocía que, en parte, estaba aliviada, pero también tenía una extraña sensación de pérdida. Pero no sentía ningún arrepentimiento y sabía que había hecho lo correcto.

Laura tuvo la delicadeza de no hablarle de ello demasiado esa tarde, excepto para asegurarle que Mike estaría bien.

-Encontrará su lugar algún día y volverá a enamorarse, como tú... si es que no te ha sucedido ya.

Esperó algún comentario de su hija, cuyo rostro no reveló nada.

-Nunca habría creído que echaría tanto de menos el ejercicio de la medicina -dijo John al día siguiente, en la consulta-. Volver a atender a mis pacientes ha hecho que sienta que estoy justo donde debería estar, Kate.

-Después de navidades volveremos a ser «Burnett y Burnett» -dijo Kate, sonriendo desde su escritorio. John había ido a verla para hablarle de un paciente que, según su opinión, debería incluir ella en su lista-. ¿Cuándo empieza Guy a trabajar con Crightons?

-A mediados de febrero, pero piensa tomarse unas vacaciones hasta entonces. Lo cierto es que, después de los rigores de África, se las merece.

-¿Sabes si piensa irse de viaje? -preguntó Kate en tono apagado.

-Creo que sí, al menos unos días. Pero antes quiere buscar una casa en que alojarse. Quiere encontrar algo en Barham. Hablando de casas... -John se quitó las gafas y, mientras las limpiaba, miró atentamente a Kate-. ¿Ha superado ya tu madre el susto del robo?

-Me temo que no del todo -dijo Kate, preocupada-. Dice que ya no se siente igual en la casa. Sé a qué se refiere, pero lo cierto es que a mí no me ha afectado del mismo modo. Va a pasar el fin de semana en Eltonhead

con una amiga. Yo me quedaré con Merle en mi casa hasta que vuelva. Quiero empapelar uno de los dormitorios.

-Será una buena experiencia para cuando te vayas a vivir allí sola -su tío la miró con un gesto cariñosamente burlón y Kate supo lo que estaba pensando.

-Veo que mamá te ha contado lo de Mike.

-Hablamos anoche por teléfono y me lo dijo. Ya sabes que siempre nos hemos hecho confianzas, Katie -John se frotó el puente de la nariz-. Todo lo que puedo decir es que creo que has hecho bien. Muy raras veces vuelve a funcionar una relación rota.

Cuando se quedó sola, Kate se puso a escribir algunas cartas para el hospital. Iba a la oficina con ellas cuando se cruzó con Sue, que le preguntó por Mike.

-Está mejor. Probablemente le darán de alta el viernes. Va a pasar la convalecencia en Redlands.

-¿En serio? -Sue parecía impresionada-. Debe haber hecho una gran impresión en su trabajo la primera semana.

-Es un fisioterapeuta de primera clase.

-Probablemente vaya a visitarlo. Tengo una amiga enfermera que trabaja allí.

-Sí, creo que ya lo mencionaste. Ahora debo irme Sue -dijo Kate-. Quiero ir a ver a Nell Stanhope antes de empezar mi ronda de visitas. Ha recuperado la voz y está muy mejorada. Al parecer, ayer pidió un vaso de agua. La enfermera se quedó estupefacta.

-Oh, cuánto me alegro. Es una niña encantadora.

-¿Qué tal están las tuyas?

-Perfectamente, gracias a Dios, y muy excitadas ante la perspectiva de las navidades.

Kate sintió que Sue iba a decirle algo más, pero había bastante ruido en la oficina con Meg hablando por teléfono y Janice escribiendo enérgicamente a máquina, así que tal vez cambió de opinión, pues, con expresión ligeramente azorada, volvió a la enfermería.

Kate despertó el sábado pensando que Guy habría vuelto. Probablemente habría llegado esa noche y estaría en Larchwood en esos



momentos. Se preguntó si debía decirle cuando lo viera que había roto con Mike. Lo más probable es que no estuviera interesado. «Además», pensó, «él sólo busca una aventura pasajera, y, probablemente, ya la ha encontrado con Sue».

Le había contado antes que a nadie lo de su nuevo trabajo, y eso sugería una relación bastante cercana entre ellos.

Eran las siete de la mañana y apenas había luz. Desde su habitación podía oír a su madre moviéndose por la casa, haciendo su maleta para ir a pasar el fin de semana en Eltonhead. John estaba de guardia hasta la media noche del domingo, lo que dejaba a Kate libre para pasar el fin de semana ocupándose de su nueva casa. La idea de estar allí la tranquilizó un poco. Le gustaba decorar, sobre todo empapelar; era como una especie de terapia. Salió de la cama y fue al baño, diciéndose que las cosas podían ser peor.

-Puede que cuando Guy se vaya a vivir a Barham se te pase la ansiedad -murmuró para sí.

Cuatro horas más tarde estaba en Morrisons, donde la gente se amontonaba haciendo sus compras de Navidad. Afortunadamente, ella había ido a alquilar una vaporeta que le ayudara a quitar el papel de las paredes, y en aquella sección no había demasiada gente.

Fue una mala pasada del destino que, mientras volvía a la tienda principal, viera a Guy con Sue y sus niñas en las escaleras mecánicas, subiendo hacia la planta superior. Guy llevaba a hombros a la más pequeña. Sue, vestida de rojo, estaba con la otra.

Kate no pudo apartar la mirada, y permaneció quieta hasta que desaparecieron de su vista. Salió de la tienda con el corazón encogido.

De vuelta en el coche, que había tenido que dejar en un aparcamiento, Merle la recibió ladrando ruidosamente desde el asiento trasero. No dejó de hacerlo hasta que llegaron a Fallerton Road.

Dentro de la casa hacía calor, pues Kate había dejado la calefacción en marcha desde que Guy la encendió el sábado. Después se habían besado y entonces llegó Sue... ¡Sue, siempre Sue! Debía haber algo entre ella y Guy; esa mañana parecían una auténtica familia yendo de compras, así que tal vez era serio.

-No puedo pensar en ello. No voy a pensar en ello. Manteniéndome ocupada lo lograré -de algún modo, decir aquello en alto sirvió. También sirvió para mantenerse enfadada, pues lo estaba... sobre todo consigo misma, por sentirse herida y rechazada.

Tras comer unas galletas con queso y una manzana y dar su comida a la perra, Kate subió hasta el rellano de la escalera, donde tenía guardados los rollos de papel con que pensaba empapelar la habitación. Estaban en un armario que era como una minúscula habitación con una puerta. Cuando lo vio, Mike comentó que era peligroso, porque si alguien entraba y la puerta se cerraba accidentalmente, no había forma de abrirlo desde dentro. De hecho, dijo que iba a cambiar la cerradura. Era un hombre muy hábil para todo ese tipo de cosas. Lo cierto era que tenía muchas cosas buenas.

Kate pensó que era una lástima que no hubiera podido seguir enamorada de él. La vida sería mucho más simple si uno pudiera elegir de quién se enamoraba.

Mientras buscaba los rollos, Merle estaba jugueteando en el rellano de la escalera con una pelota. Kate se volvió para salir con varios rollos de papel en los brazos., y en ese momento la puerta se cerró de golpe, dejándola sumida en la más completa oscuridad.

No era posible, ¡no podía haber sucedido! Escuchó su propio grito.

-¡Nooo! -entonces oyó los frenéticos sonidos de Merle escarbando tras la puerta-. ¡Perra estúpida! -exclamó, pues había sido Merle la que, jugando con la pelota, había empujado la puerta.

¿Por qué no la había dejado en la cocina? ¿Qué iba a hacer ahora? Kate golpeó la puerta con los puños, con la cadera, con los pies... pero no consiguió nada. Cuando asimiló la enormidad de lo sucedido, un intenso pánico se apoderó de ella. Volvió a golpear la puerta de todas las formas que se le ocurrieron, y también gritó con todas sus fuerzas, pero fue inútil. Nadie acudió. Nadie contestó. La única respuesta que obtuvo fue un silencio cargado de funestos presagios, roto tan sólo por los lloriqueos de Merle.

Haciendo un esfuerzo por calmarse, se sentó en el suelo y trató de reflexionar sobre lo que debía hacer. Lo único que había en el armario eran los rollos de papel; no había nada que pudiera utilizar como herramienta para forzar la cerradura, ni una barra, ni un cuchillo... Un intenso pánico se apoderó momentáneamente de ella, haciendo que la cabeza le diera vueltas.

-¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? -murmuró.

Volvió a gritar a todo pulmón, pero no sirvió de nada. Su prisión estaba en el centro de la casa, y era una casa aislada, con todas las ventanas firmemente cerradas. Nadie podía oírla. Nadie iría a buscarla. Su madre estaba en Eltonhead. Su tío sabía que estaba allí, pero no esperaba verla

hasta el lunes, en la consulta.

«Voy a seguir aquí encerrada por lo menos treinta y ocho horas, sin comida, sin poder ir al baño... ¿Qué puedo hacer? Sólo puedo gritar. Debo gritar pidiendo auxilio a intervalos regulares, descansar y volver a gritar».

Kate perdió la cuenta de cuántas veces gritó y golpeó la puerta. Acabó quedándose ronca de tanto hacerlo, y las manos le dolían de golpear. Estaba cansada, pero hizo un esfuerzo por mantenerse alerta. El más mínimo ruido, como su propia respiración, o los gemidos de Merle, se magnificaba en el intenso silencio reinante.

Cuando sonó el teléfono se puso en pie de un salto, y gruñó de frustración al no poder contestar. De todos modos, aquello alentó sus esperanzas. Sólo su madre, tío John y Mike tenían aquel teléfono. No era probable que fuese Mike, de manera que sólo podía ser su madre o John. Rogó para que se preocuparan al ver que no contestaba.

Volvió a sentarse, apoyando la espalda contra la pared, rezando interiormente. Al cabo de un rato, no supo cuánto, oyó el sonido de la puerta de un coche cerrándose. Se puso a gritar de inmediato.

-¡Aquí! ¡Aquí! ¡Socorro! -golpeó y pateó la puerta con toda su alma. El sonido del timbre de entrada le hizo detenerse. Escuchó atentamente. Oyó el sonido del buzón de la puerta y, a continuación, la voz de Guy llegó hasta ella. Por encima de los crecientes ladridos de Merle, logro entender lo que decía.

-¡No te muevas de donde estás! ¡Voy a entrar!

-¡No estoy herida! ¡Estoy encerrada! -gritó Kate. Después no oyó nada más, pero no le importó. Guy estaba allí y ya no se iría. Sintió tal alivio que rompió a llorar. Unos segundos después escuchó sus pasos en las escaleras. Merle dejó de ladrar y la puerta se abrió.

Kate no supo con exactitud qué había pasado, pero de pronto se encontró en el dormitorio, sentada en el diván junto a Guy.

-Pensaba, pensaba... -trató de hablar, pero él le dijo que se lo tomara con calma.

-No hay prisa. Estás a salvo, ¡ya eres libre de nuevo! -Guy secó sus lágrimas y le acarició el pelo, sin dejar de abrazarla contra su costado. Finalmente, Kate dejó de estremecerse y notó cómo se iba relajando su cuerpo.

-Pensaba que iba a seguir en el armario hasta el lunes. Merge empujó

la puerta cuando yo estaba dentro. Sólo se abre y se cierra desde fuera. Mike iba a arreglarla, pero claro...

Sintió que Guy se movía.

-¿Te sientes con fuerzas como para bajar? Te conviene beber algo caliente, y abajo hará más calor.

-Sí. Tengo sed.

Guy la ayudó a bajar las escaleras hasta el cuarto de estar, donde le hizo tumbarse en el sofá. Se quitó el jersey y la cubrió con él antes de ir a la cocina. Desde donde estaba, Kate pudo oírle moviéndose, distinguió el sonido del agua cayendo al hervidor, el sonido de tazas. Allí, en aquella misma habitación, hacía exactamente una semana, Guy la había besado apasionadamente. Aquel pensamiento debería haberla mantenido despierta, pero estaba agotada, y el calor del fuego, encendido al máximo, más el que le proporcionaba el jersey de Guy, que olía a él, fue imposible de resistir. Cuando Guy volvió con el té, la encontró profundamente dormida.

No la despertó y Kate durmió una hora. Despertó sin saber muy bien dónde se encontraba. Entonces vio los hombros y la cabeza de Guy. Estaba sentado en el suelo, con la espalda contra el sofá. Su camisa relucía con el destello del fuego. Cuando Kate se estiró, él se volvió de inmediato y se sentó en el sofá a la vez que ella hacía lo mismo.

-¿Te sientes mejor?

-Sí, ¿pero cómo he podido dormirme?... estando tú aquí, quiero decir.

Guy rió.

-¡No estoy seguro de cómo tomarme eso!

Kate miró su reloj y se sobresaltó.

-¡Son las diez, Guy! ¿No quieres irte ya?

-Voy a pasar aquí la noche-contestó él-. Mientras dormías he llamado a John y le he contado lo que ha pasado. Estaba preocupado porque no habías respondido a su llamada de teléfono; temía que te hubiera pasado algo.

-Claro... sí -¡Guy iba a pasar allí la noche! Kate volvió a sentir que se mareaba.

-Puedo dormir en este sofá -dijo Guy, palmeándolo.

-Si estás seguro... -Kate no se atrevió a mirarlo a los ojos.

-Nunca lo he estado más -dijo Guy animadamente, a la vez que se

levantaba para bajar el fuego.

Kate también se levantó y fue hacia la puerta.

-Voy a preparar algo de comer -estar ocupada le ayudaría.

Guy iba a quedarse a pasar la noche por lo que había sucedido, porque quería cuidarla. Consciente de tener una intensa sed, además de otros anhelos, bebió varios vasos de agua seguidos mientras Guy buscaba en los armarios y en la nevera, sacando finalmente una lata de sopa y un poco de jamón.

-Voy a calentar la sopa. Hay pan de sobra si quieres hacer sándwiches  
-Kate sacó un abridor de un cajón.

-No tengo hambre, Kate, así que no voy a tomar nada. Acababa de comer cuando he venido.

-Yo sólo voy a tomar sopa -qué poco naturales sonaban hablando de comida, pensó Kate mientras se disponía a calentar la sopa.

-John me ha contado durante la cena que has roto con Mike.

-Sí -Kate bajó el fuego al mínimo-. Pero, afortunadamente, no ha sido nada desagradable. Mike se siente afortunado por no haber muerto en el accidente.

-¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

-¿Yo? -Kate se volvió y estuvo a punto de darse de bruces con Guy-. Siento un gran alivio porque todo haya acabado. Sé que suena terrible, pero intentar hacer que las cosas volvieran a ser como antes me estaba agotando. Empezaba a sentirme irritada y mi compañía no era precisamente agradable.

-Es comprensible -dijo Guy, apartándose para dejarle pasar-. Siéntate y come -añadió en tono firme, como si Kate fuera una niña o una paciente que necesitara alimentarse.

Kate obedeció y él se sentó frente a ella en la mesa, bebiendo una taza de café instantáneo mientras le contaba lo que había hecho durante el día.

-Volví de Londres a las diez y media y he tomado café con mamá y unas cuantas amigas tuyas que estaban de visita. John había salido a atender un aviso. Luego he ido a recoger a Sue y a las niñas y las he llevado a Morrissons a ver a Santa Claus. Todos lo hemos pasado muy bien y después he ido Barham a comer y a echar un vistazo al centro de salud. Por cierto, mi puesto de trabajo ha sido confirmado -concluyó, sonriente.

-Eso no lo dudaba -dijo Kate-. ¿Tenéis una relación sentimental tú y Sue? -preguntó, con el suficiente desenfado como para sorprender a Guy. Debía saberlo, y la mejor forma de averiguarlo era preguntando.

-Creo que ya sabes que no -replicó Guy-. Me gusta Sue. Tiene sentido del humor y es valiente, dos cualidades que admiro. También le gusta flirtear, pero sabe muy bien que no estamos hechos el uno para el otro.

-Le dijiste a ella antes que a nadie lo de tu trabajo -dijo Kate en tono acusador. Las palabras no pronunciadas «antes que a mí», quedaron suspendidas en el aire y tuvieron un efecto casi eléctrico en un asombrado Guy, que rodeó la mesa y tomó a Kate por los hombros, haciéndole ponerse de pie.

-¡Niña tonta... querida tonta mía! -la tomó por la barbilla con una mano, haciéndole mirarlo-. Sue lo supo a través de Oliver Race, el médico que trabaja con Bob Grainger. Él se enteró porque yo rechacé una oferta de la clínica Grainger y preferí el trabajo de Crightons. Sue está saliendo con Oliver.

-Oh -Kate sintió un profundo alivio.

-¿Es eso todo lo que tienes que decir? -Guy se inclinó y la besó con suavidad, mientras susurraba contra sus labios-. Esperaba que dijeras que me deseas tanto como yo a ti. Incluso pensaba que dirías que me querías, o que empezabas a quererme.

-Y te quiero... ¡Claro que te quiero! -el beso se volvió más intenso, pero se separaron enseguida. El viaje al dormitorio de la planta de arriba fue una carrera y también el proceso de quitarse la ropa. Kate se sintió totalmente excitada en el instante en que sus cuerpos se tocaron. Guy ya estaba encima de ella, con suavidad, ardiente, cuidándola. Por unos instantes, sólo por unos instantes, sintió una ligera extrañeza, hasta que las caricias de Guy le hicieron susurrar su nombre y abrirse a él, rodeándolo con las piernas por las caderas. Entonces volaron juntos, a un mundo que ya conocía, pero que en esa ocasión fue diferente... diferente... diferente. Oh, la alegría de extender las alas... de alcanzar la cima con él... de descender flotando en paz.

-Mi maravillosa Kate..., mi querida Kate -Guy aún la abrazaba contra su pecho. Ella podía sentir la suave mata de su pelo cosquilleándole el rostro, el sudor de sus brazos, su propia languidez.

-Te quiero... te quiero -murmuró, y se quedó dormida de inmediato.

Despertó al amanecer, viendo con complacencia a través de la ventana

un típico cielo gris de diciembre. Guy estaba dormido boca abajo, rodeándola con un brazo. Kate nunca se había sentido más cómoda. Volvió a quedarse dormida, y lo siguiente que oyó fue el sonido de unas tazas entrechocando. Precedido por una alegre Merle, Guy entró en el dormitorio con el desayuno en una bandeja.

-¿Es para los dos? -Kate tomó la bandeja de manos de Guy, descubriendo que era la tapa de una caja. Rió al verla-. ¡Qué iniciativa!

-Claro que es para los dos, querida mía.

Kate se sentía radiante, bella. Adoraba a Guy y quería tocarlo por todas partes.

-Espero que a partir de ahora lo compartamos todo -dijo él mientras empezaba a servir el té.

-¿Te refieres, a vivir juntos? -Kate lo estaba deseando. Haría cualquier cosa que Guy le pidiera.

-Si quieres, sí -Guy tomó una mano de Kate y la besó en la palma-. Pero lo que más me gustaría sería casarme contigo. Puede que no quieras comprometerte a eso -la miró directamente a los ojos, con una expresión mezcla de amor por ella y ansiedad.

-Oh, Guy -Kate dejó la bandeja en una silla-. Claro que quiero comprometerme a eso. Te quiero y quiero casarme contigo, te quiero desde el día del aniversario de la Celebración de la Pólvora.

-Yo te quiero desde que te vi por primera vez, pero me negaba a reconocerlo.

-¿Me has querido todos estos años?

-Todos.

-Oh, Guy -Kate extendió los brazos y volvieron a hacer el amor..., y promesas... y planes..., seguros de que el mundo era suyo.

Tres horas después, cuando salían para Larchwood, Guy volvió a ponerse un poco mandón.

-¡Debes casarte conmigo cuanto antes y hacer de mí un hombre decente!

Se casaron en el juzgado tres semanas después, con la sala llena de parientes y amigos de ambos. Después, y siguiendo los consejos de Marcus Shearer y su esposa, Jean, fueron a pasar la luna de miel en Madeira.

Sólo estuvieron fuera una semana, pues tenían varios problemas que resolver. El principal de ellos era dónde vivirían para que ambos pudieran viajar sin demasiados problemas a sus respectivas clínicas. Entre tanto vivieron en Mainfield, buscando casa los fines de semana y encontrando finalmente lo que querían en la forma de una vieja rectoría en Upper Ligh, a medio camino entre Melbridge y Barhan.

Laura alquiló la casa de Myfield a Kate. Dijo que siempre le había gustado y, desde el robo, nunca había vuelto a sentirse tranquila en Riverstone.

Tío John declaró que las cosas no podían haber salido mejor. Todos vivían cerca y se habían convertido en una gran familia.

*Fin.*